



UAN

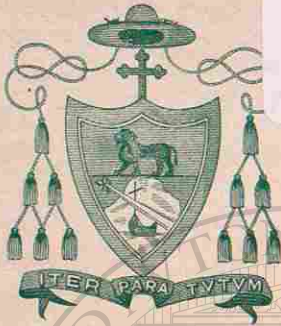
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

8





1080019986



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



La Corte Galante

de Carlos II

UNANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

COLECCIÓN HISTÓRICA ILUSTRADA

Alberto SAVINE



# La Corte Galante de Carlos II

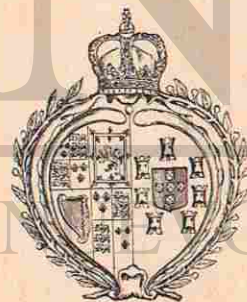
Con arreglo á documentos de Archivos y Memorias.

Ilustraciones documentales

Traducción de ANTONIO MUÑOZ PÉREZ

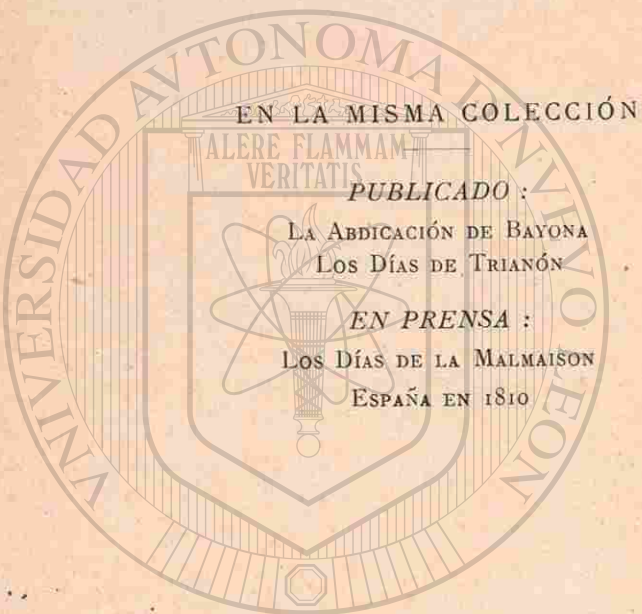


Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

CASA EDITORIAL FRANCO-HISPANO-AMERICANA  
LOUIS-MICHAUD  
168, Boulevard Saint-Germain, 168  
PARIS



EN LA MISMA COLECCIÓN

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
PUBLICADO :

LA ABDICACIÓN DE BAYONA  
LOS DÍAS DE TRIANÓN

EN PRENSA :

LOS DÍAS DE LA MALMAISON  
ESPAÑA EN 1810

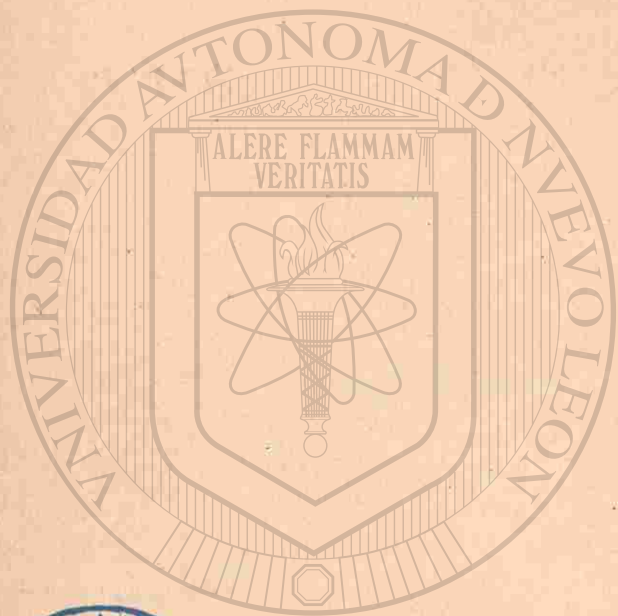
Derechos de traducción y de reproducción reservados  
en todos los países.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

43364

V  
923  
C

OP186  
52



FONDO E. VETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## PRÓLOGO

Es cosa singular que, excepción hecha de los libelos de la época y de las maravillosas *Memorias de Grammont*, incompletas de propio intento, pues quedaron en suspenso al matrimonio del caballero con la hermosa Hamilton, la historia de la Corte galante de Carlos II no haya sido escrita jamás.

Y sin embargo, el asunto era tentador; un príncipe de juventud romántica, que había tenido aventuras de paladín desgraciado y cuyo amor había recorrido toda las clases sociales, desde la gran dama á la comedianta, desde la joven de raza aristocrática á la entretenida, sin olvidar ese prototipo de semi-virgen que se llamaba, la bella Stewart; una reina-madre altiva y severa, una joven reina desgraciada, el duque de York, casado clandestinamente, y con queridas declaradas; el conflicto religioso como fondo del cuadro, con los diversos accidentes de la política inglesa, y la « inteligencia cordial » firmada en la alcoba de una bretoncita, en el castillo de Euston, el cuadro

006398

era curioso, picante y algunas veces de muy delicado gusto.

Por medio de correspondencias diplomáticas, de periódicos, de cartas particulares y de memorias, hemos procurado bosquejarlo, sin retroceder ante ciertos detalles que el impudor de nuestros padres, acostumbrados á llamar á las cosas por su nombre, hacían difíciles de dibujar sin acudir á ciertas perifrasis.

Los retratos de Windsor, las admirables pinturas de Peter Lely, de Honthorst y de Huysmans, con los grabados holandeses, tantas veces puestos á contribución y tan útiles, y hasta los almanaques de la época, nos han suministrado los elementos de unas ilustraciones auténticas, variadas y verdaderamente artísticas.

## La Corte Galante de Carlos II

I

### Primeras armas y primeros amores.



El día siguiente de su alumbramiento, y en medio de los horrores de la guerra civil, la reina Enriqueta-María tuvo que huir precipitadamente de Exeter, que iba á ser asaltada (Julio de 1644) y embarcarse en Plymouth, bajo un disfraz, para refugiarse en Francia.

El Louvre se encontraba vacante. Ana de Austria habitaba, desde hacía poco, en el Palais-Royal, que estaba más en armonía con los gustos de la época. Ofrecióse hospitalidad á la hija de Enrique IV en el que había sido palacio de su padre. Primeramente fué acogida como soberana, abrumándola en fuerza de honores y pletesías. Ana de Austria la colocaba siempre á su derecha y Mazarino la anunció que la darían una pensión de 1200 libras diarias. « Tenía á su servicio, cuenta la señorita de Montpensier (1), á muchas damas de elevada alcurnia, camaristas, carrozas, guardias y criados. Todo esto disminuyó poco á poco, y algún tiempo después no la quedaba más que lo indispensable. »

(1) M<sup>lle</sup> de Montpensier. *Memorias*, 26 (colección Michaud y Poujoulat).

era curioso, picante y algunas veces de muy delicado gusto.

Por medio de correspondencias diplomáticas, de periódicos, de cartas particulares y de memorias, hemos procurado bosquejarlo, sin retroceder ante ciertos detalles que el impudor de nuestros padres, acostumbrados á llamar á las cosas por su nombre, hacían difíciles de dibujar sin acudir á ciertas perifrasis.

Los retratos de Windsor, las admirables pinturas de Peter Lely, de Honthorst y de Huysmans, con los grabados holandeses, tantas veces puestos á contribución y tan útiles, y hasta los almanques de la época, nos han suministrado los elementos de unas ilustraciones auténticas, variadas y verdaderamente artísticas.

## La Corte Galante de Carlos II

I

### Primeras armas y primeros amores.



El día siguiente de su alumbramiento, y en medio de los horrores de la guerra civil, la reina Enriqueta-María tuvo que huir precipitadamente de Exeter, que iba á ser asaltada (Julio de 1644) y embarcarse en Plymouth, bajo un disfraz, para refugiarse en Francia.

El Louvre se encontraba vacante. Ana de Austria habitaba, desde hacía poco, en el Palais-Royal, que estaba más en armonía con los gustos de la época. Ofrecióse hospitalidad á la hija de Enrique IV en el que había sido palacio de su padre. Primeramente fué acogida como soberana, abrumándola en fuerza de honores y pletesías. Ana de Austria la colocaba siempre á su derecha y Mazarino la anunció que la darían una pensión de 1200 libras diarias. « Tenía á su servicio, cuenta la señorita de Montpensier (1), á muchas damas de elevada alcurnia, camaristas, carrozas, guardias y criados. Todo esto disminuyó poco á poco, y algún tiempo después no la quedaba más que lo indispensable. »

(1) M<sup>lle</sup> de Montpensier. *Memorias*, 26 (colección Michaud y Pougoulat).

Cuando, después de su huida á Edgehill (Marzo de 1645), el príncipe de Gales se unió á su madre, empeñóse esta última en casarle con la hija del hermano mayor del rey (1), la señorita Montpensier, opulenta prima que representaba, ante sus ojos, rodeada del brillo y comodidades del palacio de las Tullerías, la perdida fortuna (2). La señorita de Montpensier se juzgaba un partido excesivamente ventajoso para un príncipe expatriado. Es verdad que Carlos, que entonces contaba unos diez y seis ó diez y siete años, era un un guapo caballero. Su tez morena armonizaba con los ojos negros, y si la boca era algo grande, la estatura en cambio era elevada. Pero Ana-María-Luisa de Orleans, la Gran Señorita, no brillaba por su modestia (3). Convencida de su belleza, de la magnificencia de sus rubios cabellos y de la gracia de su talle, aspiraba á más. Se dejó cortejar por la madre y por el hijo, parientes desheredados de la fortuna, á quienes, á cambio de estos homenajes, recompensaba con la limosna de algunas miradas. En una de esas fiestas del Palais-Royal en las que se representaba un baile italiano con máquinas de

(1) La hija del hermano mayor del rey se llamaba en aquella época *Gran Señorita* (N. del T.).

(2) Acerca de la *Grande Mademoiselle*, se debe leer, además de sus *Memorias* el notable de libro Arvède Barine, *La Jeunesse de la Grande Mademoiselle*.

(3) He aquí el retrato que ella misma se hacía: « Soy alta, ni gruesa, ni delgada, de talle bien formado y esbelto. Mi rostro es lindo, el busto bien torneado, las manos y los brazos no son hermosos, pero su piel es tan bella como la del cuello. Tengo la piernas muy derechas y el pie bien hecho, mis cabellos son de un hermoso rubio-ceniza, mi rostro es alargado, la nariz grande y aguileña, la boca ni grande ni chica, pero arqueada de una manera agradable y con labios rojos; los dientes no son hermosos pero tampoco horribles; mis ojos son azules ni grandes ni pequeños, pero brillantes, dulces y orgullosos como mi rostro. Tengo aspecto altivo sin fanfarronería. Soy llana y muy tratable pero sé hacerme respetar. Soy descuidada en el vestido sin llegar á la suciedad, pues la odio con todas mis fuerzas soy limpia y, descuidada ó adornada, sé vestir bien. No es que esté mejor vestida, pero la negligencia me sienta menos mal que á cualquiera otra y más realzo lo que me pongo, que ello me realza á mí. (*Galería de los retratos de Montpensier*, p. 411.)

Torelli, ¿no apareció la joven adornada con las piedras de la corona de Inglaterra como si ya hubiese despojado de ellas, á su futura suegra?

El príncipe de Gales, que llevaba cintas con los colores de su librea: encarnado, blanco y negro; estaba sentado á sus pies: « Mi corazón, ha escrito orgullosamente la joven, le miraba de arriba abajo, lo mismo que mis ojos. » Carlos, no pudiendo hablar, procuraba tener la actitud de un enamorado. « Su galantería, sigue diciendo la caprichosa princesa, llegó á tales términos que hizo mucho ruido por el mundo, pero lo más molesto era que no hablaba ni comprendía ni una palabra de francés. »

Además, la señorita de Montpensier no era de las jóvenes que ponen gran cuidado en enterarse de lo que se la decía de parte de un hombre que no podía expresarse por sí mismo, con tanta más razón, cuanto que ella veía con desagrado aquella boda con el hijo de un rey casi destronado. ¿No era preferible casarse con el emperador Fernando III que acababa de quedarse viudo? Encontró á Carlos cien defectos: comía como cuatro, en las comidas de ceremonia ni probaba los faisanes ni hortelanos, pero en cambio se lanzaba sobre los trozos de vaca y las chuletas de cordero « como si no hubiese comido en toda su vida más que aquello (1). » Su primo Ruperto la hubiera agradado más, pero no era sino un segundón alemán, un príncipe palatino que contribuía á la ruina de la Casa de Inglaterra. El partido que se la ofrecía con el príncipe de Gales fué, pues, medido y pesado por la señorita de Montpensier. « Si me casare con él, pensaba, el día menos pensado tendría que venderlo todo para conquistar su reino. » En una palabra, Carlos fué rechazado por la gran coqueta.

La reina Enriqueta-María, no trató de disimular su disgusto. « Cuando la reina supo que yo había entrado en Orleans (2), cuenta la misma Montpensier, dijo que no la

(1) M<sup>l</sup> de Montpensier. *Memorias*.

(2) La toma de Orleans data del 27 de Marzo de 1652.



causaba asombro que hubiese salvado á Orleans de las manos de mis enemigos, como había hecho otra vez Juana de Arco, pues como ella había comenzado rechazando á los ingleses, queriendo decir, con esto que había echado á su hijo de mi casa (1). »

Una vez sin esperanzas, el príncipe de Gales, no tardó en encontrarse en Calais con el deseo de ver si podía pasar á Escocia. Llevóse hasta el último sueldo de la pensión que la Corte había otorgado á su madre, por lo cual, todos sus criados la abandonaron pidiéndola lo que les debía. Enriqueta-Maria fué á buscar asilo en una habitacioncita de las Carmelitas de la calle de Saint-Jacques. Sus criados no tardaron en dispersarse por París, buscando mejor acomodo. Un día en que la reina se quedó acostada, en tiempos de la Fronda, por falta de leña para calentarse, el coadjutor de Retz, obtuvo para ella, del Parlamento, un socorro de 40 000 libras. Todo París estaba todavía emocionado con las noticias que acababan de llegar del otro lado del estrecho. El 9 de Febrero de 1649, la cabeza de Carlos I había caído en Whitehall bajo el hacha del verdugo (2). Pero algunos días después la efervescencia que reinaba en la Corte de San Germán hizo llegar sus efectos hasta la « reina desgraciada » como se apellidaba á Enriqueta-Maria. Por las calles, la multitud vociferaba y gritaba contra la hija de Enrique IV y su hijo : « Quieren, decían, hacernos tan desgraciados como ellos, y hacen cuanto pueden por arruinar á Francia, como han hecho con Inglaterra ». Muy pronto fué preciso huir de París, y á pesar de los acreedores, amotinados con objeto de detener las carrozas, juntáronse á la Corte en Chatou y después fueron á refugiarse en el viejo castillo de San Germán. El joven Carlos II, descorazonado por el mal

(1) M<sup>de</sup> Montpensier. *Memorias*.

(2) Inglaterra no había adoptado todavía el calendario gregoriano. Para ellos el año comenzaba el 24 de Marzo, de ahí, el que señalen las crónicas contemporáneas, la fecha de 30 de Enero de 1648, aunque no existiesen más que diez días de diferencia entre los dos calendarios.



Vista y perspectiva del palacio de Whitehall.  
Dibujo de Silvestre, grabado por Israel. (Bibl. Nac. París.)

éxito de sus tentativas y recientemente vuelto á Francia, de riguroso luto, á caballo y con la mano puesta en la portezuela del coche, defendía á su madre con su cuerpo (1).

En sus días de destierro, el príncipe había cesado rápidamente de ser el incoloro y silencioso jovencuelo que había sido despreciado por la señorita de Montpensier. Entre las bellas conspiradoras con quienes había tenido contacto en París, se había enamorado de la duquesa de Châillon. Hija del conde de Boutteville-Montmorency, tan famoso por sus duelos, y decapitado durante el ministerio de Richelieu, se había casado, pocos años antes, con Gaspar de Coligny, duque de Châillon, que la había raptado á instigación de Condé. Después había tenido ella relaciones con Condé, Beaufort y el duque de Nemours, porque su corazón estaba siempre á la disposición del que supiese apoderarse de él, pues según la frase de Bussy-Rabutin « era interesada, infiel y fría ». Se decía que amaba tanto al príncipe que se sacrificaba hasta el punto de tomar tantos amantes como partidarios hacían falta á la Fronda (2). Deseaba, si hay que creer á los contemporáneos, hasta robar el rey á Mazarino para agregarlo al número de los partidarios del príncipe. Pero era el rey tan joven que la fué preciso renunciar á aquella conquista (3). Carlos II había pasado de la edad de las minorías reales. Esta belleza célebre le conquistó por completo. « Tenía los ojos negros y vivos, dice un contemporáneo, la frente pequeña, la nariz bien hecha, la boca encarnada, la tez según le venía en ganas, pero ordinariamente gustaba de tenerla blanca y roja. Tenía una risa encantadora que sabía desper-

(1) Conde de Baillon. *Cartas de Enriqueta-Maria*, p. 266.

(2) Nombre dado á la guerra civil existente en Francia durante la minoría de Luis XIV, entre el partido de la Corte (Ana de Austria y Mazarino) y el parlamento (1648-1653). N. del T.

(3) Acerca de la tentativa de conquista de Luis XIV por M<sup>ma</sup> Châillon, véase nuestro libro: *Fouquet, superintendente de Rentas Públicas*, p. 14.

tar la ternura en el fondo de los corazones (1). » Cuando Gaspar de Coligny fué muerto durante la Fronda, en el combate de Charentón, esta ardiente pasión de Carlos II no había nacido todavía. Llegó á su colmo en 1651, cuando el joven rey volvió de Inglaterra rodeado de toda la gloria de una campaña novelesca.

Enriqueta-Maria procuró pagar la hospitalidad que había recibido en Francia haciendo por la Corte y por Mazarino todo cuanto la fué posible. Ella fué quien principalmente negoció con el Parlamento la reconciliación que permitió á Luis XIV volver á París, y el joven rey vino á darle las gracias al Louvre, por una intervención que aseguraba la paz y la restitución de la autoridad real. Bien hubiera querido la reina algo más que buenas palabras y un agradecimiento platónico. No desesperaba de la restauración de su hijo en Inglaterra, pues, por muy hábil que fuese Cromwell y por muy afortunadas que fuesen sus armas, estaba muy lejos de dominar sin lucha los territorios en que había reinado Carlos I. Escocia, siempre turbulenta, parecía desear un príncipe de la Casa de Estuardo. Enriqueta-Maria, hija de Enrique IV, sabía cómo se reconquista un reino. Soñaba para esto con el apoyo de Francia, pero, á medida que pasaban los días, tuvo que convencerse de que había tenido un hermoso sueño, sin realidad. Entonces, la pequeña asamblea realista del Louvre, decidió que se debía probar fortuna por las armas y, puesto que la Escocia reclamaba un Estuardo, Carlos II se decidió á acudir á la invitación de sus partidarios y á presentarse en persona sobre el suelo escocés. El 2 de Junio de 1651, desembarcó en Sprey y muy pronto hizo su entrada en Edimburgo en medio de la alegría general. Cromwell, enterado de su desembarco, avanzó á marchas forzadas. Los Presbiterianos (2) aprove-

(1) Bussy-Rabutin. *Hist. amorosa de los Galos*, t. I, p. 156. Col. P. Jannet.

(2) El *Covenant* ó liga de Escoceses de 1558, había sido renovada en Edimburgo cuando Carlos I quiso imponer el rito anglicano, á fin de oponerse á dicha reforma religiosa.

charon el peligro para obligar al rey á subscribir sus condiciones. A este precio Carlos II pudo hacerse coronar en Scone el 1º de Enero de 1651. Por todos lados fortificaban las plazas, en todas los lugares se preparaban á rechazar el asalto de las tropas del Protector. La victoria era sin duda de los realistas si estos hubiesen sabido esperar, pero Carlos II, acostumbrado á los placeres fáciles, no tardó en lastimar los prejuicios y las susceptibilidades de sus huéspedes. Estaba disgustado de aquella hospitalidad escocesa, que tan cara le había costado; inhábiles consejeros, haciendo brillar ante sus ojos la esperanza de que se levantaría en su favor el país de Gales, le obligaron á que aceptase con entusiasmo la idea de marchar hacia la frontera. Su ejército, muy heterogéneo, como raza y como religión, y desorientado por esta campaña de incursión, fué vencido en Worcester el 3 de Septiembre. La derrota fué tan grande que los Caballeros tuvieron que huir (1). Carlos y algunos de sus fieles, llegaron al galope, al otro día, á la antigua abadía de las Damas Blancas de Boscobel, en donde vivían los hermanos Penderell (2). Estos sencillos leñadores eran católicos fervientes y no vacilaron en dar asilo al rey. Rápidamente hicieron caer sus cabellos bajo las tijeras (3); los quemaron, así como todo lo que podía parecer sospechoso, y mientras se disfrazaba con el traje de un mozo de labor, cada uno de los caballeros, que componían su pequeña escolta, huyeron á galope tendido, procurando atraer tras sí á los emisarios de Cromwell. Después de una noche de reposo, uno de los hermanos Penderell, condujo á Carlos II

(1) Caballeros, nombre dado á los realistas durante la revolución de Inglaterra, por oposición á los parlamentarios llamados *Cabezas redondas*.

(2) Acerca de la huida de Carlos II á través de Inglaterra véase: *Le Chesne royal*, por el conde de Baillon (*Le Correspondant*, 1887), y el libro de Eva Scott, *The King in Exil*.

(3) Carlos II, como todos Caballeros, llevaba los cabellos largos y rizados.

al bosque. Era tiempo; la casa de Boscobel, señalada como sospechosa, iba á ser invadida por los soldados del Protector. Toda esta región fronteriza abrigaba, desde la persecución dirigida contra los católicos, á un gran número de sacerdotes, tanto que casi no había granja ni castillo que no tuviese secretos escondites donde los perseguidos podían esperar á que los perseguidores hubiesen perdido su rastro. Carlos II recibió hospitalidad, sucesivamente, en algunos de estos lugares misteriosos. En el castillo de Moseley, que poseía Thomas Whitgreave, el castellano y su capellan, el benedictino John Huddleston, vendaron los entumecidos pies del



Retrato del príncipe Ruperto (Roberto de Baviera).  
Por Honthorst. (Museo del Louvre.)

rey y, cuando se acercaron los soldados, se ocultaron este y Huddleston en las habitaciones secretas del castillo. « He aquí, pues, á Vuestra Majestad tratado de la misma manera que yo, le dijo sonriendo el padre Huddleston. — Si Dios quiere devolverme mi corona, vos y los de la misma religión, gozaréis de la misma libertad que mis demás vasallos (1). »

(1) Condesa R. de Courson. *La Persecución de los católicos en Inglaterra*, p. 11.

Después de su estancia en el castillo de Moseley, Carlos II fué acogido por el coronel Careless; después se le ocultó en Chêne-Royal. Lord Wilmot le condujo después por el país, temiendo siempre caer en alguna celada, y terminó proponiéndole que se confiara al coronel Lane y á su hija Mary.

Disfrazado de lacayo, Carlos II hizo montar á la joven, « que no era extraordinariamente bella » á la grupa de su caballo y con pretexto de conducirla á casa de su hermana, atravesó de esta forma una buena parte de Inglaterra. En una posada, el criado dejó por torpeza en su oficio que el asado se quemara; más de una vez encontraron piquetes de caballería que interrogaban á los viajeros, y sobre todo á la joven, porque les inspiraba lástima el zopenco que la acompañaba. En todos lados los dejaron pasar sin inconveniente. Los que conocían al rey fingían ignorar quien era; no obstante, un día en que Carlos almorzaba en una mala posada, entabló conversación con un mozo de cuadra. « ¿Has visto al rey? » le preguntó el príncipe. — « Más de veinte veces — ¿Cómo es? » El mozo de cuadra miró fijamente á su interlocutor. « Es más alto que tú, lo menos tres dedos. » En otra parte, un palafrenero gritó al verle. « ¡Ah! héte aquí; te conozco! — ¡Ah! ¿y donde me has visto? — « En Exeter. » En efecto, Carlos había vivido mucho tiempo en dicha ciudad. Lleno de audacia respondió: « Es verdad; he pasado dos años allí, al servicio de lord Peter. Estoy muy contento de haberte encontrado. Vamos á echar un trago. » El palafrenero se excusó diciendo que estaba muy ocupado. « Imposible; lo siento mucho, pero tengo que marchar á Londres. A la vuelta nos volveremos á ver y tendremos tiempo para reanudar nuestra amistad. »

Cerca de Bristol, en casa de un amigo del coronel Lane, el pretendido lacayo se quitó el sombrero delante de la dueña de la casa; al verle el encargado de la bodega, John Pope, le miró con mucha atención; después de este examen se acercó á él y le rogó que le acompañase á la cueva para ayudarle en su trabajo. Cuando estuvieron allí,

John Pope, llenando una copa, la apuró á la salud del rey. Después, poniendo una rodilla en tierra, « sé quien sois, le dijo, y os seré fiel hasta la muerte ». Carlos II le tendió la mano y le encargó que buscara un buque, para ver si podía regresar á Francia, pero como hubiese sido una imprudencia embarcarse tan cerca de Bristol, el rey continuó sus excursiones. Afortunadamente Mary Lane y él fueron á dar con sus huesos en una taberna, en la que la tabernera, persona de ingenio, imaginó instantáneamente una novela de raptó, con objeto de salvarlo y en la que se prestaba ella á hacer el papel de cómplice. Gracias á su intervención pudieron llegar á un puercecito del Sussex y convencer al capitán Tetershall de que embarcase al compañero que había reemplazado á Mary Lane (1) y al pretendido doméstico. El capitán supuso de lo que se trataba. « Mylord, dijo al compañero del rey, tenéis criados de buena casa, y creo que existan pocos hidalgos en Europa, servidos mejor que vos. » No obstante Tetershall no insistió ni divulgó el secreto; al contrario, apresuró la partida. Habiendo manifestado á su mujer las sospechas que tenía, « parte inmediatamente, le dijo esta, me importaría poco morir con mis hijos, si con ello podía contribuir á la salvación del rey. » El 20 de Octubre salieron del puerto. Un marinero fumaba su pipa á algunos pasos del pretendido criado y le lanzaba el humo á la cara. Tetershall le hizo una observación. « ¡Bueno! dijo el hombre, todo el mundo puede bromear! » Algunas horas después estaban á la vista de Fecamp. Entonces Tetershall se echó á los pies del rey.

Desembarcaron enseguida y Carlos II se encaminó hacia Ruán. Tenía, según más tarde refiere á Pepys, una cara tan patibularia, que el posadero miró si no le faltaba nada

(1) Mary Lane tuvo que refugiarse en Francia con su padre, algunos meses después. A pesar del cuidado que Carlos II había tenido de difundir el rumor de una fuga completamente fantástica, los que le habían protegido no tardaron en ser sospechosos. Mary Lane fué muy festejada en Francia.

antes de que se marchase. Con una peluca que reemplazó sus cortados cabellos fué como entró en París Carlos II y como vió á su madre. « La reina, dice un despacho de origen inglés, fechado el 11 de Noviembre de 1651, se ha confinado completamente en el Louvre después de la llegada del rey. Unicamente el lunes último, por la tarde, fué á Chaillot con la intención de pasar allí dos ó tres días para entregarse á sus devociones (1), después de lo cual ha vuelto aquí el jueves por la tarde. Está muy contenta y parece loca de alegría por haber encontrado á su hijo en buen estado de salud. El rey, en cambio, está triste y sombrío la mayor parte del tiempo. La alegría, contraria á su manera de ser, que se ha esforzado en simular á su regreso, no ha durado más que unos días. Ahora, está siempre silencioso, ya se encuentre en compañía de su madre ó de otra persona cualquiera. »

Carlos II se aburría al no continuar la vida agitada y de inquietud ansiosa que había llevado hasta el momento en que volvió á cruzar el canal de la Mancha. Había encontrado en París, en la pequeña Corte del Louvre, intrigas y preocupaciones que le parecían tan monótonas como mezquinas. El carácter de Enriqueta-María seguía siendo desagradable. Imperiosa y autoritaria, pretendía que su hijo volviese á hacer la corte á la señorita de Montpensier, pues veía más claramente que nunca que era el único medio para que el joven rey volviese á sentarse en el trono, empleando sabiamente la riquezas acumuladas por la Casa de Orleans. Carlos II estaba dispuesto á todo, pero el plan de Enriqueta-María era doble. Esperaba casar á su segundo hijo, Santiago de York, con la señorita de Longueville, otra heredera de la misma casa, á lo que Santiago, que había vivido en París durante las aventuras de su hermano, no se prestaba fácilmente. El tercer hijo de la reina de Inglaterra estaba todavía en poder de Cromwell. Después de haber pensado en hacer de él un aprendiz de

(1) Enriqueta-María era la protectora de las religiosas de Chaillot.



CHARLES second, par la grace de Dieu Roy d'Angleterre,  
d'Escoffe, et d'Irlande, &c.  
Balthazar Moncornet excudit. avec privilege du Roy.

Retrato de Carlos II (1657).

zapatero y de su hermana Isabel una obrera para la fabricación de botones, el protector los había hecho encerrar en el castillo de Caresbrook, donde una fiebre lenta llevó á la tumba á la joven Isabel, el 8 de Septiembre de 1650, muriendo con la cabeza apoyada en la Biblia, regalo de su padre. Las disputas de Enriqueta-María con Santiago de York se habían agravado durante la ausencia de Carlos II. Después de la muerte de Carlos I, la « reina desgraciada » se había consolado muy pronto de su viudez. Lord Jermyn no había tardado mucho en ser su favorito y su « marido de conciencia ». M<sup>ma</sup> de Motteville, que conoció mucho á Jermyn, habla de él como de un servidor. « bastante honrado pero de muy cortos alcances » y « más apropiado para las pequeñeces que para los grandes proyectos ». « Guardaba á la reina esa fidelidad que de ordinario poseen todos los ministros y quería, sobre todo, tener dinero para sufragar sus dispendios personales que eran, en todo tiempo, muy considerables. Esta princesa tenía sin duda, demasiada confianza en él, pero es verdad que no la gobernaba completamente; con frecuencia pensaba de manera muy contraria y que no admitía ninguna observación (1). » Los amigos de Santiago de York no habían podido resignarse á ver al príncipe carecer de todo, pues Jermyn acaparaba para sí todos los recursos de la familia real (2). Para que viviese completamente independiente de su madre, le dieron una pensión y, después de haberse alejado algún tiempo del Louvre para vivir en un castillo de los alrededores de París, partió para Flandes. « Es preciso confesar que no tengo ninguna autoridad sobre él, escribía la reina á Mazarino; se ha empeñado en irse á Flandes y sin decirme una palabra... Debería avergonzarme de confesar este disgusto entre el duque de

(1) M<sup>ma</sup> de Motteville. *Memorias*.

(2) Se sabe, dicen las *Memorias de Grammont*, de la manera que comía en París, mientras el rey, su señor, moría en Bruselas de hambre y la reina madre no llevaba, ni con mucho, una vida fastuosa en Francia.

York y yo, pero con vos quiero ser franca en todos mis asuntos y os confieso que contra mi voluntad se ha marchado á Flandes (1). » Como no podía dominar á su segundo hijo, Enriqueta-María hizo todo cuanto pudo para conservar su imperio sobre el mayor. Era en la época de la buena Regencia.

« Tiempo en que la ciudad, lo mismo que la Corte  
Tan solo respiraban los juegos, y el amor. »

Enriqueta-María se esforzaba en distraer á este príncipe á quien nada divertía. Celebrábanse en el Louvre juegos y, con el pretexto de atraer á la señorita de Montpensier, fué á M<sup>ma</sup> de Châtillon á quien introdujo en el redil. Una mujer de costumbres tan ligeras no parecía de temer; además cortaba el camino á otras queridas más peligrosas.

Une politique indulgente,  
De notre nature innocente,  
Favorisait tous les désirs;  
Tout goût paraissait légitime,  
La douce erreur ne paraissait point crime,  
Les vices délicats se nommaient les plaisirs.

Meubles, habits, repas, danses, musiques,  
Un air facile avec la propreté,  
Rien de contraint, pas trop de liberté,  
Peu de gens vains, presque tous magnifiques;  
N'avoir chez soi que la commodité,  
Faisait alors les chagrins domestiques  
Qu'aux autres temps fait la nécessité (2).

Sin cesar el Louvre estaba en relación con el Palais-Royal. Príncipes y princesas de Francia y de Inglaterra fraguaban pequeñas intrigas con la « Mazarinería ». Pero

(1) Conde de Baillon. *Cartas de la reina Enriqueta-María*, p. 559.

(2) Una política indulgente, favorecía todos los apetitos de nuestra naturaleza inocente. Todo gusto parece legítimo, el dulce error no parece un crimen y á los vicios delicados se les llama placeres.

Muebles, trajes, comidas, bailes, músicas, un aspecto desembarazado, mucha limpieza, ninguna traba y no excesiva libertad.

Pocas gentes vanas, casi todas magníficas; no tener en su casa más que comodidades, producía entonces los disgustos domésticos que, en otros tiempos acarrea la necesidad.

Carlos II, que tenía entonces más de veinte años, no se ocupaba sino de la duquesa de Châtillon.

« Tengo el talle más bonito y mejor hecho de todos cuantos se han visto hasta el día, escribía ella misma al trazar su retrato. Mi apostura y paso son muy agradables y todo lo que hago parece infinitamente espiritual. Mi rostro es un óvalo de los más perfectos, según todas las reglas; mi frente es un poco alta, lo que contribuye á dar regularidad al óvalo, mis ojos son castaños, muy brillantes y rasgados; la mirada es muy dulce y está llena de fuego y de ingenio. Tengo la nariz bastante bien hecha y en cuanto á la boca puedo decir que la tengo, no solamente bonita y de buen color, sino que es agradabilísima debido á mis naturales mohines que no se encuentran en ninguna otra boca. Tengo los dientes hermosos y muy iguales. La barbilla es deliciosa. No poseo la tez muy blanca pero mis cabellos son de un castaño claro, y muy lustrosos. La garganta es más bonita que fea. En cuanto á los brazos y manos no discuto, más el cutis es muy suave.

No es posible tener la pierna ni el muslo más perfectos que yo ni el pie mejor modelado. Tengo el carácter alegre y un poco burlón, pero me corrijo de esta inclinación por el temor á desagradar. Tengo mucho ingenio y sé conversar agradablemente. Poseo un timbre de voz simpático y el aspecto nada presuntuoso. Soy muy sincera y me he portado siempre bien con mis amigos. No gusto de intrigas ni de hacer mal al prójimo. Amo la gloria y los acciones nobles. Tengo valor y ambición. Soy muy sensible al bien y al mal, no obstante no me he vengado jamás del que me han hecho, aunque esa sea mi inclinación, pero no me he contenido sino por respeto á mi propia dignidad. Tengo el carácter muy dulce y me agrada servir á mis amigos, y la cosa que más temo es los altercados femeniles, que, generalmente, no tienen ningún fundamento ni razón de ser (1). » M<sup>ma</sup> de Châtillon no gustaba, pues, de las disputas

(1) *Galería de los retratos de Montpensier*, p. 472.

de comadres. ¿Amáronse mucho Carlos II y ella? Es difícil saberlo. La dama era, sin género alguno de duda, poco esquivá, pero los contemporáneos, muy discretos, se han limitado á indicar el rumor difundido acerca de un matrimonio (1). Lo que parece seguro es que en esta época

Carlos II era bien considerado en la Corte y que las damas le miraban con ojos bastante tiernos. « Su gallarda apostura, sus cabellos negros y rizados, la gracia y majestad de toda su persona, dice la condesa de Bregis, le hacían uno de los hombres más agradables. Todas estas ventajas no eran debidas á la hermosura, y aún después de



*Lucy Walters ó Barlow.*

Grabado de Scuver.

(Biblioteca Nacional. Estampas.)

haberle visto, no se podía decir que tuviese algo de deseable, pues aún sin ser hermoso, se podía ser tan bien hecho como el joven príncipe, cuyo carácter juicioso y prudente es capaz de todas las buenas y nobles acciones. Es amable y galante, pudiendo alabarse el amor de haber tomado frecuentemente

(1) El conde de Baillon (*Enriqueta-Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans*, p. 21) dice que la duquesa, á consecuencia de una imprudencia que luego lamentó, rehusó la mano de este príncipe sin corona.

parte en sus inquietudes. En fin es tan grande por su corazón como por su nacimiento (1). »

Mientras estuvo en el Louvre, Carlos II parece que se mezcló en las aventuras de la Corte. « Lleva en París, dice un contemporáneo, la vida de un desocupado que se divierte. Ha perdido el cariño de los franceses á causa de sus disoluciones », dice un realista afecto á la Iglesia establecida. El canciller Hyde, á quien le hablan de esto, confiesa que es verdad y que de ello se lamenta (2).

El príncipe ideal, para él, sería el duque de Gloucester. Los carceleros de éste se deciden al fin á dejarle embarcar para Holanda á principios del año 1653. Llegó á París imbuido todavía en las doctrinas de su padre arraigadas firmemente con los discursos y reflexiones de su hermana Isabel, su compañera de cautiverio. Casi no se acordaba de aquella parte de la familia con la que iba á reunirse en Francia. No sabía nada de ella y ella no sabía nada de él. Apenas hubo entrado en el Louvre cuando estalló un conflicto entre la madre y el hijo. Enriqueta-María era católica; el hijo de Carlos I, como su padre, era anglicano. La reina se propuso, no solo convertirle al catolicismo, sino hacerlo obispo de Metz. El duque de Gloucester se negó á todo arreglo (3). Después de una escena violenta entre la madre y el hijo, en Noviembre de 1654, Enriqueta-María hizo que quitasen de su cama las sábanas. Arrojado de esta manera, el duque de Gloucester se marchó del Louvre. Una carta de Carlos le animaba á que continuase en su resistencia. « Si no creéis lo que os digo, le escribía, acordaos de las últimas palabras de nuestro difunto padre, que nos recomendó fuérais constantes en nuestra fe religiosa y que jamás vacilarais á este respecto (4). » El duque de York tomó también la defensa de su hermano y, en di-

(1) *Galería de los retratos de Montpensier*, p. 15.

(2) Eva Scott. *The King in Exil*, 481.

(3) Conde de Baillon. *Cartas de Enriqueta-María*, 277.

(4) Jesse. *Memorias*, II, 37-39.

ciembre de 1654, Enriqueta-María, consintió por fin en autorizar la partida del duque de Gloucester para Flandes.

Desde hacía un año, el crédito de los Estuardos había disminuido mucho en Francia. Los servicios prestados durante la Fronda habían sido olvidados muy pronto al impulso de las necesidades políticas que parecían exigir la unión entre Francia é Inglaterra. Cromwell estaba en el apogeo de su fortuna, tanto que España y Francia no tardaron mucho en arrojarle á los pies del regicida. Un grabador holandés satirizó estas bajezas. En un lado del medallón se veía el busto de Cromwell protegido con una coraza y con la frente cubierta de laureles. Al otro lado estaba la Gran-Bretaña sentada, representada por una mujer, á los pies de la cual estaba el Protector arrodillado, con la espalda vuelta y desnudo de cintura abajo. El embajador de España iba á besar respetuosamente las nobles nalgas y el embajador de Francia le rechazaba con el brazo. « Quitate, decía una inscripción al pié de la lámina, este honor pertenece al rey mi amo (1). »

La unión que se quería establecer entre los dos países, fué un golpe cruel para los desterrados. « Os confieso, escribía Enriqueta-María al duque de York, que después de mi gran desgracia nada me ha hecho tanto daño como esto. » Al saber que M. Bourdeaux iba á negociar el reconocimiento del protectorado y la adquisición para Mazarino de las colecciones artísticas de Carlos I que vendía el Parlamento, Carlos II anunció su intención de marcharse de Francia. En cuanto al duque de York, debía fingir como si ignorase esto y, en el caso de que le hablasen de ello, diría que no podía creerlo.

Enriqueta-María no había llegado al término de las humillaciones. Deseoso de disminuir las cargas del tesoro, Mazarino la arrancó la autorización para reclamar el pago de su viudedad, pero todos los pasos que se dieron fueron inútiles. Cromwell respondió á las reivindicaciones de su

(1) *Resumen histórico acerca de Cromwell*, p. 146.



embajador que Enriqueta-María no tenía derecho alguno á pensión, pues jamás esta había sido reconocida por el pueblo de la Gran-Bretaña como reina-consorte. Esto era tratarla de concubina, pero esta insolente respuesta era menos ultrajante para la viuda de Carlos I que para el negociador. Indignada Ana de Austria, señaló 200 libras más por día á la pensión que había otorgado á su cuñada, y el duque de York recibió el cargo de comandante de gendarmes escoceses de la escolta del rey. Algunos meses después partió para unirse al ejército de Turena, en donde iba á servir como voluntario. « Ahora, escribía alegremente á Carlos II, quiero luchar para ganarme el pan, pero muy pronto espero que me batiré para hacer que recuperéis vuestra corona. »

Peró todo parecía oponerse á los deseos de los príncipes ingleses, y una campaña con este objeto era cada día más difícil. A principios del año 1654, la política conciliadora que se seguía, dió como fruto un tratado de alianza entre Francia é Inglaterra. « Seguramente, escribía la reina de Bohemia, hermana de Carlos I, Cromwell es la bestia del Apocalipsis á quien todos los reyes de la tierra adoran; le deseo un fin parecido y cuanto antes mejor. » Una de las condiciones de la alianza era que cesaría la hospitalidad otorgada á Carlos II. El joven rey tuvo que refugiarse en Flandes donde se reunió á sus hermanos. Después, los duques entraron al servicio del ejército español que defendía los Países-Bajos contra las tropas de Cromwell. En cuanto á Carlos II, después del sitio de Mardick, pasó á Holanda en donde la princesa de Orange, su hermana, ejercía la regencia en nombre de su hijo, pero muy pronto tuvo que retirarse á Colonia para evitar una declaración de guerra á Holanda.

En una de las épocas que había pasado en La Haya, varios años antes, Carlos II encontró una aventurera, Lady Walters, de obscuro origen (1). Era joven y fácilmente

(1) Jesse. *Memorias*, III, 363.

conquistable. « Era, dice la condesa de Dunois, de una belleza tan perfecta que el rey quedó encantado y enamorado en cuanto la vió, y entre las desgracias que turbaron los primeros años de su vida y de su reino, no conoció otro placer que el de amar y ser correspondido por esta joven encantadora. Era su primera pasión. El equipo que la regaló, el cuidado que puso en agradarla, las complacencias que tenía para ella, llegaron hasta tal punto que se pensó la había prometido ser su esposo (1). »

Los consejeros de Carlos II estaban muy inquietos del imperio que adquiriría sobre el príncipe. El canciller Hyde, que hablaba desdeñosamente de ella, en sus *Memorias*, supone que había hecho exprofeso el viaje á La Haya para seducir á Carlos II é insinúa que había un concierto secreto con los enemigos de la Casa Estuardo, para disminuir el crédito del poder real. Lucy Walters no tenía tan malignos designios. Era, en una palabra, una diminuta Dubarry sin Roué, pero no sin rufian, preocupada únicamente con la idea de asegurarse comida y casa por medio de amantes ricos. Algún tiempo después, Algernon Sidney contaba al duque de York que en la época en que servía á las órdenes de Cromwell había convenido con Lucy Walters que la daría « cincuenta monedas grandes » por poseerla, pero que la brusca partida de su regimiento había impedido la ejecución de aquel contrato. « Entonces, agregó, ella ha hecho el viaje á Holanda para probar fortuna, y en esta época es cuando, cayendo entre las manos de mi hermano, el coronel Roberto Sydney, ha vivido algún tiempo con él. » La fama de su extraordinaria belleza se difundió muy pronto por La Haya y Rotterdam. Era conocida de todos los petimetres que llevaban una vida elegante y licenciosa, con el nombre de mistress Barlow, y el rey Carlos, atraído por su juventud, encontró medio de hacerla venir á su casa y de guardarla. Sydney acogió friamente este abandono: « Que la posea quien la quiera, dice, ahora que ya he gus-

(1) Condesa de Dunois. *Memoirs of the English court*, p. 3.

tado sus primicias. » Si creemos las *Memorias de Jacobo II*, Lucy Walters dió á luz enseguida de tener relaciones con Carlos y nadie vaciló en atribuir la paternidad del niño, el futuro duque de Monmouth, no al rey, sino al coronel Roberto Sydney. Cuando llegó á hombre, Monmouth recordaba al coronel por su estatura, aspecto y hasta por una verruga que tenía en la cara (1).

Algunas cartas de un agente de Carlos II, O'Neill, precisaron algunos puntos relativos á esta unión. « Me he abstenido, hasta hoy día, de informar á Vuestra Majestad de la ejecución de sus órdenes respecto de la señorita Barlow, escribía O'Neill, el 8 de Febrero de 1656, pero puedo deciros que ella se conformará á lo que Vuestra Majestad la ordene. Hace poco tiempo he sabido, sin embargo, que no hará nada á este respecto y que, de Colonia, la aseguran que Vuestra Majestad no desearía tener un hijo de ella. Estoy muy disgustado de ver el perjuicio que causa á Vuestra Majestad su estancia aquí, y no estoy menos humillado de ver que Vuestra Majestad la cree digna de su atención. Cuando tenga el honor de hablarle, le diré lo que pienso de una comadrona de esta ciudad y de una de sus criadas á la que ha tenido la torpeza de maltratar, aunque ésta última estuviese al corriente de casi todos sus secretos. » O'Neill fué evidentemente invitado por Carlos II á que continuase vigilando á mistress Barlow, porque el 14 de Febrero escribía de nuevo : « He tenido al menos ocasión de salvarla del escándalo público. Su criada, á la que ha intentado asesinar con un punzón, mientras dormía, la hubiese acusado de haber dado fin de dos niños por medio de ciertos medicamentos, y de vivir de una manera infame con M. Howard, pero he impedido que siga adelante este enojoso asunto, con amenazas, y sobre todo por medio de 100 *gilders* que he dado

(1) Evelyn señala igualmente el asombroso parecido de Montmouth con el primer amante de su madre, el coronel Sydney. Científicamente este parecido no tiene el valor que le atribuye Jacobo II, interesado por lo demás en suprimir una posible competencia.

á la criada. Ha tenido lugar su último aborto, después de la partida del señor Howard, según ha dicho la partera á una persona que he introducido á su lado. El doctor Rusuf la ha mandado algunas medicinas, pero ha sido después del aborto; sin embargo, aún que esté enterado de todo, sería una gran imprudencia el hablarle de ello. Así, pues, no haré ninguna tentativa á este respecto sin tener la seguridad más absoluta de ser bien acogido. Aunque la haya sacado del conflicto, por esta vez, es poco probable que se salve de nuevo cuando no me encuentre en esta, porque, únicamente por consideración á Vuestra Majestad es por lo que el señor Heenuteit y Nertwick se han abstenido de expulsarla de la ciudad y del país como á mujer de conducta infame. Sería conveniente, pues, si Vuestra Majestad reconoce á este niño, que enviara órdenes decisivas para que se le entregue á quien Vuestra Majestad designe. Sé todo eso por una persona que ha leído la carta escrita á ella por lord Taaffe, el 11, en la que, le dice que Vuestra Majestad no piensa más que en sus padecimientos, y que el primer dinero que tenga será para ella. Mientras Vuestra Majestad consienta en que la escriban de esta manera se negará á conformarse con su voluntad; lo único que debéis hacer es consolarla si Vuestra Majestad juzga que está apenada (1). »

Todo cuanto pudo obtener Carlos II de Lucy Walters fué que no tratase de abortar, pero en Colonia tenía muy pocos recursos para poder satisfacer los caprichos de la hermosa joven. Por otra parte, Tomás Howard, de regreso de La Haya, aprovechó su soledad para recobrar la autoridad que tenía sobre ella. ¿Fué él quien la decidió ó fué ella quien viendo los apuros económicos del rey, que no parecía en condiciones de poder sufragar sus gastos, se resolvió á buscar fortuna en otras tierras? Sin romper abiertamente con Carlos Estuardo, al que estaba ligada por

(1) Estas cartas han sido publicadas por Jesse (*Memorias*, III, 365) que las tomó de *Thurloe Papers*, I, 683.

el niño que acababa de dar á luz, decidió ir á Inglaterra, Embarcóse en Flessingues en un barco que había alquilado para ella, sus dos hijos, su hermano Justus Walters, Tomás Howard y la criadita á quien había maltratado con el punzón. Antes de embarcarse había vuelto á ver al rey en Bruselas y le había presentado el recién nacido (1). Pocos días después del desembarco, la policía de Cromwell detuvo é interrogó extensamente á la criada acerca de lo que podía saber de las relaciones del rey con su dueña (2).

Exceptuando lo que acabamos de indicar que muestra la debilidad y la bondad de Carlos II, sus amores con Lucy Walters no tuvieron otras consecuencias. Después de la restauración, ella vivía en Londres, llevando siempre la vida anormal de la mujer galante. Un día, sin embargo, quiso representar la comedia de un arrepentimiento. « Vanamente; dice lord Charendon, ha puesto en juego todas sus astucias y hecho todos los esfuerzos para persuadir al doctor Cousins de que estaba convertida y que renunciaba á su vida escandalosa, pues en la misma época tuvo una hija del conde de Arlington. Esta niña llegó á ser una mujer que la madre reconoció y que se parecía al conde muchísimo (3). »

(1) No se volvió á hablar de este recién nacido. El niño que, hablando á su criada Hill, M<sup>ma</sup> Walters calificaba de « vuestro señor » debe ser el duque de Monmouth, que fué confiado después á lord Croftt y educado por él bajo la dirección de la reina-madre.

(2) Jesse. *Memorias*, p. 367, t. III. Interrogatorio de M<sup>ma</sup> Hill.

(3) Jesse. *Memorias*, III, 364.

## La Restauración.



El 3 de Septiembre de 1658, Oliverio Cromwell desapareció de la escena del mundo. Su hijo, Ricardo Cromwell le sucedió en el poder, lo mismo que en otro tiempo un príncipe de Gales heredaba á su padre. Pero aún no se había borrado de la memoria de los contemporáneos la impresión de los suntuosos funerales celebrados en Westminster con una pompa tal como no se había visto nunca, cuando Ricardo se sentía ya fatigado de las preocupaciones del gobierno.

Era un hombre de costumbres apacibles y muy familiares. No tenía la mano de hierro ni el prestigio de la victoria, de su padre (1). Amaba los libros, los cuadros y todo género de curiosidades, y ningún rasgo de su carácter le hacía parecerse á los *Cabezas Redondas*. Así, durante la revolución, mientras su padre dirigía las armas del Parlamento contra Carlos I, le habían visto hablar con *Caballeros* muy conocidos y beber con ellos á la salud del señor del país. Cuando fué sentenciado Carlos I á muerte, Ricardo se arrojó á los pies de su padre para pedirle la vida del rey (2). Durante el protectorado, sin embargo, supo sacar algún partido de la gloria paterna (3). Pero con los soldados, lo mismo que con los puritanos, cuya jerga religiosa le repugnaba, no gozaba de ningún crédito, ni por sus victorias ni por sus empresas. Entre-

(1) Macaulay. *Historia de Inglaterra desde el advenimiento de Jacobo II*, I, 154-156.

(2) Jesse. *Memorias*, II, 346.

(3) Jesse. *Memorias*, II, 344.

el niño que acababa de dar á luz, decidió ir á Inglaterra, Embarcóse en Flessingues en un barco que había alquilado para ella, sus dos hijos, su hermano Justus Walters, Tomás Howard y la criadita á quien había maltratado con el punzón. Antes de embarcarse había vuelto á ver al rey en Bruselas y le había presentado el recién nacido (1). Pocos días después del desembarco, la policía de Cromwell detuvo é interrogó extensamente á la criada acerca de lo que podía saber de las relaciones del rey con su dueña (2).

Exceptuando lo que acabamos de indicar que muestra la debilidad y la bondad de Carlos II, sus amores con Lucy Walters no tuvieron otras consecuencias. Después de la restauración, ella vivía en Londres, llevando siempre la vida anormal de la mujer galante. Un día, sin embargo, quiso representar la comedia de un arrepentimiento. « Vanamente; dice lord Charendon, ha puesto en juego todas sus astucias y hecho todos los esfuerzos para persuadir al doctor Cousins de que estaba convertida y que renunciaba á su vida escandalosa, pues en la misma época tuvo una hija del conde de Arlington. Esta niña llegó á ser una mujer que la madre reconoció y que se parecía al conde muchísimo (3). »

(1) No se volvió á hablar de este recién nacido. El niño que, hablando á su criada Hill, M<sup>ma</sup> Walters calificaba de « vuestro señor » debe ser el duque de Monmouth, que fué confiado después á lord Croftt y educado por él bajo la dirección de la reina-madre.

(2) Jesse. *Memorias*, p. 367, t. III. Interrogatorio de M<sup>ma</sup> Hill.

(3) Jesse. *Memorias*, III, 364.

## La Restauración.



El 3 de Septiembre de 1658, Oliverio Cromwell desapareció de la escena del mundo. Su hijo, Ricardo Cromwell le sucedió en el poder, lo mismo que en otro tiempo un príncipe de Gales heredaba á su padre. Pero aún no se había borrado de la memoria de los contemporáneos la impresión de los suntuosos funerales celebrados en Westminster con una pompa tal como no se había visto nunca, cuando Ricardo se sentía ya fatigado de las preocupaciones del gobierno.

Era un hombre de costumbres apacibles y muy familiares. No tenía la mano de hierro ni el prestigio de la victoria, de su padre (1). Amaba los libros, los cuadros y todo género de curiosidades, y ningún rasgo de su carácter le hacía parecerse á los *Cabezas Redondas*. Así, durante la revolución, mientras su padre dirigía las armas del Parlamento contra Carlos I, le habían visto hablar con *Caballeros* muy conocidos y beber con ellos á la salud del señor del país. Cuando fué sentenciado Carlos I á muerte, Ricardo se arrojó á los pies de su padre para pedirle la vida del rey (2). Durante el protectorado, sin embargo, supo sacar algún partido de la gloria paterna (3). Pero con los soldados, lo mismo que con los puritanos, cuya jerga religiosa le repugnaba, no gozaba de ningún crédito, ni por sus victorias ni por sus empresas. Entre-

(1) Macaulay. *Historia de Inglaterra desde el advenimiento de Jacobo II*, I, 154-156.

(2) Jesse. *Memorias*, II, 346.

(3) Jesse. *Memorias*, II, 344.

gado á las ambiciones y exigencias de los compañeros de Cromwell, todos impacientes de ser lo que había sido Oliverio, se vió muy pronto obligado á luchar todos los días contra conspiraciones militares que se sucedían sin interrupción. Aquellos mismos oficiales, que soñaban con apropiarse su poder, le impusieron la disolución del Parlamento y después fingieron declararse, por respeto á la legalidad, partidarios de este *Parlamento Rabadilla* (1). Entonces Ricardo se desalentó. Dejose despojar del poder casi sin protesta y se retiró á las posesiones rurales que había adquirido ó que pertenecían á su mujer. Estalló la anarquía en Inglaterra y el *Parlamento Eterno*, que acababa de resucitar, se malquistó con el ejército, pues pretendía tratar casi como á esclavos, á aquellos á quienes debía un resto de vida (2). Entonces una revuelta militar arrancó de sus puestos á estos audaces parlamentarios y un consejo provisional, compuesto de oficiales, tomó la dirección del gobierno. Mas, aun así, cada uno de estos oficiales tenía sus odios y ambiciones. Inglaterra por una parte y Escocia por otra, tenían sus campeones y sin cesar estallaban querrelas y disensiones que desgarraban el país. La ocasión pareció propicia á las realistas, pero estaban también desunidos. Un largo período de sumisión bajo la mano de hierro del Protector había debilitado su valor y su voluntad. Por otra parte, faltaba un jefe reconocido por todos. Una tentativa que se llevó á cabo un poco después de la abdicación de Ricardo Cromwell, fracasó miserablemente, traicionada y vendida al gobierno republicano por numerosos espías. Toda la obra de los agentes realistas tenía que comenzar de nuevo.

Afortunadamente para Carlos II, la caída de Ricardo Cromwell favoreció extraordinariamente sus proyectos. Al

(1) Llamábase *Parlamento eterno* ó *Parlamento rabadilla* (de *rump*, parte posterior), al Parlamento que se eternizaba en el poder, como la Convención en Francia.

(2) Conde Baillon. *Enriqueta-Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans*, p. 30.

saber estas novedades marchó de Colonia para establecerse en Bruselas, desde donde podía dirigir más de cerca las intrigas de sus partidarios. Buscó su primera base de operaciones del lado de Escocia.

Dos veces se había operado una aproximación entre los Estuardos y los presbiterianos. La primera vez en vida de Carlos I, y, después, antes de la batalla de Worcester. De estas alianzas del pasado habían quedado algunos desencantos, pero á la sazón no había nadie, entre los más notables del presbiterianismo, que no estuviese dispuesto á olvidar sus rencores y á sacrificar sus ideales para combatir las realidades presentes. Muy pronto todo el partido debía manifestar que la restauración de los Estuardos se imponía. Los generales, en cuanto llegaban al poder, entregaban á pillaje á la nación para que se aprovecharan de ello las tropas pretorianas que cada dictador gratificaba con los bienes de todos (1). En Inglaterra también estaban cansados del poder ilimitado de los sables. Los compañeros de Cromwell: Lambert, Desborough y Harrisson, en cuanto estuvieron en el poder, se disputaron su posesión. Pero he aquí que otro general del ejército inglés, útil servidor de los dos Protectores, y adherido al *Parlamento Eterno* después de la expulsión de Ricardo, declaró en nombre del ejército Escocés, estar descontento de la obra de los generales de Inglaterra. Este general se llamaba Jorge Monk (2). Había nacido este el 6 de Diciembre de 1608, en Potheridge y era el último de los hijos de Tomás Monk. Había pertenecido al partido del rey hasta el sitio de Nantwich en el que Fairfax le hizo prisionero (25 de Enero de 1644). Enviado á la torre de Londres, había recibido durante su encarcelamiento un regalo de 100 libras que le envió el rey Carlos I (3), pero en Noviembre de 1646,

(1) Macaulay. *Historia de Inglaterra desde el advenimiento de Jacobo II*, t. I, p. 158.

(2) Acerca de Monk, el libro de Guizot es la mejor autoridad que puede consultarse.

(3) Jesse. *Memorias*, p. 41-44.

deseoso Cromwell de tenerle como partidario, le dejó libre, y después de la prisión del rey, Monk entró en el ejército de Irlanda. ¿Habían cambiado sus opiniones? « Quiero, decía á un su amigo, servir á Su Majestad lo mejor que pueda contra los rebeldes de Irlanda, y espero que algún día le serviré en Inglaterra (1). »

La muerte de Carlos I le había hecho encerrarse, más que nunca, en su papel de general al servicio del Parlamento. En 1658, mandaba las tropas estacionadas en Escocia y, según decían, estaba en relaciones con los agentes realistas. « Me dicen, le escribía Cromwell, que hay en Escocia un astuto compadre llamado Jorge Monk, que no espera más que una oportunidad para introducir allí á Carlos Estuardo. Haced, os lo ruego, las diligencias que podáis para cogerlo y enviármelo. »

Así, y como en broma, Cromwell recordaba á su general que no le perdía de vista (2). Monk respondió enviando al Protector una carta en la que le incitaban á que se sublevara, carta que tenía sus razones para creer era conocida ya por los agentes puritanos (3). A la muerte de Oliverio Cromwell, Monk había hecho correctamente proclamar á Ricardo en Edimburgo mientras que sus soldados y sargentos gruñían: « ¿Por qué no se proclama al viejo Monk? ¿Cuánto mejor sería que ese pequeño Dick! » Entre

(1) Irlanda, país conquistado y gobernado como tal, había sido tratada en el reinado de Carlos I como los ingleses acostumbraban cuando los vencidos pertenecían á otra religión. Toda sublevación en Irlanda tomaba, pues, el carácter de revuelta separatista.

(2) Guizot. *Monk*, 58.

(3) Carlos II le había escrito de Colonia, el 12 de Agosto de 1656: « Alguien que cree conocer muy bien vuestro carácter é inclinaciones me asegura que á pesar de tanta desgracia y contrariedades, conserváis por mí vuestro antiguo cariño y que estáis decidido á probarlo cuando la ocasión sea favorable. No os pido más. Esperemos pacientemente esta ocasión que se ofrecerá más pronto de lo que podéis imaginaros. Estad preparado, y entre tanto poned cuidado en no caer en manos de los que saben cuanto mal podéis hacerles cuando llegue el momento, pues confío en vuestro afecto. » Al enviar la copia de esta carta á Cromwell, Monk le decía: Todavía no sé á quien está dirigida pero lo sabré cuando la envien. »

todos los generales. Monk era el único que no había pedido nada al nuevo Protector y algunos meses antes de su caída, algunos amigos de Ricardo Cromwell le ofrecieron 2000 libras esterlinas si quería apoyarle decididamente, pero Monk, presumió el poco tiempo que le quedaba que estar en el poder y respondió: « Ese dinero le será más útil que mi adhesión. » Tenía cuidado de no dejar escapar su pensamiento, pero siempre había escuchado las proposiciones, las ofertas y las promesas que le hacían. Cada partido tenía sus representantes en su cuartel general. Price, capellán del general, realista y angli-



Jorge Monk, duque de Albemarle.  
Retrato por Michel Wright.  
(Biblioteca Nacional de París.)

cano en el fondo de su corazón, era, cerca de él, el abogado de los *Caballeros* escoceses. Todas las días le incitaba á que acudiese en socorro de la buena causa, pero jamás pronunció una palabra que pudiera comprometerle y perjudicar el porvenir de su obra. Otro de los capellanes del general, Gumble, le servía de intermediario con los Presbiterianos. Tenía también á su lado á su cuñado Clargis ministro prebisteriano que soñaba con la restauración.

Cuando estuvo encerrado en la torre de Londres fué cuando conoció á Ana Clarges, hija de una barbera de muy mala reputación y casada con un tal Rodford del que había

tenido una hija. Ana Clarges vivía en las « *Tres hechiceras de España* » en la Nueva Bolsa en donde vendía jabón, polvos, guantes y dirigía un taller de planchado. Debido á sus frecuentes visitas á Monk, pues era la que le llevaba la ropa, no tardó en ser su querida (1) y en adquirir sobre él, desde entonces, un imperio absoluto. Dotada de una volubilidad de palabra y de una impetuosidad de voluntad que lograron imponerse á la fría circunspección del general, había conseguido, algunos años antes, que se casara con ella, después de haberse divorciado de Rodford (2). Entonces el marimacho se refugió en la devoción. « Poco cuidadosa de su cuerpo, advierte Clarendón, había entregado su alma en manos de algunos Presbiterianos. » Por su conducto fué por donde, los que se ocupaban de la Restauración, trabajaron á Monk y lo condujeron, no sin alguna resistencia, á hacerse instrumento de sus deseos. « Ella fué una de las causas bastante innobles, escribe Clarendón, que empujaron á Monk en un trance apurado, á desplegar cualidades superiores ». Rehusó, no obstante, ponerse contra el Parlamento y apoyar la insurrección realista de sir Jorge Booth. « Enviaré tropas contra ellos, dijo; dada mi situación no puedo hacer menos ». Sin embargo, y á pesar de esta humorada, continuó entreteniendo á los negociadores que le enviaban los *Caballeros* y los presbiterianos (3). Cuando fué derrotado Booth por Lambert dijo claramente que el Parlamento debía promulgar una ley ordenando la detención inmediata de todo el que hablara de restablecer á Carlos Estuardo (4), y enseguida, para escapar á las

(1) Jesse. *Memorias*, III, 45.

(2) Una carta de Londres, 9 de Septiembre de 1653, daba la noticia de esta manera: « Nuestro almirante Monk acaba de tomar por esposa á una mujer pública muy fea, y de legitimar á tres ó cuatro bastardos, al paso que él crecía en la gracia y en santidad ». Citada por Guizot, *Monk*, p. 43.

(3) La víspera de la insurrección de sir Jorge Booth, Monk había respondido lo mismo á sir Stephen Fox, enviado de Carlos II, pero le había dejado que se marchase libremente.

(4) Guizot. *Monk*, 74.

intrigas de que se creía rodeado, escribió al Parlamento enviándole su dimisión, porque, decía, « me voy sintiendo viejo ». Su hermano Nicolas Monk y su cuñado Clarges, ambos comprometidos con los realistas, se dieron tan buena maña que impidieron que se leyera su carta en el Parlamento y consiguieron obtener la autorización de retirarla (1).

Un mes después, al recibir la noticia de que Lambert había cerrado el Parlamento, Monk encarceló á los oficiales que pensó eran sospechosos. « El ejército de Inglaterra, decía, ha destruido el Parlamento. Incapaz de reposo, quiere monopolizarlo todo y no permite que la nación llegue al estado de consolidación que le es necesario. En su insolente extravagancia querrá hasta dominar al ejército de Escocia que no es ni su subordinado ni su inferior. En cuanto á mí, creo estar obligado á obedecer al poder civil. Así, pues, cuento con vuestro apoyo. » El ejército le aclamó y Monk envió á sus oficiales á que se apoderasen de los puntos estratégicos y prendieran á los que obrasen por cuenta de Lambert. Enseguida organizó su ejército como lo hubiese hecho un verdadero gobierno, reuniendo en gran consejo á todos sus oficiales, hasta á los subalternos, y supo imponer á todos sus opiniones, bajo la apariencia de consultarles. Una declaración del gran consejo de oficiales, que decía, en resumen, que habían tomado las armas con objeto de defender la libertad y los privilegios del Parlamento y para sostener los derechos del pueblo, causó, á su llegada á Londres, en el público un vivo sentimiento de alegría y entre los oficiales que estaban en el poder, una gran sorpresa. El ejército de Irlanda y la armada le negaron su socorro pero en cambio recibieron con los brazos abiertos al coronel Talbot y al Dr Clarges, á quien Lambert acababa de confiar el cuidado de seguir las negociaciones con su rival. El 15 de Noviembre se firmó un acuerdo en el que Monk renunciaba, á regaña-

(1) La carta de Monk está fechada el 3 de Septiembre de 1659.

dientes á su programa de Octubre, pero lo que deseaba ardientemente era que su ejército le obligase á tomar la ofensiva. El capellan Gumble le proporcionó la ocasión. « ¿Qué piensa usted de este arreglo? » le preguntó el general, cuando entró en la sala de recepción, llena de oficiales. — He oído hablar tanto de ello que deseo dirigiros un ruego. — ¿Cuál? — En el puerto de Leith hay un barco dispuesto á desplegar velas. Vengo á pedir os un pasaporte para Holanda. — ¿Cómo! ¿queréis dejarnos! — No sé como Vuestra alteza saldrá del atolladero, pero sé que no descansarán hasta que os quiten el mando. Entonces veréis qué es lo que tenéis que hacer. En cuanto á mí, pobre diablo, como no estaría muy seguro entre sus manos no quiero caer en ellas. — ¿Y tengo la culpa de todo eso? exclamó el general; ¿Qué el ejército me defienda y yo le defenderé! ». A estas palabras todos los oficiales se pusieron de pie sacaron los sables y aclamaron á Monk. El acuerdo del 15 de Noviembre no podía subsistir, y el ejército de Escocia, compuesto de 7 000 veteranos, encaminó sus pasos hacia Londres.

Al recibir esta noticia los habitantes de la ciudad, se reunieron por millares y pidieron á grito pelado un Parlamento libre. Los pueblos se sublevaban y se negaban á pagar los impuestos; la marina, que pocas semanas antes, había prestado su concurso, remontó el Támesis y se declaró contraria al gobierno de los soldados (1). Lambert, que comprendió al fin que había sido burlado, se dirigió en persona contra el ejército de Escocia, pero fué abandonado por sus tropas y hecho prisionero. El *Parlamento Rabadilla* volvió á entrar en posesión de Westminster. Creyendo contentar al ejército escocés le otorgó cadenas y medallas de oro, esperando, como en otro tiempo, tomar la dirección de los asuntos, pero no contaba con Londres ni con todo el país, pues era universalmente

(1) Macaulay. *Historia de Inglaterra desde el reinado de Jacobo II*, t. I, p. 161.

despreciado y aborrecido. Por todos los lugares por donde pasaba Monk, las gentes se agrupaban á su alrededor para suplicarle que devolviese la tranquilidad y la libertad á la nación. Monk, taciturno y frío, era impenetrable. No obstante, cuando el 3 de Febrero de 1660, hizo su entrada en Londres, los días del *Parlamento Rabadilla* estaban contados. Al otro día, el general vino á Westminster para recibir las gracias del Parlamento. Le habían preparado una butaca en la barra, pero él rehusó humildemente el sentarse delante de tanto personaje ilustre; habló, pues, de pie y dió al Parlamento en el tono más humilde, una serie de consejos que, dada su posición, eran órdenes.

Hizo ver á los parlamentarios la urgencia de alejar de los empleos á un mismo tiempo á los *Caballeros* y á los *Fanáticos*, pues de esta manera denominaba á los sectarios, dueños de la ciudad. Contó cómo, durante el camino, se había visto asaltado por una nube de peticionarios que le habían indicado el deseo que tenían de ver terminada la legislatura y él les había respondido que su deber era proteger al Parlamento contra toda violencia, pero que al



Ana Clarges, duquesa de Albemarle.

Retrato anónimo, 1670.

(Biblioteca Nacional. París.)



mismo tiempo les había asegurado que pondría un límite á su poder (1).

El *Parlamento Rabadilla* comprendió mal la lección. La actitud humilde de Monk le hizo equivocarse acerca de sus verdaderas intenciones. Por otra parte, el silencio que guardaba el general preocupaba á los londinenses. La víspera de su llegada, la caballería é infantería se habían batido en el Strand. ¿Iban á comenzar de nuevo las algaradas? La ciudad no vió su salvación sino en unas elecciones que renovarían un poder desacreditado. Se organizaron manifestaciones para reclamar nuevas elecciones y la disolución de la Asamblea. Entonces, engañados por el aspecto de Monk, le ordenaron que aterrorizara á la ciudad. El general, comprendiendo todas las ventajas que podía sacar de esta consigna, la aplicó en toda su severidad brutal. Sus columnas ocuparon la ciudad como si hubiese sido tomada por asalto, pero enseguida publicó su carta del 11 de Febrero, y repitiendo lo que dijera en su discurso del 5, indicó á la Cámara que votase llamando á su seno á los diputados excluidos. En fin, declaró que se instalaba en el centro de la ciudad y que dejaba soldados para que velasen por la seguridad de la Cámara y del Consejo. Al mismo tiempo, los que habían recibido sus confidencias propalaron por todos lados el rumor de que al obligarle á marchar en armas contra la ciudad, privandola de sus fueros, se tenía el propósito de que él y sus soldados se hicieran odiosos á la población (2).

En cuanto estas declaraciones fueron conocidas, toda Inglaterra se volvió loca de alegría. El diario del buen burgués Pepys es el eco de estas emociones. « He visto, cuenta después de haber analizado los acontecimientos de la jornada, á muchas gentes que daban de beber á los soldados, les ofrecían dinero y gritaban por las calles :

(1) Guizot *Monk*, p. 117.

(2) Pepys. *Diario*, 11 de Febrero de 1659. Haremos observar que las fechas de Pepys son las del antiguo calendario. Se trata, pues, del 21 de Febrero de 1660.

« ¡Qué Dios los bendiga! » y les hablaban muy cariñosamente... En Cheapside habían sido encendidas muchas fogatas y todas las campanas de las iglesias fueron echadas á vuelo. Conté 14 fogatas entre San Dunstan y Temple Bar, 31 en el puente del Strand, y 7 ú 8 en King's Street. La multitud se reunía alrededor de estos fuegos en donde asaba la carne robada á los carniceros, sin olvidarse de remojarla con abundantes libaciones. Los carniceros de May-pole, en el Strand imitaban el sonido de las campanas mientras partían la carne. En Ludgate Hill un carnicero hacía dar vueltas á un asador que tenía un buen trozo de carne que un camarada cubría de grasa. No es posible imaginar el efecto y la prontitud del acontecimiento. Al otro extremo de la calle, parecía que todo estaba ardiendo, y el calor era tan intenso que tuvimos que dar un rodeo para poder continuar nuestro camino (1). »

Monk se presentó en Guidhall para acentuar la actitud que acababa de tomar. « La última vez, que vine aquí dije, fué para al asunto más desagradable de mi vida. Nada más contrario á mis propósitos y al afecto que tengo por la ciudad, pero como lo que está hecho no tiene remedio, no puedo hacer más que lamentar la afrenta que habéis sufrido contra mi voluntad. Conforme á vuestros deseos he escrito esta mañana al Parlamento para que antes de siete días tenga publicados los decretos que señalarán quienes deben ocupar los puestos vacantes (2) y que fijen, la fecha del 6 de Mayo para la disolución, con objeto de que podamos tener un parlamento libre y completo (3). » A estas palabras, la sala se estremeció con el ruido de las aclamaciones y el resplandor de las fogatas iluminó el cielo hasta más de cinco millas alrededor de

(1) Los datos del *Diario de Pepys* están tomados de la traducción inédita y desgraciadamente incompleta, de M<sup>ms</sup> de Genevay.

(2) Cuando el ejército había confiado el gobierno al *Parlamento Rabadilla*, no había en Londres más que 42 miembros (7 de Mayo de 1659).

(3) Guizot. *Monk*, 129.

Londres. Obligado el *Parlamento Rabadilla* á llamar á los miembros excluidos, se consoló pensando en las declaraciones de Monk que afirmaba se opondría con todas sus fuerzas al gobierno de Carlos Estuardo y á que monopolizase el poder una sola persona. « ¿En qué puede inquietaros el que yo haya hecho venir á los diputados excluidos? decía con aspecto de candidez: ¿Si otros han hecho caer la cabeza del rey, no son ellos los que lo han llevado á esa extremidad? (1) » A pesar del cuidado que ponía en tranquilizarlos, los parlamentarios conservaban alguna inquietud. « ¿Qué pensáis hacer? le preguntó á Monk uno de sus íntimos. — Una república, ha sido siempre mi deseo y lo sigue siendo. — No lo dudo, respondió el amigo, pero no puedo impedir que me venga á la memoria el cuento del sastre de pueblo á quien al encontrárselo un día cargado con aperos de labranza, le preguntaron qué iba á hacer. « Tomar medida, contestó, de un traje. — ¿Cómo! ¿con un pico y una pala? — Sí, es como se acostumbra ahora (2). » Por su parte, Pepys, que veía que los soldados escoltaban á los miembros excluidos de Westminster y oía á Monk que arengaba en Whitehall y hablaba contra Carlos Estuardo al mismo tiempo que en favor de la República, encontró la energía necesaria, lo mismo que sus amigos, para manifestar sus sentimientos realistas. El 21 de Febrero por la noche, después de cenar, fué al café con ellos. Allí, en una habitación reservada que daba al río, « nos entretuvimos en hacer música, y oímos cantar canciones españolas é italianas y una composición reciente, para ocho voces de M. Locke, inspirada en estas palabras: *Domine salvum fac regem* (3). Desde las ventanas contemplábamos á la ciudad potentemente iluminada de un extremo á otro, tan numerosas eran las fogatas; y oíamos el ruido de campanas que venía de todos lados. Algunos

(1) Guizot. *Monk*, 138.

(2) Guizot. *Monk*, 149.

(3) Señor, salva al rey.



Carlos II se embarca para Inglaterra en Schenningen.  
Por Schut, grabado holandés. (Bibl. Nue. Paris.)



días después, el 2 de Marzo, escribía en su diario: « La Cámara está en completo desorden, no sabe bajo qué nombre publicar los decretos para la elección del próximo Parlamento y hasta se pretende que en plena sesión el señor Price ha exclamado. « ¡En nombre del rey Carlos! » Cada día se acentúa más esta impresión. « Todos brindan públicamente á la salud del rey, lo que no se atrevían á hacer hace algún tiempo. » El retrato del rey Carlos estaba colgado en muchas casas, sin que sus habitantes fuesen por ello molestados. Hace algunos años esto era un delito pero ahora el Parlamento es tan odiado y despreciado que se oye gritar á las mozas de los carniceros: « ¿quién quiere comprar el solomillo y los riñones del Parlamento? » La disolución del Parlamento se aproxima. Un pintor se subió á una escalera y borró con un pincel y un bote de pintura la inscripción que habían puesto bajo la estatua de Carlos I en la Bolsa Real: *Exit tyrannus regem ultimus anno libertatis Angliæ anno domini 1648 XXX Januariæ* (1). Una vez hecho esto, el pintor tiró el bote y el pincel jurando que no usaría más de los instrumentos que habían tenido el honor de borrar la inscripción de los rebeldes. Enseguida descendió de la escalera sin que nadie le molestase; al contrario, los comerciantes mostraron su alegría y la multitud reunida alrededor del pintor, encendió una fogata (2). Los marineros también se expresaban muy libremente acerca de la restauración. El almirante que los mandaba, Milord Montague, dijo á Pepys que Monk era partidario del rey. Se recibía á bordo á los Caballeros que iban á unirse con Carlos en Holanda.

Las negociaciones con Monk estaban á punto de llevarse á buen término. Lambert había huido y mientras Ingoldsby le perseguía, Monk había llamado á su presencia á sir Jorge Greenville, el agente de Carlos II: « Si Ingoldsby es

(1) Ya no existe el tirano, el último de los reyes, año de la libertad de Inglaterra, año del Señor, 1648, 30 de Enero.

(2) Rugghe. *Diurnal*, fecha de 16 de Marzo de 1660.

vencido, le había dicho, y si el ejército se va con Lambert, me declararé partidario del rey, así lo haré público y pondré sobre las armas á todos los realistas de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda. Procurad que se encuentren en condiciones de recibir mis órdenes. » El acuerdo se firmó sobre las bases siguientes: Una amnistía, general, salvo respecto de aquellos que el Parlamento creyera debían exceptuarse; la promesa de consentir todo acto que se juzgase necesario para garantizar la venta de los bienes y la paga de los atrasos del ejército, y, por último, la libertad de conciencia, mientras fuese compatible con el orden público. Las condiciones de Monk estaban escritas, más por un exceso de precaución, después de haberselas hecho leer al negociador las quemó y recomendó á Jorge Greenville que no las repitiera más que al rey y sin intermediarios. Greenville se embarcó sin tardanza y se presentó en Bruselas.

A todo esto, el entusiasmo de las masas populares había asegurado la elección de un Parlamento que respondía á las inspiraciones de los electores. Los presbiterianos formaban la mayoría de la nueva Cámara. La restauración parecía asegurada y la única dificultad era el carácter sombrío y salvaje de los soldados que detestaban á la vez al rey, á los Estuardos, al presbiterianismo y al Episcopado. Había allí 50 000 hombres cuyo descontento era preciso evitar. Aun que no tuviesen jefes y estuviesen desunidos, su desesperación podía ser terrible. Monk y sus consejeros comprendieron que había que apaciguarlos. Acantonados en Londres desde hacía varios meses, seducidos por las promesas y los halagos de los generales de la población, el ejército escocés estaba conquistado. De la misma manera procedieron con los regimientos puritanos y muchos de esos santos personajes soltaban versículos de la Biblia mezclados con los eructos de la embriaguez. El dinero no se echó tampoco en olvido (1). Todos los que trabajaban

(1) Macaulay. *Hist. de Inglaterra desde el advenimiento de Jacobo II*, t. I, p. 108.

en la obra de la restauración obtuvieron buenas ganancias, porque á la riquezas que les había valido el papel representado en la revolución, se agregó el dinero ganado por el restablecimiento de la monarquía (1). En todos los condados fueron llamadas á las armas las milicias burguesas, que formaban un contingente de 120 000 hombres. Unicamente Londres equipó á 20 000 ciudadanos que Monk revistó en Hyde Park, y bajo la protección de estos tenderos y burgueses fué como el nuevo Parlamento se reunió en Westminster (2).

Desde hacía varios meses Carlos II esperaba el momento favorable. Primeramente había dado mucha importancia á las negociaciones celebradas entre Mazarino y España, esperando que saldría de ellas alguna combinación diplomática que le fuese favorable.

La reina Enriqueta-María se había encargado de defender su causa con el cardenal, y no se sabe si para lograr él éxito solicitó la mano de Hortensia Mancini para su hijo. Vanas esperanzas. Mazarino había declinado para su sobrina el honor de compartir un trono que no estaba aún reconquistado; el enviado español Don Luis de Haro, se había deshecho en estériles protestas. El tratado de los Pirineos no había producido ningún feliz resultado para Carlos II y, después de una corta visita á Colombes, donde su madre y su hermana habían fijado su residencia, volvióse á Bruselas para esperar los acontecimientos (3). A

(1) Pepys, por ejemplo, advierte en su *Diario* el 3 de Junio de 1660, que tenía 20 libras cuando se embarcó y que al presente poseía 800. En el mes de Agosto hace constar que los beneficios de su empleo eran muy superiores á los que tenía en la época de Cromwell. Por eso se arrepentía de haber pertenecido en su juventud al partido de los *Cabezas redondas* y seguramente no se habría mostrado muy satisfecho si algún camarada le hubiese recordado el lenguaje que empleó el día en que murió el rey.

(2) Al mismo tiempo que se reunía la Cámara de diputados los lores volvieron á ocupar su puesto en la sala de donde habían sido arrojados hacia menos de once años.

(3) Conde de Baillon. *Enriqueta-Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans*, p. 27-29.



Carlos II desembarca en Douvres.  
Cuadro de West, grabado de Sharp. (Bibl. Nac. París.)



pesar de su negativa, Mazarino seguía con mucho interés, por su embajador en Londres, las fluctuaciones de la opinión y los actos de Monk. Aun en cierta ocasión le pareció útil representar un papel activo. El señor de Bourdeaux hizo llamar á Clargis y en el misterio de su gabinete le hizo declaraciones muy precisas: « El general, le dijo, tiene un gran designio, todo el mundo lo ve. Desea sin duda ó declararse rey ó volver á establecer al rey. Y bien, en estos dos casos, nadie puede prestarle los servicios que yo. Un inglés se comprometería, y yo en cambio no corro ningún riesgo. Pero no se trata de mí, sino del Cardenal, porque es conveniente que lo sepáis, el Cardenal ha sido el amigo íntimo de Oliverio Cromwell. Cromwell ha subido al poder con su ayuda, el cardenal fué quien le guió, paso á paso, en este asunto. » Clargis eludió la cuestión diciendo que él era muy poco para ocuparse en asuntos de tanta transcendencia. En cuanto á su cuñado, esperaba la decisión del Parlamento (1). Mazarino había entrado en fuego demasiado tarde; nadie tenía necesidad de su auxilio.

El 1.º de Mayo de 1660, esta comedia, que ya no engañaba á nadie, tuvo su fin. Ese día, Pepys, que estaba en Deal, hace notar que la ciudad estaba de fiesta. « Las banderas del rey flotaban en la copa de los árboles. Los habitantes, de rodillas, bebían á la salud del rey é hicieron salvas de cañón á pesar de los soldados del castillo que les amenazaban muy blandamente. » En Londres se presentó Greenville á la puerta del Consejo de Estado. Monk tomó las cartas que le presentaba y fingiendo una viva sorpresa á la vista del sello del rey, ordenó á Greenville, en tono severo, que se quedase en la puerta vigilado por los centinelas. Las cartas de Carlos II, escritas según las indicaciones de Monk, le habían sido comunicadas oficiosamente por la mañana. Carlos II fué reconocido enseguida en las dos Cámaras (2) Reinaba gran

(1) Guizot. *Monk*, 155.

(2) Guizot. *Monk*, 163.

esfervescencia en Londres. « Por la noche, advierte Pepys en su *diario*, se ha prendido fuego á varias fogatas y se han echado las campanas á vuelo. Mucha gente bebía de rodillas á la salud del rey, lo que me pareció un poco exagerado. En fin, la alegría era general. Nuestros oficiales superiores (los de marina) que, la semana última, eran impenetrables, se declararon abiertamente por el rey, y los marineros que tenían dinero ó crédito, no han cesado de beber en todo el día. » El 6 de Mayo, para comprometer la milicia en favor del rey, se la reunió en Hyde Park. « El general, participa un parte de Bourdeaux á Mazarino, no ha asistido, pues el Consejo le ha rogado que no se exponga. Algunos regimientos gritaron: « ¡Viva el rey de Inglaterra! » y la inclinación de todo el pueblo le es tan favorable como contraria fué al rey difunto á comienzos de la guerra (1). » El 8 de Mayo, Carlos II fué proclamado en Londres. Monk hizo que le votasen 50 000 libras esterlinas, de las que 10 000 fueron pagadas en oro por la ciudad y el resto en letras sobre Amsterdam. Greenville llevó el dinero á bordo de la flota que mandaba el almirante Montaigne y después lord Sandwich fué hasta las costas de Holanda para saludar al rey. El 13 de Mayo, los diputados del Parlamento que deseaban embarcarse, no tuvieron sino un convoy sin escolta. Mientras llegaban no hacían más que discutir con objeto de hacer valer sus servicios. Ofrecían regalos y se mostraban entusiastas partidarios del rey, para hacer olvidar de esta manera los compromisos del pasado. No soñaban más que en vengar sus insultos personales; los presbiterianos se separaron ruidosamente de los republicanos, y de los independientes, y no sin gran trabajo logró Monk que quedaran reducidos á siete los regicidas que no habrían de disfrutar de la amnistía (2). A todo esto, Carlos II se había marchado á Breda, á la Corte de su hermana de Orange, para esperar allí la solu-

(1) Guizot. *Monk*, p. 351.

(2) Guizot. *Monk*, 155.

ción de las comenzadas negociaciones (1). Desde últimos de Abril, no se oía hablar de otra cosa que de los acontecimientos que se esperaban, y el crédito del rey, muy mediano algunas semanas antes, había adquirido gran solidez, tanto que pudo encargar á un sastre de París, Seurgeon, trajes de verano, cuyas cintas, adornos y plumas, debía elegir su hermana Enriqueta-Ana. Pero entre tanto estaba muy mal vestido. Pepys, que era hijo de sastre, había advertido, según la confesión de Edwards Pickering, también sastre, la penuria de trajes y de dinero en que encontraron los enviados de Milord Montaigue, almirante de la armada, al rey y á su séquito. « Los trajes mejores no valen 40 chelines. El rey, loco de contento á la vista del dinero que le llevaba sir G. Greenville, hizo llamar á la princesa (la viuda del príncipe de Orange) y al duque de Gloucester, y no quiso guardar el dinero antes de que lo hubiesen contemplado (2). » La flota se encontró muy pronto á la vista de Schevelingen. Pepys, que se embarcó con milord Montaigue, suministra curiosos detalles acerca de las primeras entrevistas entre el rey y sus hermanos los duques. « Buscaba, dice el 17 de Mayo, á alguien que pudiese facilitarme los medios de ver al rey de incógnito y tuve la fortuna de encontrar al capitán Whithington. Nos condujo, á mí y al joven Edward Montaigue, á presencia del rey, quien abrazó muy afectuosamente al niño. Después besamos la mano del duque de York y la de la princesa real. Su Majestad tiene el aspecto serio. La Corte, compuesta de grandes señores, es verdaderamente espléndida. Todos los ingleses estaban vestidos con mucho lujo. « Evidentemente Seurgeon, sabiendo que iba á ser pagado, había hecho bien las cosas. Cinco días después, los duques vinieron á visitar la flota. » El duque de York, cuenta Pepys, llevaba un traje con vivos amarillos,

(1) Conde de Baillon. *Enriqueta-Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans*, p. 33.

(2) *Diario de Pepys*.

el duque de Gloucester llevaba un traje de color rojo y gris. Milord (1) fué á buscarle en barco; el capitán, yo y otras personas, nos colocamos al lado de la escala. Cuando pusieron el pie á bordo, todos los barcos de la flota los saludaron con salvas de cañon. Los elegantes principes pasaron inspección á nuestro barco quedando muy contentos de su estado. Después de esto y resguardados por una tienda de campaña colocada sobre cubierta, el duque de York, Milord, Coventry y yo, pasamos allí para marcar la situación de cada navío en nuestro regreso á Inglaterra. En la comida los dos duques se colocaron en los dos extremos de la mesa teniendo á derecha é izquierda á milord Opden y á milord Sandwich. Cada vez que se bebía á la salud del rey y á la del duque, se oían dos descargas. Durante las comidas de los duques, un músico, que estaba á las órdenes del capitán Sparling, tocaba el arpa y por cierto muy bien. Milord y los duques se embarcaron y yo los seguí, en una chalupa, en compañía del vice-almirante y del contra-almirante. Los principes volvieron á tierra en el barco holandés en el que habían hecho el viaje y conseguí que me dejasen embarcarme con ellos. Una vez que llegamos á la costa, Milord pidió permiso para separarse de los principes y volvió á su barco acompañado por el general Pen y yo. Parecía encantado de la jornada. Al saber que el rey había tocado tierra hizo que todos los cañones, uno después de otro, tirasen dos cañonazos. Toda la flota siguió su ejemplo, lo que produjo un desorden general de un efecto indescriptible. Queriendo testimoniar mi entusiasmo disparé un cañon colocado enfrente de mi camarote, pero con tan mala fortuna que á poco pierdo el ojo derecho. Es la primera vez, después de la restauración, que el rey es saludado por sus barcos. Las detonaciones no dejaron de oirse en toda la jornada. » Al otro día el rey

(1) Pepys llamaba siempre de esta manera á lord Montaigue, conde de Sandwich, del que era algo pariente y una especie de intendente. Montaigue habia hecho fortuna prestando dinero á los marinos.

se presentó á bordo. Durante toda la mañana, cuenta Pepys, vino mucha gente perteneciente al séquito del rey. Milord, el señor Crewe y otros fueron á tierra para ver al rey y me dijeron que cuando sir R. Stayner llevó al príncipe al barco, éste último, que veía á Milord por primera vez, le abrazó muy afectuosamente. El rey, los dos duques, la reina de Bohemia, la princesa real y el príncipe de Orange subieron á bordo. No besé más que la mano del rey, la de la reina y la de la princesa, pues ya había saludado á los otros príncipes. Hicieronse muchas descargas durante el día, en un desorden calculado que producía muy buen efecto. Hubo gran número de visitantes, de la mayor distinción; lores, hidalgos, etc. La comida para la familia real, servida con gran aparato en la Cámara del Consejo, fué espléndida. Después de la comida, el rey el duque cambiaron el nombre de varios barcos. El *Naseby* se llamará *Carlos*; el *Ricardo*, *James*; el *Speaker*, *Mary*; el *Dunbar*, que todavía no está con nosotros, *Enrique*; el *Wynsky*, *Happy Return*; el *Wackefield*, *Richmond*; el *Lambert*, *Enriqueta*; el *Cheriton*, *Speedwell*; el *Bradford*, *Exito*. Una vez hecho esto, la reina, la princesa real y el príncipe de Orange se despidieron del rey, y el duque de York pasó á bordo del *London*, el duque de Gloucester á bordo del *Swifsure*; levamos anclas con un tiempo soberbio y, viento en popa, nos dirigimos hacia Inglaterra.»

Al desembarcar en Douvres, en medio del entusiasmo general, Carlos tuvo una frase ingeniosa: « En verdad, si no he vuelto antes sin duda es por mi culpa, pues todas las personas que he encontrado en Inglaterra me aseguran que siempre han deseado mi regreso (1). » El día de la entrada del rey en Londres, una nube de voluntarios, adornados con plumas y bandas, desfilaron brillantemente por delante de él. Alguien dijo á Monk: « ¡No teníais soldados parecidos cuando salisteis de Escocia! — Es natu-

(1) Eugenio Despois. *Revoluciones de Inglaterra*, 155.

ral respondió el general, los saltamontes y las mariposas no salen durante las heladas (1). »

A todo esto, en París, la reina Enriqueta-María esperaba las noticias con impaciencia. Antes de embarcarse, Carlos II había ido á hacerla una visita de incógnito á Santa María de Chaillot. La madre y el hijo habían comido juntos en el refectorio del monasterio, servidos por religiosas. Después que se hubo marchado el rey de Inglaterra, Enriqueta asistió, en la capilla de la comunidad, á una solemnidad religiosa con objeto de implorar la protección del cielo para el nuevo trono, restablecido milagrosamente. Enriqueta estaba también preocupada por algo personal que la interesaba mucho. ¿No verían los ingleses con desagrado su regreso al reino que, según decían, había perdido su fatal influencia? El señor de Bourdeaux recibió orden de Mazarino de tantear el terreno á este respecto. El 13 de Mayo respondió: « Las calumnias con que algunos han querido perjudicar á la reina no han producido efecto alguno, y se está dispuesto á concederla cuanto pueda desear de Inglaterra. Me ruegan que haga llegar á sus manos una carta de la mujer del general en respuesta á la que recibió de la reina. Su regreso contrapesará la influencia del canciller, y ya los partidos parece que están completamente formados. Ese será el tema de todas las conversaciones después del regreso de la Corte (2). »

Al día siguiente de haber desembarcado en Douvres, escribió el rey desde Canterbury á su hermana Enriqueta-Ana: « Estaba tan preocupado en La Haya con mis diversos asuntos que no he tenido tiempo de escribiros antes de mi marcha, pero he dado encargo á mi hermana (la princesa de Orange) de enviaros un regalito que espero recibiréis muy pronto. He llegado ayer á Douvres donde encontré á Monk y á gran número de nobles que me han abrumado á agasajos. Estoy tan atureido á consecuencia

(1) Guizot. *Monk*, 173.

(2) Guizot. *Monk*, 358.

006398

de las aclamaciones del pueblo y por el número de asuntos, que no sé lo que escribo, por lo que suplico me perdonéis si únicamente os digo que os quiero por encima de todas las cosas (1). » Al recibir esta carta la reina respondió desde Colombes : « Podéis juzgar de mi alegría, si estáis abrumado en Inglaterra por las pruebas de cariño, pues también disfruto de ellas en Francia. En este momento salgo para Chaillot, con objeto de hacer cantar un *Te Deum*, y de allí á Paris para hacer quemar fuegos artificiales y fogatas. El otro día las hicimos aquí : creo que asistirán todos los parisienses. No podéis imaginar la alegría que hay por aquí. Alabemos á Dios pues todo esto es obra de su mano, como lo podéis ver (2). » Por la noche, en efecto, todos los amigos de la Casa de Estuardo fueron al Palais Royal. « La reina, advierte sir John Resesby, se ha creído obligada á dar una fiesta muy suntuosa, con objeto de que la Corte de Francia pudiese participar de su dicha. á la que fueron invitados los señores franceses más conocidos y los aristócratas ingleses, sin distinción de partido. La reina me ordenó que bailase con la sobrina del cardenal, la hermosa Hortensia Mancini. La Corte de nuestra reina estaba mucho más animada que la de las reinas de Francia; su ingenio y buen humor, así como la belleza de su hijo, no eran más atractivos que la rigidez de la etiqueta española seguida en las dos Cortes? (3)

(1) El texto auténtico de esta carta está tomado de la preciosa obra de J. J. Foster, *The Stuarts*.

(2) Conde de Baillon. *Cartas de la reina Enriqueta-Maria*. 234.

(3) John Resesby. *Memorias* (traduc. inédita).

## Justas Nupcias.



Lembajador Bourdeaux no se había equivocado cuando dijo lo que iba ser el « tema de las conversaciones » después del regreso de la Corte. Dos partidos se habían formado enseguida. Uno se agrupaba alrededor del general Monk; era el de los Restauradores, el cual presentó respetuosamente al rey la lista de los hombres que podrían prestarle útiles servicios. Esta lista, redactada por Morrice, el principal confidente de Monk, no comprendía, exceptuando al marqués de Hartford y al conde de Southampton, más que jefes presbiterianos, hombres pertenecientes al partido nacional ó advenedizos, salidos de una situación inferior, y que habían aprendido, durante la república, á manejar bien los asuntos. La lectura de esta lista había impresionado mucho á Carlos II y al canciller Hyde. El futuro conde de Clarendon, al que sus servicios pasados hacia el jefe indiscutible y natural del núcleo realista, y que ponía coto de continuo á sus exigencias, quedó consternado al ver nacer las de los republicanos, y sobre todo viéndolas presentadas por un hombre á quien no se podía negar nada. Entonces suplicó á Morrice que hiciese comprender al general que la dignidad del rey se encontraría comprometida si se llegaba á sospechar que le habían sido impuestos aquellos individuos. Morrice se apresuró á declarar que la lista había sido hecho únicamente para complacer al rey, pero que el general no tenía ningún particular interés á este respecto. Esto fué para Carlos y su ministro un verdadero alivio (1). No obstante,

(1) Guizot. *Monk*, 168.



de las aclamaciones del pueblo y por el número de asuntos, que no sé lo que escribo, por lo que suplico me perdonéis si únicamente os digo que os quiero por encima de todas las cosas (1). » Al recibir esta carta la reina respondió desde Colombes : « Podéis juzgar de mi alegría, si estáis abrumado en Inglaterra por las pruebas de cariño, pues también disfruto de ellas en Francia. En este momento salgo para Chaillot, con objeto de hacer cantar un *Te Deum*, y de allí á Paris para hacer quemar fuegos artificiales y fogatas. El otro día las hicimos aquí : creo que asistirán todos los parisienses. No podéis imaginar la alegría que hay por aquí. Alabemos á Dios pues todo esto es obra de su mano, como lo podéis ver (2). » Por la noche, en efecto, todos los amigos de la Casa de Estuardo fueron al Palais Royal. « La reina, advierte sir John Resesby, se ha creído obligada á dar una fiesta muy suntuosa, con objeto de que la Corte de Francia pudiese participar de su dicha. á la que fueron invitados los señores franceses más conocidos y los aristócratas ingleses, sin distinción de partido. La reina me ordenó que bailase con la sobrina del cardenal, la hermosa Hortensia Mancini. La Corte de nuestra reina estaba mucho más animada que la de las reinas de Francia; su ingenio y buen humor, así como la belleza de su hijo, no eran más atractivos que la rigidez de la etiqueta española seguida en las dos Cortes? (3)

(1) El texto auténtico de esta carta está tomado de la preciosa obra de J. J. Foster, *The Stuarts*.

(2) Conde de Baillon. *Cartas de la reina Enriqueta-Maria*. 234.

(3) John Resesby. *Memorias* (traduc. inédita).

## Justas Nupcias.



Lembajador Bourdeaux no se había equivocado cuando dijo lo que iba ser el « tema de las conversaciones » después del regreso de la Corte. Dos partidos se habían formado enseguida. Uno se agrupaba alrededor del general Monk; era el de los Restauradores, el cual presentó respetuosamente al rey la lista de los hombres que podrían prestarle útiles servicios. Esta lista, redactada por Morrice, el principal confidente de Monk, no comprendía, exceptuando al marqués de Hartford y al conde de Southampton, más que jefes presbiterianos, hombres pertenecientes al partido nacional ó advenedizos, salidos de una situación inferior, y que habían aprendido, durante la república, á manejar bien los asuntos. La lectura de esta lista había impresionado mucho á Carlos II y al canciller Hyde. El futuro conde de Clarendon, al que sus servicios pasados hacia el jefe indiscutible y natural del núcleo realista, y que ponía coto de continuo á sus exigencias, quedó consternado al ver nacer las de los republicanos, y sobre todo viéndolas presentadas por un hombre á quien no se podía negar nada. Entonces suplicó á Morrice que hiciese comprender al general que la dignidad del rey se encontraría comprometida si se llegaba á sospechar que le habían sido impuestos aquellos individuos. Morrice se apresuró á declarar que la lista había sido hecha únicamente para complacer al rey, pero que el general no tenía ningún particular interés á este respecto. Esto fué para Carlos y su ministro un verdadero alivio (1). No obstante,

(1) Guizot. *Monk*, 168.

en la distribución de empleos y títulos, se tuvo buen cuidado de reservar una buena parte para los hombres nuevos y para los presbiterianos, con gran disgusto de los realistas de vieja cepa que pretendían tratar á Inglaterra como país conquistado.

El conde de Clarendon se había hecho siempre muchos enemigos á causa de la rudeza, altivez y severidad con que trataba á todos, incluso al rey. Pero, mientras que Carlos II, intimidado por el ministro y por otra parte agradecido á los servicios prestados á la monarquía por el viejo servidor, admitía y sufría sus humoradas, los cortesanos no procedían de la misma manera, porque encontraban siempre al conde de Clarendon obstruyendo el camino á los que habían visto en la restauración el medio de satisfacer sus ambiciones. Se formó una conjuración para humillar el orgullo de Hyde. Resolvieron atacarle en su familia y en el honor de su hija.

Era del dominio público que Ana Hyde sostenía, desde larga fecha, relaciones íntimas con el duque de York, que había conocido á la joven el año 1654 en la Corte de la Haya. En aquella época la hija de Clarendon contaba quince años, y mientras su padre, instalado en la isla de Jersey, reunía á los realistas, habían nombrado á su hija del séquito de María de Orange. « Además de los atractivos de su persona, ha escrito Jacobo II en su autobiografía, poseía todas las cualidades propias para inflamar un corazón menos dispuesto á quemarse que el de Jacobo. La pasión que había concebido por ella llegó á tal extremo que decidió, el invierno anterior á la restauración del rey, no casarse más que con ella, y así se lo prometió. » Cuando confesó sus proyectos á Carlos II, el rey se negó á dar su consentimiento, el 18 de Septiembre del año 1658. A pesar de esto, las relaciones del duque y de la joven continuaron; pasáronse los días sin que la restauración deseada llegase, y la hija de Clarendon terminó por entregarse al duque, confiando en su palabra, después de un matrimonio secreto. Como Ana Hyde se encontrase encinta, cuando

vino la restauración, obligó al duque de York á que hiciese público su matrimonio secreto. Este fué el momento que los conjurados escogieron para intentar indisponer al rey con su canceller, al mismo tiempo que trataban de demostrar al duque de York que era juguete de una mujer de mala vida que deseaba hacerle cargo de responsabilidades que no eran suyas. El rey, obrando con gran prudencia, encargó al conde de Southampton y al marqués de Ormond que se avistasen con Clarendon para tener una explicación acerca de la actitud que pensaba adoptar y para saber la conducta que aconsejaba al rey en aquellas circunstancias. Carlos II no parecía poner en duda la existencia de este matrimonio secreto. Clarendon respondió con la dureza característica de su carácter, que si los hechos que le anunciaban eran exactos no vacilaría mucho en dar su opinión. Si su hija era la manceba del duque de York, no veía qué podía obligarle á conservar en su casa á la querida del príncipe más noble del mundo. Si se había celebrado un casamiento sin el permiso del monarca, era preciso que el rey enviara inmediatamente á esta mujer á la Torre y que ordenase la encerraran en un calabozo tan vigilado que nadie pudiese llegar hasta ella. Enseguida un decreto del Parlamento la condenaría á perder la cabeza. Como sus interlocutores encontraran demasiado riguroso esto, sobre todo viniendo de la parte de un padre, declaró que estaba dispuesto á proponerlo él mismo al Parlamento. El rey entró en este momento en la sala donde se había celebrado la entrevista y viendo en los ojos llenos de lágrimas del canceller, que sus enviados le habían puesto al corriente de lo que sucedía, preguntó á Southampton si había tomado algún acuerdo, « Es preciso, respondió Southampton, que Vuestra Majestad trate con gente más cuerda, pues ese, dijo señalando al canceller, está completamente loco. Ha propuesto cosas tan extravagantes que no hay medio de entenderse (1). »

(1) Clarendon. *Memorias*, II, p. 6.

La crisis, que duró varias semanas fué atajada por la enfermedad del duque de Gloucester, hermano del rey, que murió en Londres de la viruela algún tiempo después de la coronación. La reina Enriqueta-María excitada por la princesa de Orange, furiosa al descubrir una futura cuñada en su antigua dama de honor, intervino por medio de cartas muy enérgicas, en las que incitaba al rey á que rompiese lazos que no consideraba serios y que á sus ojos ofendían la dignidad real. Anunció su próxima llegada á Inglaterra y, antes de marcharse de París, dirigió una carta llena de violentos insultos al duque de York y además una misiva á Carlos II en la que amenazaba con llevar ante el Parlamento al canciller (1). Desde Calais, donde fué para embarcarse, se despidió por última vez de Mazarino, quien, como hombre ducho en destrozar juveniles amores, la había aconsejado. « He recibido, decía ella todas las pruebas de cariño del rey mi hijo para el duque de York que se verá tratado muy bien si se conforma con todo lo que le he propuesto. Por eso es por lo que me conduciré con él como vos me habeis aconsejado (2). » En el momento de embarcarse, el duque de York, lord gran almirante de la flota, y por tanto obligado á recibirla á bordo, se presentó ante ella como hijo contrito y arrepentido. « He sido, la dijo, bastante castigado con la conducta indigna de esa mujer, de la que tengo tales pruebas que no deseo verla más. ¿Cómo tomaría por esposa á la mujer que me ha traicionado tan cobardemente? » La reina debió quedarse muy agradablemente sorprendida con este cambio de ideas. ¿Cómo se había producido este cambio tan brusco cuando la indecisión del rey parecía dejar el campo libre á todas las esperanzas, lo mismo que á las combinaciones de todo orden?

(1) El duque de Gloucester se había puesto también en contra del duque de York, y decía de Ana Hyde: « No podré sentarme jamás en la misma habitación que ella; huele demasiado al sacco verde de su padre. » Jesse. *Memorias*, II, p. 41.

(2) Carta del 7 de Noviembre.

Los adversarios de Hyde habían terminado por ganar á uno de los más fieles oficiales del duque de York, que al mismo tiempo estaba perdidamente enamorado de Ana Hyde. Le habían hecho creer que la gloria del príncipe

peligraba si llegaba á casarse con la hija del canciller y de esta forma consiguieron que sir Carlos Berkeley se presentase una mañana en la alcoba del duque de York y que representase una comedia innoble. Berkeley confesó en tono lastimero que estaba obligado por conciencia á proteger á su Señor del peligro de tomar una mujer tan indigna de él. Berkeley mismo había tenido relaciones íntimas con ella, pero por amor al duque se

casaría aunque estuviese bien enterado de las familiaridades que había tenido con el príncipe. Pretendía por lo demás, que el niño que iba á tener Ana Hyde era suyo (1). Impresionado con este discurso y con las cartas de su madre,



*El duque de York.*

Retrato por Simon Luttichuys, grabado por Van Dalen.  
(Biblioteca Nacional. París.)

(1) Clarendon. *Memorias*, II, p. 17.

el duque de York decidió no ver más á Ana Hyde. No obstante, habían conseguido que el canciller no echase á su hija de la casa. La casualidad hizo que el rey estuviese en consejo en casa del canciller, cuando vinieron á decirle que el parto iba á comenzar. Carlos II, que había tenido la prueba de que se había celebrado un matrimonio secreto en Breda, el 24 de Noviembre de 1659, envió á buscar, al saber esta novedad, á la marquesa de Ormond, á la condesa de Sunderland y á otras damas conocidas por su honradez y fidelidad á la corona, con objeto de que asistiesen al parto. Después de varias horas de sufrimiento, Ana Hyde dió á luz un niño. En los intervalos de los dolores más fuertes, y algunas veces hasta cuando los experimentaba, el obispo de Winchester, que estaba presente con objeto de sondearla, la preguntó de quien era su hijo. Ana Hyde, firme en sus declaraciones, protestó que era del duque, y cuando la preguntó el obispo si no había conocido á otro hombre se apresuró á negar, rechazando esta idea con mucha vivacidad y diciendo que estaba segura de que el duque no lo creería. En fin, como el obispo de Winchester la interrogase respecto del matrimonio secreto respondió que estaba casada con el duque y que varias personas habían presenciado la ceremonia, lo que atestiguarían cuando hubiese necesidad (1).

El relato de esta escena, tal como la contaban los emocionados testigos que habían asistido al parto, produjo algún cambio en la opinión que seguía con interés las fases de este escándalo. Al mismo tiempo que se sabía la presentación de una querrela por la reina-madre en el Parlamento, se supo también que el canciller se preparaba para lo mismo y que estaba dispuesto á presentar los testigos de este matrimonio. Cuando los enemigos de Clarendon se enteraron de estos rumores trataron de aprovecharse de ellos haciendo que llegasen á oídos del receloso duque de York. En esta situación de ánimo se encontró el duque

(1) Clarendon. *Memorias*, II, p. 17.

un día al canciller, al que pidió en el acto hablar á solas. El canciller entró en las habitaciones del duque y allí le dijo el príncipe que habiéndose enterado de su proyecto lo había llamado para decirle que todo cuanto hiciese sería inútil y le amenazó diciéndole lo que haría antes que soportar tal afrenta. En cuanto á Ana Hyde no tenía por qué quejarse, después de la indigna conducta que había seguido con él, de la que tenía pruebas irrefutables y nadie, por tanto, podía criticar la manera cómo procedía con ella. El canciller había escuchado friamente toda esta oleada de palabras, pero cuando hubo terminado, dijo al duque que todos cuantos informes se habían dado eran falsos. Si Su Alteza se había conducido con su hija de una manera inconveniente, había una Providencia que juzgaría y castigaría á los culpables. « Sé muy bien, continuó, el respeto que os debo, y conozco muy bien de quien sois hijo y hermano para atreverme á ofenderos. » En cuanto á su hija, no era él quien podía defenderla de las calumnias y de las imputaciones más inverosímiles; le había engañado y ofendido demasiado para poder asegurar que no era capaz de engañar á cualquiera otro; dejaría este cuidado al Señor en cuya misericordia confiaba, mientras no tuviera nada que reprocharse (1).

En Londres no se hablaba más que de la historia del duque de York. Pepys dice, que comiendo un día en casa de Montaigne, el 7 de Octubre, Milord no hizo más que hablarle, en francés, del duque de York. Decíase que el príncipe había sustraído del gabinete de Ana Hyde, una promesa de matrimonio que estaba firmada con su sangre. « El rey, dice para terminar Pepys, desea este matrimonio, pero el duque no quiere consentir. Es un asunto muy triste para todos. Milord no daba gran importancia á todo esto, pretextando que el duque había cometido torpezas semejantes en el extranjero. » Carlos II era, en efecto, el único que había tomado el partido de la joven, declarando que

(1) Clarendon. *Memorias*, I, p. 21.

la estimaba injustamente ultrajada. Es verdad que Pepys advierte, hacia esta misma época, que el duque de York y M<sup>ma</sup> Palmer tenían conversaciones algo libres á través de las tapicerías que separaban la tribuna del rey de la de las damas, y que todos sabían en la Corte que si Carlos II había tenido diez y siete queridas durante su destierro, Barbara Palmer, casada con un brillante caballero, era sin género alguno de duda la décima séptima en la lista del Tenorio real.

Cualquiera que fuese la víctima de esta triste intriga, iba á ser solemnemente vengada. « Espérase, dice Pepys en su *diario*, el 10 de Diciembre, que el duque se case al fin con la hija del canciller. Esto producirá la ruina de Milord Berkeley, que ha llegado hasta jurar que él y otros muchos habían conseguido los favores de la futura duquesa, pero todos creen sean mentidas estas afirmaciones, sobre todo por venir de la parte de un enemigo declarado del canciller. » El 18 de Diciembre, la duquesa de Orange, que en todo este asunto se había conducido como la más encarnizada enemiga de Ana Hyde, fué atacada por una enfermedad que no supieron diagnosticar los primeros días pero que muy pronto reconocieron los médicos que era la viruela. A últimos del siglo XVII, era una de las enfermedades más terribles, de la que escapaban muy pocos. La enferma no tardó en agravarse, y en sus últimos momentos, para librarse de todo remordimiento, la moribunda proclamó la completa inocencia de la mujer á quien había calumniado (1). Esta confesión *in extremis* produjo enorme impresión en la Corte. Dos días después, el 26 de Diciembre, Berkeley se presentó al duque de York, al que

(1) La princesa de Orange, viuda á los veinte años y á la que su madre había querido casar con Luis XIV, algunos años antes, había sido seducida por la hermosa presencia de Enrique Jermyn, sobrino del conde San Albans, quien, sostenido por la opulencia de su tío, hacía « una gran figura » en su Corte. Jermyn había galanteado también á la Señorita Hyde; sin duda debido á esto al atacarla, María de Orange se vengaba de rencillas personales.



Barbara Palmer, condesa de Castlemaine,  
duquesa de Cleveland.

Retrato par Peter Lely, grabado por Thomas Wright.

todas estas emociones habían puesto enfermo, y le dijo : « Había creído que el matrimonio con una joven sin sangre real produciría la pérdida de Vuestra Alteza, y que también sería preferible para la hija del canciller casarse con una persona de su categoría, pero habiendo conocido que la calumnia había herido el corazón de mi señor, vengo á confesarle la verdad y á implorar su perdón. » El duque de York abrazó al capitán. Era demasiado feliz para no perdonarle, pero el público inglés se asombró un poco al ver que Berkeley seguía en su puesto.

Ocupáronse los días sucesivos en convencer á la reina-madre á que aceptase las decisiones de sus hijos. La hostilidad que mostraba al matrimonio del duque de York, se disipó de repente. Clarendon dice en sus *Memorias* que recibió un día la visita del abate Montaigne, quien le explicó el porqué de este cambio. Provenía, según él, de una carta que había recibido recientemente del cardenal Mazarino, en la cual la decía que seguramente no sería bien recibida en Francia si se marchaba de Inglaterra disgustada con sus hijos y se declaraba enemiga de los ministros en los que el rey tenía más confianza. Mazarino indicaba los servicios que el canciller había prestado y aconsejaba á la reina que consintiese en lo que ya no tenía remedio. Además, dejaba entender la necesidad de una franca reconciliación con sus hijos y con aquellos que gozaban de su confianza (1). Como Enriqueta había pensado volver á Francia en los primeros días del año 1661, obedeció los consejos de Mazarino. En cuanto la reina tomó esta actitud, recomendaron al canciller que fuese á verla, pues por su intermedio se podía llegar á un acuerdo. Al saber esto Clarendon presentó á Carlos II su dimisión, pretextando que su sagacidad debía haber disminuido, pues se había equivocado al juzgar este asunto. Carlos II le rogó que conservase los sellos (2). Una vez de acuerdo toda la fami-

(1) Clarendon. *Memorias*, II, p. 28.

(2) Clarendon. *Memorias*, p. 34.

lia real, el duque de York fué, el día primero de año, á buscar á la duquesa á casa del canciller, su padre, que habitaba en Worcesterhouse, y la condujo á Whitehall con gran ceremonia. Cuando la reina-madre entró en la sala del banquete, Ana Hyde se arrodilló delante de ella, levantóla Enriqueta y colmándola de caricias la condujo hasta la mesa. Por la noche, al despedirse en Whitehall, hizo que se sentara la duquesa á su lado y, cuando se presentó el canciller, la reina tuvo con él una conferencia secreta. Le abrumó á elogios y declaró que consideraba á la joven como á una hija. « La perdono de todo corazón así como á mi hijo y deseo consagrarles una afección maternal. »

Había sido forzoso el cambio de conducta dictado por Mazarino á Enriqueta-María, pues esta necesitaba el concurso del canciller para el casamiento de su hija. Lord Clarendon vió claramente todo esto y no se dejó engañar por este cariño repentino. No ignoraba, tampoco, que la reina hacía educar en París, al niño que Carlos II había tenido de Lucy Walters y por esto quiso asegurar los derechos de su nieto. En Febrero de 1661, si damos crédito á Pepys, « hizo comparecer al duque de York, á la duquesa, á su dama de compañía, á Milord Ossory y á un doctor, ante los principales jueces del reino, para que declarasen bajo la fe de juramento todas las circunstancias del matrimonio. Se probó que el duque se había casado un poco antes de dar á luz la joven, pero, agrega Pepys, los enamorados tenían relaciones íntimas desde fecha demasiado remota para que el niño pudiese considerarse como legítimo (1). » Algunos años después los enemigos del canciller no podían soportar aún la idea de este matrimonio y Pepys cuenta que el 4 de Noviembre de 1666, Monk, duque de Albemarle, estando ebrio, dijo un día á Trontebecke que el matrimonio de Nan Hyde con el duque de York le había parecido siempre una cosa extraordinaria. Trontebecke, también

(1) *Diario de Pepys*, 23 de Febrero de 1661. El hijo del duque de York murió el 6 de Mayo de 1661.

alegre, respondió : « Si usted quiere obsequiarme con otra botella, le daré á conocer otro milagro mayor. » y una vez que le hubieron servido la botella, continuó : « Lo increíble es que nuestra asquerosa Bess haya llegado á ser duquesa de Albemarle (1). »

El viaje de Enriqueta-María, que había fracasado completamente en lo que se refería al matrimonio del duque de York, había producido á otros respectos los resultados que de él se esperaban. Uno de los efectos de la restauración había sido el matrimonio de Enriqueta de Inglaterra. « Era una deliciosa princesita. Su belleza, dice M<sup>ma</sup> de Motteville, no era de las más perfectas, pero toda su persona, aunque no estuviese muy bien hecha, tenía gran atractivo (2). » Agradaba igualmente á franceses é ingleses. John Reresby, que la había visto en el Palais-Royal, un poco antes de la restauración, la encontraba encantadora. « Como hablaba francés y era buen bailarín, dice, la princesa se conducía delante de mí con toda libertad y afecto. Bailabamos juntos, tocaba el clavicordio en sus habitaciones para entretenerme, me permitía que la acompañase en sus paseos por el jardín y algunas veces hasta que tirase de la cuerda de su columpio, colgado entre dos árboles; en fin, asistía á todas sus inocentes distracciones (3). » Una vez decidido el matrimonio de Luis XIV con María-Teresa, Ana de Austria había pensado en Enriqueta de Inglaterra para el hermano mayor del rey. El 21 de Agosto, la reina Enriqueta escribía á la princesa de Orange : « Os rogaba la semana pasada que estuviésteis dispuestos á partir, ahora os digo que vengáis

(1) *Diario de Pepys.*

(2) M<sup>ma</sup> de Motteville. *Memorias.*

(3) Reresby. *Memorias*, p. 3 (traduc. Guizot). — Pepys, que vió á la princesa durante su estancia en Londres, la critica de esta forma : « La princesa Enriqueta es bonita, pero pensé lo era más. Se peina con rizados que no pasan de la oreja y que no me agradan. Mi mujer, con dos ó tres lunares postizos y vestida con un traje elegante, me parece mucho más hermosa. »

cuando os plazca. Aquí volverán á veros con mucho placer. El casamiento de vuestra hermana está acordado, es decir, que el rey, su hermano, y yo lo deseamos ardentemente; os escribirán con este objeto pero lo mejor que podéis hacer es venir (1). »

En efecto, cuatro días después, la reina trajo á su hija menor á París. En cuanto llegó escribió á Carlos II : « Me encuentro en esta ciudad desde ayer. La reina fué á verme en el acto y me dijo que venía de parte del rey, su hijo, para rogarme, que juntamente con ella, apoyase las pretensiones del hermano mayor del rey, respecto á mi hija, es decir que me pedían la mano de Enriqueta. Al principio habian pensado enviar á un embajador pero... Creo que aprobaréis este casamiento, pues puedo aseguraros que no desagrada la idea á vuestra hermana, y el hermano del rey está completamente enamorado é impaciente por saber vuestra respuesta (2). »

La muerte del duque de Gloucester retardó la partida de las princesas, pero el 6 de Noviembre se encontraban en Calais donde debían embarcar. Carlos II salió al encuentro de su madre en Douvres. La entrada en Londres, sin ninguna solemnidad, tuvo lugar el 21 de Noviembre, en medio de la general indiferencia. « Ese día, advierte Pepys, vi muy pocas fogatas, dos ó tres, en toda la ciudad, de donde deduje, como ya había supuesto, que el regreso de la reina agradaba á muy contadas personas. » El embajador extraordinario de Francia, conde de Soissons, estaba ya en Londres, y la reina le dió permiso para que presentase sus respetos á su hija. « La encontramos vestida un poco ligeramente y jugando al tresillo con el duque de York y con la princesa de Orange, escribía Bartel, secretario del conde de Soissons, al cardenal Mazarino. Puedo asegurar al hermano del rey que jamás ha estado

(1) Conde de Baillon. *Cartas de la reina Enriqueta-María de Inglaterra*, p. 579.

(2) Conde de Baillon. *Cartas de la reina Enriqueta-María*, 582.

tan hermosa, ni aún el día en que él la acompañaba por vuestras galerías cuando le dijo que estaba tan hermosa como el ángel de su guarda, no tenía tantas razones para afirmar esto como hoy que la he visto en Whitehall vestida ligereamente de indiana (1). » Enriqueta-Ana tuvo muy buena acogida en Inglaterra. La Cámara de los Diputados votó en su favor 10 000 jacobus (2) y todos festejaron á la novia. El general Monk ofreció á la reina y á su hija una cena después de la cual se representó una comedia. « Toda la Corte, cuenta Bartel el 13 de Noviembre, subió en carroza, precedida por guardias de corps, que formaban la escolta de Monk. Son quinientos, llevan una esclavina de piel de búfalo, y carabina. Montan muy bien á caballo y son á cual más arrogante. Además había sesenta gentileshombres á caballo, que forman una escolta como la de los mosqueteros del rey (3). » El Parlamento votó en favor de Enriqueta-Ana una dote de 40 000 jacobus, que en moneda francesa equivalían 560 000 libras. Carlos II agregó un regalo de 20 000 jacobus, mitad en dinero y mitad en piedras preciosas. Por su parte Luis XIV y su hermano aseguraron á la futura duquesa de Orleans una pensión de 40 000 libras de renta, y para vivir, el castillo de Montargis, amueblado con mucho lujo. Arreglados estos asuntos, lord Jermy, conde de San Albans, fué nombrado embajador extraordinario en París, para que arreglase la casa de la princesa y las detalles de las cuestiones de intereses. El conde de Soissons volvió á tomar el camino de Francia después de haber sido muy festejado por el duque de Buckingham. « El conde, decía Bartel, en una de sus cartas, es un hombre que no piensa más que en divertirse (4). »

(1) Archivos del ministerio de Estado : Inglaterra, 1660, supl<sup>ta</sup>.

(2) Antigua moneda de oro de Inglaterra que valía aproximadamente una guinea.

(3) Archivos del ministerio de Estado : Inglaterra, 1660, supl<sup>to</sup> Monk iba á recibir enseguida el título de duque de Albemarle.

(4) Conde de Baillon. *Enriqueta-Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans*, 50.

Buckingham había hecho una corte asidua á la princesa de Orange, pero, si creemos á M<sup>ma</sup> de Lafayette, en cuanto vió á Enriqueta-Ana, se enamoró tan perdidamente que puede decirse que se trastornó. No quedó extravagancia que no hizo para obtener que le dejasen acompañarla á Francia y habiendo sido atacada á bordo por una indisposición que conocieron muy pronto era el sarampión, quiso matar al conde de Sandwich para castigarle por los cuidados que la prodigaba (1). En fin, en los últimos días de Febrero desplegaron velas para dirigirse hacia el Havre, donde

Ceux de l'Église et de justice,  
La soldatesque et la milice  
Firent à ces princesses voir  
Qu'ils savaient fort bien leur devoir (2).

En cuanto desembarcaron, la reina envió á Buckingham á París, mientras ella se quedaba en el Havre, con objeto de dejar á su hija, todavía convaleciente, el tiempo necesario para que se repusiese. Retiraronse al monasterio de Chaillot para esperar allí la dispensa del papa, pero aun en aquel lugar encontró Buckingham medio de hacer tantas locuras y extravagancias que el hermano del rey terminó por disgustarse de ver asiduidades tan marcadas. Así, pues, Ana de Austria y la reina de Inglaterra, de común acuerdo, le indicaron claramente que era tiempo de volver á embarcarse (3). Entonces, se celebró el matrimonio de Enriqueta-María y de Felipe de Orleans, en la capilla privada de la reina de Inglaterra por el obispo de Valence, Daniel de Cosnac, limosnero del hermano del rey.

Todos estos matrimonios habían hecho preocuparse á la

(1) Conde de Baillon. *Enriqueta-Ana d'Inglaterra, duquesa de Orleans*, 53.

(2) Los que pertenecen á la Iglesia y á la justicia, la soldadesca y la milicia, hicieron ver á estas princesas, que sabian muy bien sus deberes.

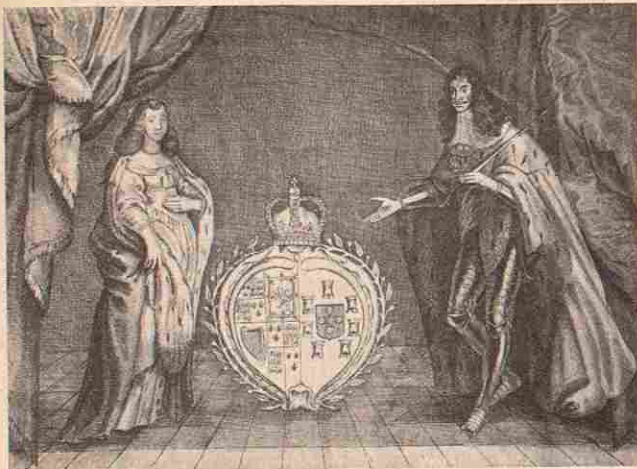
(3) Conde Baillon. *Enriqueta-Ana, duquesa de Orleans*, p. 58.



opinión pública acerca de la situación de Carlos II. « Se habla del casamiento del rey con la sobrina del príncipe de Ligne, de la que, según dicen, tiene dos hijos, escribía Pepys el 28 de Febrero de 1661. Esta unión no me hace ninguna gracia. Sin embargo prefiero esto á ver ocupado el trono por el duque de York cuya inclinación al catolicismo todo el mundo conoce. » Los presbiterianos al igual de los anglicanos, pensaban en este capítulo de la misma manera que Pepys. Con tal que la mujer que escogiese el rey no fuese francesa, el pueblo inglés debía darse por satisfecho, desde el momento en que el duque de York fuera descartado del trono (1). La actitud de dominación de los diplomáticos franceses había acentuado las pocas simpatías que reinaban entonces entre las dos naciones. Cuando, en Septiembre de 1661, á la entrada del conde de Brahé, embajador de Suecia, hubo la disputa entre el personal del barón de Watteville, embajador de España en Londres, y el del conde de Estrades, embajador de Francia, el populacho tomó la defensa de los españoles. Durante varios días los franceses no osaron mostrarse por las calles temiendo ser asesinados. « Es verdaderamente raro cómo todo el mundo se alegra de los descalabros de nuestros vecinos, escribía Pepys, pero es natural; amamos á los españoles y odiamos á los franceses (2). » No obstante, si creemos á un espía francés en Londres, « el duque de York, el rey y toda la Corte hacían votos por Francia. » Disgustado con la conducta de su suegro, después de este desagradable incidente, Luis XIV se vengó haciendo que Carlos II rechazase las proposiciones de España é incitando á la Corte de Lisboa, enemiga natu-

(1) Carlos II no tenía ningún deseo de casarse con una princesa alemana. « Son todas estúpidas » decía (Jesse. *Memorias*, II, p. 3). No puedo elegir más que entre las princesas católicas. »

(2) El odio á los franceses se extendía hasta los hugonotes que el pueblo inglés no diferenciaba de los católicos. Pepys, que se había casado con la hija de un hugonote francés, compartía la opinión de sus compatriotas.



*Matrimonio de Carlos II y de Catalina de Braganza (1662).*

(Stent, grabador. (Biblioteca Nacional. Paris.)

ral de su vecina, á que ofreciese al rey de la Gran-Bretaña con la mano de la infanta Catalina, una dote de 500000 libras, el puerto de Tanger en la costa africana, y la isla de Bombay en las Indias Orientales. Además, aseguraban al comercio inglés el libre tráfico en Portugal y sus colonias. Portugal estaba en estos momentos en muy buena armonía con el gobierno francés. A la muerte del duque de Braganza, que había restaurado la monarquía portuguesa bajo el nombre de Juan IV, Luisa de Guzman, hija del duque de Medina Sidonia, había ejercido la regencia durante la minoría de su hijo Alfonso, pero siempre temiendo las tentativas amenazadoras de España. Los ministros de Luis XIV estaban dispuestos á toda clase de sacrificios para consolidar la independencia de Portugal, en detrimento de las pretensiones castellanias. Fouquet envió un representante á Inglaterra con objeto de que sostuviera la proposición portuguesa, ofreciendo una alianza con

Luis XIV contra España; Francia contribuiría á los gastos de una expedición con 300 000 pistolas (1). Los consejeros, á los que Carlos II llamó para saber su opinión respecto de este matrimonio, parecían seducidos por condiciones tan ventajosas. Las cajas de caudales estaban vacías, así, pues, Catalina de Braganza y su dote caerían como un salvador maná; hasta Clarendon, anglicano de los mas furibundos, admitió, deslumbrado por la dote, un artículo que garantizaba á la reina el libre ejercicio de su religión y la autorizaba á tener, en cada uno de sus palacios, una capilla con sus correspondientes capellanes. Ocuparonse primeramente en montar y arreglar la futura vivienda de la reina, y, entre las damas de honor que fueron designadas para formar parte de su séquito, se encontraba una amiga de la duquesa de Orleans, Francisca Stewart, educada en Francia, y para quien su madre había soñado alguna vez con la protección de Luis XIV. Enriqueta-María escribió, á su hermano, el 24 de Febrero de 1662 : « No he querido perder la ocasión de escribiros por medio de madama Stewart que lleva á su hija para dejarla al servicio de vuestra esposa. Si no hubiese sido esto tened la seguridad que no habría dejado escapar á la más linda joven del Universo, propia para constituir el ornamento de una Corte (2). »

Una vez arreglada la casa de la nueva reina, todo el mundo esperaba verla desembarcar en breve plazo, pero la flota inglesa, mandada por el conde de Sandwich, que Carlos II había enviado á Lisboa con orden de traer á la novia y su dote, no parecía.

En estas circunstancias la realidad era más increíble que la extravagante explicación que se daba. Cuando habían prometido los ministros un opulento dote á la infanta, no

(1) Cada pistola valía diez francos.

(2) Conde de Baillon. *Enriqueta-Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans*, 80. — « Seguramente es la joven más bonita que existe en esta Corte » escribía Courtin en 1665.

se habían preocupado de inmovilizar en las cajas del Estado la cantidad suficiente para hacer efectivas sus promesas. Así, pues, todo el cortejo de damas, de capellanes y de funcionarios diversos, que debían acompañar á Catalina de Braganza, tuvo que aguardar, después de estar preparado y dispuesto para embarcarse, y por último hubo que confesar al conde Sandwich, que les atormentaba con sus prisas, la penuria del tesoro real. El conde de Sandwich no tenía orden de dar plazo alguno al gobierno portugués, insistió, pues, para que le pagasen, pero á falta de dinero tuvo que contentarse con llevar el dote en papel del Estado y en mercaderías. Se limitó á estipular, para su garantía, que la tasación de las mercancías se haría en Londres y que no se daría recibo hasta que fuesen vendidas. Este arreglo sacó al gobierno portugués de una situación difícil, por lo que fué aceptado con reconocimiento. Apresuraronse á embarcar cuantas mercaderías coloniales había disponibles en los depósitos de Lisboa y el duque de Sandwich pudo por fin levar anclas.

El 20 de Mayo, la flota estaba á la vista de Speathead, y el mismo día el rey recibía á la infanta en Portsmouth (1). « Llegué ayer, á eso de las dos de la tarde, escribía el rey á lord Clarendon, y una vez que me hube cambiado de traje me dirigí á las habitaciones de mi mujer. La encontré acostada, pues había cogido un catarro y tenía cierta tendencia á la fiebre. He aquí hasta ahora lo que puedo deciros de ella : su rostro no es de los que podrían calificarse de hermosos, aunque tiene ojos muy bellos y sus rasgos sean perfectos. La impresión que produce es muy agradable y hace pensar que debe ser una de las personas más buenas del mundo. Su conversación, por lo que he

(1) Pepys escribe en su *Diario* : « Por la noche, se echaron todas las companas á vuelo y se quemaron muchos fuegos artificiales en honor de la reina, desembarcada la noche última en Portsmouth; pero no veo alegría, no hay más que indiferencia en el corazón del pueblo, descontento del libertinaje, del orgullo y de las deudas que contrae la Corte. »

podido juzgar, es atractiva, porque no carece de ingenio y el timbre de su voz es muy simpático. Quedaríais asombrado al ver hasta qué punto nos conocemos mutuamente. En una palabra, soy muy feliz, pues tengo la seguridad de que nuestros caracteres armonizarán. No tengo tiempo para deciros más (1). »

Dos días después escribía á su hermana, la duquesa de Orleans : « Milord Saint-Albans os hará una descripción completa de mi mujer, porque de mi parte quizás resultase un poco exagerada; os diré únicamente que soy muy dichoso. Me casé anteayer (2), pero la mala suerte que persigue á mi familia ha caído también sobre mí, porque el Cardenal me ha dado con la puera en las narices (3), y aunque no estoy tan furioso como estuvo el hermano del rey, y que hasta no me disgustó dejar pasar todo eso antes de ir á buscar á mi mujer, cuento no obstante hacerla pasar bien distraída la primera noche, mejor que os la hizo pasar él. Tengo la intención de ir el lunes proximo á Hampton Court, donde me quedaré hasta que la reina (4) venga á buscarme (5). » El retrato trazado por Carlos II era más bien indulgente. Para otras personas que el rey, la infanta de Portugal era una morenita tosca, de cortos alcances, sobrado gruesa y de color tostado; los mal alineados dientes deformaban su boca (6). Además de sus veinticuatro años y sus costumbres exóticas, tenía el talle voluminoso, debido á la vida sedentaria. No sabía una palabra de inglés, pues las mujeres de su séquito la

(1) Jesse, *Memorias*, III, 6.

(2) Daubigny, capellán de la reina-madre, celebró primero el matrimonio católico en las habitaciones de Catalina. Después, Carlos II y la reina fueron casados, según el rito anglicano, por Sheldon, obispo de Londres.

(3) Alusión ingeniosa á un impedimento natural que no le permitió consumir el matrimonio la noche de su boda.

(4) Carlos II llama siempre de esta manera á Enriqueta-Maria.

(5) Conde Baillon, *Enriqueta-Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans*, p. 85.

(6) Inés Strickland. *Lives of the queens of England*, t. VIII, p. 312.

habían convencido de que la grandeza de Portugal exigía que no hiciese esta concesión á su nueva patria. No había hablado jamás con un hombre, nadie la había visto, ni aun durante la travesía. « Es un murciélago, decían los cortesanos, no una mujer (1). » Puede que fuese precisamente esta excesiva reserva, esta tosquedad lo que agradase al rey al pronto y lo que le hiciese decir que ofrecía á la Corte un modelo de fidelidad conyugal. « La reina está en Hampton Court desde hace algunos días, escribe Pepys el 31 de Mayo. Todo el mundo dice que es honita, modesta y que el rey la encuentra á su gusto. Después de esto creo que M<sup>ma</sup> Castlemaine será suplantada. »



Catalina de Braganza, reina de Inglaterra.  
Pintura de Peter Lely, grabada por B. Hall.

¡Suplantar á lady Castlemaine! ¿Creía Pepys que fuese posible eso? La querida del rey estaba á punto de dar á luz y su estado había causado alguna perturbación en las relaciones con su amante, pero la condesa no estaba dispuesta á dejarse suplantar. Para hacer que consintiese en el matrimonio había habido necesidad de hacerla promesas

(1) Jesse. *Memorias*, II, p. 7.

cuya ejecución exigía. « La reina, dice John Resesby, no poseía nada en su apostura ni en su persona que pudiese luchar con la condesa de Castlemaine, la mujer más hermosa de su tiempo (1). » John Evelyn, vino de Londres á Hampton Court y vió á la reina que comía en público. Presentóle el duque de Ormond y la besó la mano. Su impresión fué bastante favorable, y hasta llegó á decir era la mujer más hermosa de todas las que estaban presentes. Aunque pequeña, dice, está bien hecha y tiene muy hermosos ojos llenos de languidez. Los dientes, que la afean la boca, sobresalen demasiado, pero todo lo demás es bastante atractivo. » Decir que era la mujer más hermosa de todas las que estaban presentes no era un gran elogio, porque, si creemos á los contemporáneos, jamás se ha visto banda más espantosa de estafermos que el séquito de portuguesas que formaban su Corte. Clarendon se preguntaba cómo habían podido encontrar un número tan crecido de viejas gruñonas (2). « En la *Taberna del Triunfo*, el capitán Ferrers, cuenta Pepys, me señaló algunas damas portuguesas que habían venido con la reina. Estos fantoches con miriñaque son muy raros y no encuentro en ellos nada de agradable. » Es verdad, agrega enseguida, que estos extravagantes personajes comienzan á civilizarse. « Miran ya á la derecha y á la izquierda, saben abrazar muy bien y estoy seguro que abandonarán muy pronto las costumbres de reclusión de su país. Se quejan mucho de no poder beber agua buena. Varias personas distinguidas, hombres y mujeres, han venido á verlas. » Lo que se reprocha sobre todo á estas extranjeras, es que formen alrededor de la reina una pequeña cohorte inabordable.

(1) Jesse. *Memorias*, II p. 7.

(2) Clarendon. *Memorias*, II, p. 419. — « Este séquito, dicen las *Memorias de Grammont*, estaba compuesto por la condesa Panetra, en calidad de azafata, de seis monstruos que se decían camaristas de la reina, y de una dueña que pasaba por gobernanta de estas seis raras beldades. » Uno de estos monstruos, sin embargo, fué la querida de Buckingham.

La condesa de Castlemaine, favorita oficial, había visto con desagrado el matrimonio de Carlos II. Para apaciguar su cólera y quejas, el rey la había prometido solemnemente que su matrimonio, lejos de ser un motivo de destierro de la Corte, sería un pretexto para que adquiriese una posición oficial. En efecto, la había nombrado azafata de la reina, pero faltaba que esta la aceptase. Creyendo que Catalina no estaría al corriente de las cosas de la Corte, tuvo cuidado de colocar en primer lugar, en la lista que presentó á la reina, á la condesa de Castlemaine, pero Catalina había sido prevenida por María-Teresa que la había incitado á luchar contra las favoritas. Borró el nombre de la condesa en la lista presentada por el rey y rogó á Carlos II que la diera permiso para volver á su país (1). « A causa de esto, dice Pepys, el matrimonio estuvo enfadado durante veinticuatro horas. Por último el rey prometió no volver á ver á la condesa. No puedo creer que la abandone tan repentinamente, la ama demasiado. » En efecto, algunos días, después, cediendo á nuevas instancias de la imperiosa favorita, quiso imponerla á la reina, delante de toda la Corte reunida. Catalina, ocultando su dolor, trató de acoger amablemente á su rival, pero los ojos se la llenaron de lágrimas, y, presa de un violento espasmo, tuvieron que llevarla á sus habitaciones (2). « Me preguntáis, escribía su hermana á Carlos II, quien ha sido la persona que ha prestado tan malos servicios á vuestra esposa. ¡Ay! ¿cómo es posible que pueda decir tales cosas? Pero yo, que conozco vuestra inocencia, os admiro, pero, fuera de bromas, os ruego me digáis cómo ha tomado la reina estas cosas. Se dice por aquí que está sumida en un espantoso dolor, y si he de hablaros con franqueza creo que con razón. En esta Corte también se ha desencadenado una mala racha, no para la reina, sino para las queridas (3). »

(1) *Diario de Pepys*, 26 de Junio de 1662.

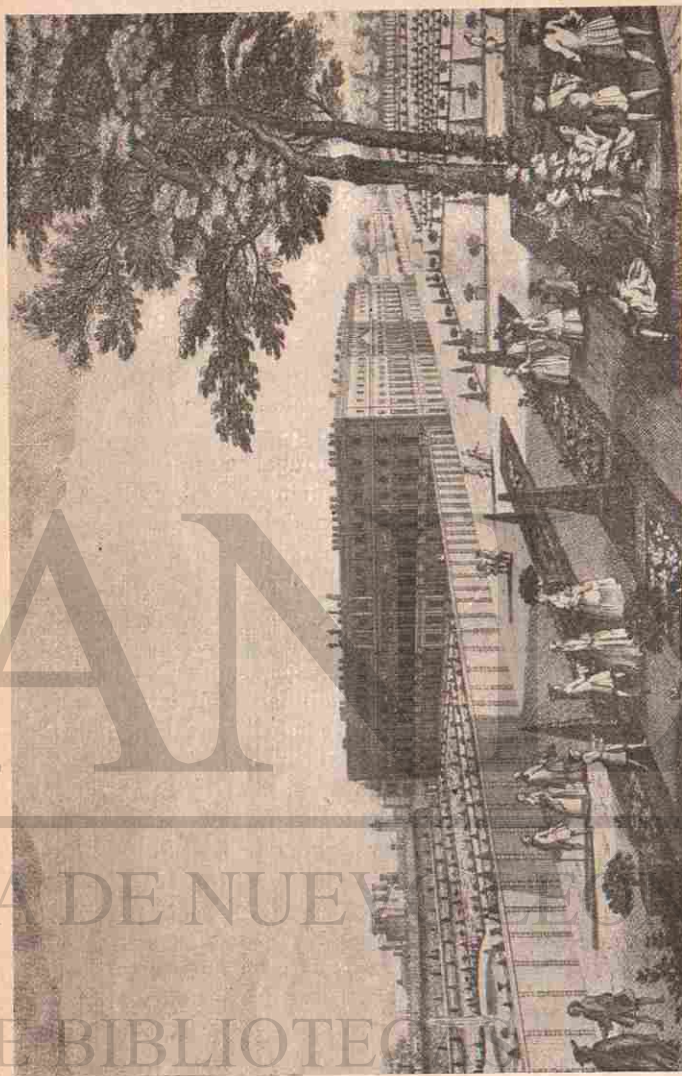
(2) Jesse. *Memorias*, II, p. 15.

(3) Conde Baillon. *Enriqueta-Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans*, p. 121.

No contento Carlos II con haber impuesto la condesa de Castlemaine á Catalina, estaba resuelto á mantener la palabra que la había dado de nombrarla dama de la reina. En vano el duque de Ormond y el canciller Clarendon se esforzaron en disuadirle. Era, decían, obligar á la reina á una complacencia contra la que se revolvió la carne y la sangre (1). Algunos días después de haber dado este paso, Clarendon recibía del rey la nota siguiente : « La última vez que estuvisteis aquí, olvidé rogaros que diéséis á Broderick el amigable consejo de no mezclarse en nada que afecte á Milady Castlemaine y que ponga cuidado en no dar escándalo, porque si descubro que es el autor de tales chismes me conduciré con él de suerte que se arrepienta toda su vida. Ya que hablo de este asunto no estará de más que os dé un consejito, pues podríais pensar que haciendo un poco más de ruido con este asunto, me obligaríais á renunciar á mi resolución, lo que nadie conseguirá. Prefiero ser desgraciado en este mundo y en el otro antes que no cumplir lo que he prometido, es decir, nombrar á Milady Castlemaine dama de cámara de mi mujer. Y aquel que se oponga á mi resolución lo consideraré como á mi enemigo declarado. Sabéis cómo he sido para vos, pero si queréis que os quede reconocido allanadme todos los obstáculos, en la medida de vuestras fuerzas, aunque penséis interiormente de otra manera, porque estoy resuelto á todo, y lo juro solemnemente delante de Dios todopoderoso. Así, pues, si deseáis continuar siendo mi amigo, no os mezcléis en este asunto, sino para facilitarlo pues estimo es para mí una cuestión de honor. De toda persona que sea hostil á Milady Castlemaine en este asunto, os prometo, por mi honor, que he de ser su eterno enemigo. Haréis ver esta carta á Milord, y si deseáis serme agradable conducíos en este asunto como lo haría un amigo (2). » Todos tuvieron cuidado de

(1) Clarendon. *Memorias*, II, p. 431.

(2) Law. *A Short history of Hampton Court*, p. 275.



Palacio de Hampton Court.  
Grabado de John Bowles ó hijo. (Biblioteca Nacional, París.)



darse por enterados de lo dicho por el rey. A pesar, pues, de la resistencia de Catalina, la favorita fué admitida cotidianamente en su alcoba donde era objeto de las atenciones del rey y de sus galanteos, mientras Catalina quedaba olvidada á un lado, sola y silenciosa. Después de haber resistido mucho tiempo, la reina acabó por resignarse y por recibir á la Castlemaine como á los otras damas. « Esta concesión hecha al rey, dice Clarendon, hizo á este perder el aprecio que conservaba, á pesar de todo, por la valerosa resistencia de la reina (1) y no vió ya en ella sino un capricho de mujer. »

No obstante, en Octubre de 1663, cuando cayó la reina gravemente enferma, llamó esta á su lado, á su esposo, y sin hacerle ningún reproche, por lo pasado, le rogó que su cuerpo fuese transportado á Portugal para ser enterrado entre los suyos; suplicóle también que protegiera á los portugueses contra la ambición de España. Carlos II, bañando con sus lágrimas la mano de la enferma, se lo juró. « La noche del viernes al sábado, cuenta el embajador francés, conde de Comminges, la reina creyó morir. Recibió el viático, hizo su testamento y se cortó los cabellos después de haber puesto en orden sus asuntos domésticos. Consoló al rey con mucha tranquilidad y dulzura, alegrándose de verle en buen estado de salud, que le permitiría casarse con una princesa de gran mérito, contribuyendo así á la satisfacción y reposo de su Estado. Fué preciso apartar al rey de este espectáculo funesto que le impresionó hasta el punto de hacerle perder el conocimiento. Todo el día se pasó en un sobresalto continuo; por la noche el sueño la produjo algún reposo. La noche pasó sin ningún accidente; no obstante los médicos, aunque estaba un poco mejor, no la declararon fuera de peligro. La religión católica sufrirá con su muerte una gran pérdida (2). » Durante estas jornadas, la Corte, completa-

(1) Clarendon. *Memorias*, II, 453.

(2) Bib. Nac., *Cartas de Comminges*.

mente desorientada, preocupábase ya de la futura reina.

En cuanto á Carlos II, su emoción, real durante esta escena enternecedora, no le había impedido ir á cenar á casa de Lady Castlemaine donde estaba seguro de encontrar á la hermosa Stewart, porque « había amenazado á Lady Castlemaine, en cuya casa cenaba todas las noches, con no volver si la señorita no estaba allí (1). » Pepys sabía los detalles de estas cenas por medio de la doméstica Sara, encargada de la vajilla y de la ropa blanca, en casa del conde Sandwich, vecina de Lady Castlemaine. El marido de esta criada estaba de cocinero en casa de Lady. « ¡Qué extraño es todo esto! » escribía el digno analista en su diario, no comprendiendo una palabra de la contabilidad por partida doble del corazón de Carlos II (2). No obstante, la reina parecía haber triunfado de su enfermedad. La crisis peligrosa había pasado y la fiebre la había dejado toda llena de manchas, como á un leopardo, pero, á lo menos, durante estos momentos críticos, la habían dejado en libertad completa para que acudiese á los socorros de su religión. « Ha recibido la Extrema Unción, pero los clérigos han empleado tanto tiempo en todo esto que han concluido por poner furiosos á los médicos (3). » La duele horriblemente la cabeza y la garganta. La pusieron un gorro de dormir lleno de preciosas reliquias. Daubigny, el capellán de la reina-madre, la dijo durante su convalecencia que á eso debía su curación. « No, respondió ella mirando y sonriendo á su marido, la debo á las oraciones de mi esposo (4). » En los primeros días de Octubre todavía padecía de delirios. « Esta mañana, cuenta Pepys el 26 de Octubre, estaba firmemente persuadida de que acababa de dar á luz, y se asombraba de no haber sufrido dolor alguno, estando muy apenada de haber tenido un

(1) Archivos del ministerio de l'Estado: Inglaterra, *Despachos de Comminges*.

(2) *Diario de Pepys*, 20 de Octubre de 1663.

(3) Ward. *Diario*, 98.

(4) *Diario de Pepys*.

hijo tan feo, pero el rey que estaba presente dijo: « Es un niño muy hermoso. — No, respondió ella, si se os pareciese sería hermoso y yo estaría muy orgullosa de él. » Al otro día, después de haber pasado una noche muy tranquila, divagaba todavía, hablando siempre de sus hijos. Se figuraba que tenía tres y que su hija se parecía al rey. Las atenciones que le había prodigado Carlos II cuando estuvo más grave, habían asombrado enormemente á la gente que la rodeaba y á la clase media. Un poeta muy estimado entonces, Waller, compuso unos versos en los que decía que Carlos II había salvado á Catalina. « Este príncipe, decía, al que nunca se ha visto entristecido por tantos reinos como le arrancaron, guarda sus lágrimas para vos, y os estima mucho más que á todos sus Estados, porque cuando los elixires y cordiales fracasaron, dejó caer sobre vuestras pálidas mejillas esa lluvia que os reanimó como á una flor que languidecía (1). » Los personajes de la Corte, no obstante, interpretaban las cosas según al partido á que pertenecían. « Es preciso haber sido testigo de lo que he visto para creerlo, escribía el conde de Comminges á Luis XIV. Hasta el cortesano más insignificante se tomaba la libertad de casar á su señor, según su inclinación. Los comunicativos hablaban de la hija del príncipe de Ligne, á la que el rey de España debía hacer grandes concesiones. Puedo asegurar á Vuestra Majestad que, si la enferma escapa de esta, pocas personas tendrán porqué alegrarse, si no es el duque y la duquesa de York á los que han dicho que la reina no puede tener hijos.

(1) Jesse. *Memorias*. II, p. 27. — San-Evremond escribía á Corneille a propósito de Waller: « Waller, uno de los más fecundos ingenios del siglo, espera siempre vuestras nuevas producciones teatrales, y no deja de traducir siempre uno ó dos actos para su satisfacción personal. Está de acuerdo en afirmar que se habla y se escribe bien en Francia, pero dice que sois el único de los franceses que sabe pensar. »

## IV

## El Reinado de Bárbara Palmer.



BARBARA Palmer es la favorita que, á costa de algunos eclipses, interinidades y complacencias más ó menos perversas, reinó durante diez y ocho años en el corazón de Carlos II.

Casada muy joven con un gentilhombre realista, el rey no había sido su primer capricho. « Estoy dispuesta, escribía en 1659 al brillante conde de Chesterfield, deseo ardientemente correr el mundo con usted..... Viviré y moriré amándole por encima de todo. » Pero Bárbara encontró dos obstáculos que la impedían que se entregase libremente al conde de Chesterfield, el primero era su marido, que sino podía evitar que le engañara, la podía obligar á que no partiese; además, como era tan jugadora como el caballero Grammont, perdió su fortuna, pues no conocía como el conde los medios para defenderse de las malandanzas de la fortuna. No tardó en disputar con su amante para obtener préstamos de dinero. Afortunadamente, Carlos II se interpuso en su camino para consolarla de sus desilusiones y para volverla á enriquecer. Cuando la restauración, era querida más ó menos oficial pero hasta el año 1661 no fué querida declarada del rey. Al mes siguiente fué cuando Pepys, colocado en el teatro delante de ella, advierte que el rey no cesaba de mirarla durante todo el espectáculo y que le agradaba mucho. Según parece, este excelente contador de marina había experimentado por la querida del rey un ardiente aunque platónico capricho. El 8 de Diciembre de 1661 selló, como guardasellos, la patente que hacía á Roger Palmer, conde de Castlemaine y barón de Limerick en

hijo tan feo, pero el rey que estaba presente dijo: « Es un niño muy hermoso. — No, respondió ella, si se os pareciese sería hermoso y yo estaría muy orgullosa de él. » Al otro día, después de haber pasado una noche muy tranquila, divagaba todavía, hablando siempre de sus hijos. Se figuraba que tenía tres y que su hija se parecía al rey. Las atenciones que le había prodigado Carlos II cuando estuvo más grave, habían asombrado enormemente á la gente que la rodeaba y á la clase media. Un poeta muy estimado entonces, Waller, compuso unos versos en los que decía que Carlos II había salvado á Catalina. « Este príncipe, decía, al que nunca se ha visto entristecido por tantos reinos como le arrancaron, guarda sus lágrimas para vos, y os estima mucho más que á todos sus Estados, porque cuando los elixires y cordiales fracasaron, dejó caer sobre vuestras pálidas mejillas esa lluvia que os reanimó como á una flor que languidecía (1). » Los personajes de la Corte, no obstante, interpretaban las cosas según al partido á que pertenecían. « Es preciso haber sido testigo de lo que he visto para creerlo, escribía el conde de Comminges á Luis XIV. Hasta el cortesano más insignificante se tomaba la libertad de casar á su señor, según su inclinación. Los comunicativos hablaban de la hija del príncipe de Ligne, á la que el rey de España debía hacer grandes concesiones. Puedo asegurar á Vuestra Majestad que, si la enferma escapa de esta, pocas personas tendrán por qué alegrarse, si no es el duque y la duquesa de York á los que han dicho que la reina no puede tener hijos.

(1) Jesse. *Memorias*. II, p. 27. — San-Evremond escribía á Corneille a propósito de Waller: « Waller, uno de los más fecundos ingenios del siglo, espera siempre vuestras nuevas producciones teatrales, y no deja de traducir siempre uno ó dos actos para su satisfacción personal. Está de acuerdo en afirmar que se habla y se escribe bien en Francia, pero dice que sois el único de los franceses que sabe pensar. »

## IV

## El Reinado de Bárbara Palmer.



BARBARA Palmer es la favorita que, á costa de algunos eclipses, interinidades y complacencias más ó menos perversas, reinó durante diez y ocho años en el corazón de Carlos II. Casada muy joven con un gentilhombre realista, el rey no había sido su primer capricho. « Estoy dispuesta, escribía en 1659 al brillante conde de Chesterfield, deseo ardientemente correr el mundo con usted..... Viviré y moriré amándole por encima de todo. » Pero Bárbara encontró dos obstáculos que la impedían que se entregase libremente al conde de Chesterfield, el primero era su marido, que sino podía evitar que le engañara, la podía obligar á que no partiese; además, como era tan jugadora como el caballero Grammont, perdió su fortuna, pues no conocía como el conde los medios para defenderse de las malandanzas de la fortuna. No tardó en disputar con su amante para obtener préstamos de dinero. Afortunadamente, Carlos II se interpuso en su camino para consolarla de sus desilusiones y para volverla á enriquecer. Cuando la restauración, era querida más ó menos oficial pero hasta el año 1661 no fué querida declarada del rey. Al mes siguiente fué cuando Pepys, colocado en el teatro delante de ella, advierte que el rey no cesaba de mirarla durante todo el espectáculo y que le agradaba mucho. Según parece, este excelente contador de marina había experimentado por la querida del rey un ardiente aunque platónico capricho. El 8 de Diciembre de 1661 selló, como guardasellos, la patente que hacía á Roger Palmer, conde de Castlemaine y barón de Limerick en



Irlanda (1). « Pero, agrega en su diario, los señoríos pertenecen á los hijos varones de su mujer Lady Bárbara. Ya se sabe porqué. » Si, toda la Corte sabía porqué, y cierto día en que la duquesa de Richmond, no Francisca Stewart, que todavía no estaba casada, sino otra duquesa de Richmond, disputó con la condesa de Castlemaine, la llamó « Juana Shore » y la deseó que terminase pidiendo limosna como la querida de Eduardo IV. Es verdad que la duquesa de Richmond tenía un carácter muy entero, y que si hubiese encontrado, en el jardín particular de Whitehall, como Pepys, la ropa blanca de Lady Castlemaine tendida sobre cuerdas, no habría admirado sus magnificas camisas y sus enaguas adornadas con ricas puntillas sino que las hubiera envidiado. « Jamás había visto nada tan precioso, dice Pepys, y quedé encantado contemplándolas ».

En esta época fué cuando la reina Catalina acababa de desembarcar. El rey comía y cenaba todas las noches en casa de la favorita y en ella estaba la noche que se quemaron fuegos artificiales por la llegada de la reina. Casi todas las casas de la calle estaban iluminadas; la suya no tenía ningún género de iluminación, lo que fué advertido. Cuando el rey se marchó á Portsmouth derramó ella muchas lágrimas y se obstinó, durante su ausencia, en no salir de su casa. Arriesgóse una sola vez á ir al teatro, pero el pueblo la lanzaba miradas de desprecio.

« Me apené mucho cuando la ví, dice su adorador Pepys (2). » Este curioso observador agrega que, algunos días antes de la partida del rey, éste había mandado traer balanzas para pesarse así como su querida, encinta del niño, que después fué ennoblecido con el título de duque de Southampton. Cuando se pesaron se vió que Lady

(1) Clarendon advierte en sus *Memorias* que se hizo una obra, impresa en Francia, acerca de los amores del rey Enrique IV, que dió á Carlos II la idea de llamar Lady Castlemaine, á la Palmer.

(2) *Diario de Pepys*, 21 de Mayo de 1662.

estaba más gruesa que el rey, los que les hizo reír mucho. Algunos días después, estalló una violenta disputa entre Lady Castlemaine y su marido. A consecuencia de esta escena, Lady desertó del domicilio conyugal llevándose todo el rico servicio de plata y sus joyas. Instalóse en Richmond, en casa de uno de sus hermanos, con objeto de estar fuera de la ciudad, pues de esta manera podría verla más fácilmente el rey, que entonces se encontraba en Hampton Court. Esta borrasca dió mucho que hablar, pero en cuanto se supo la causa por la cual se había producido, unas doce días después, se calmó la indignación popular. Según decían, el conde de Castlemaine no disputó á su mujer por haberse enterado del papel que estaba representando, tratábase simplemente del niño que acababa de nacer y de su bautizo. Palmer había hecho llamar á un eclesiástico católico. Algunos días después Bárbara había hecho bautizar de nuevo á su hijo por un capellán anglicano. Lord Oxford y la duquesa de Suffolk sirvieron de testigos, en presencia del rey. Después de la escena del 15 de Junio, el marido, abandonado, sin ropa blanca y sin criadas, salvo el portero, había tomado el camino de Francia. ¿Donde iba? Sin duda alguna á encerrarse en un monasterio. Esto probaba bien á las claras que era él quien tenía la culpa. En cuanto se marchó, Lady Castlemaine volvió á instalarse en su casa de King's Street.

Habitaba en estos lugares cuando, el 23 de Agosto, la reina vino á instalarse en Whitehall, en donde se la hizo una acogida bastante cariñosa. « La fiesta se redujo, dice Pepys, á la presencia de gran número de barcos, barcas y á dos arcos de triunfo que representaban respectivamente, al rey y el otro á la reina, rodeada de sus damas de honor. El rey y la reina aparecieron en la cubierta de un buque, bajo pábulo, acompañados por mil barquichuelos, á lo que pude juzgar, pues había tantos que casi no pudimos ver al rey ni á la reina. Cuando llegaron al puente de Whitehall, fueron saludados por los cañones, pero lo que más me

sedujo fué la presencia de Milady Castlemaine, cerca de nosotros. En verdad resultaba bien singular el ver á su marido y á ella pasar de largo sin fijarse uno en otro (1). » No obstante, cuando ella se acercó á su esposo se quitó este el sombrero y la saludó muy cortesmente; después no volvieron á mirarse, únicamente, de vez en cuando él cogía al niño, que la nodriza tenía en sus brazos, y lo besaba. Hubo un accidente. Una andamiada colocada debajo de nosotros amenazaba hundirse, pero no sucedió nada. Lady fué la única de todas las grandes damas que corrió juntamente con el populacho, á enterarse de lo que había pasado y se tomó mucho interés por un niño que se había lastimado, lo que encontré muy generoso de su parte. Después, un personaje muy bien vestido tuvo con ella larga conversación. Como Lady Castlemaine no llevase sombrero, cogió el de su interlocutor, que era muy sencillo, y se lo puso para defenderse del viento. La sentaba muy bien, como todo lo que llevaba. Me marché sin haberme saciado de contemplarla (2). » Algunos días después, Pepys volvió á verla, en casa de la reina-madre; la comparaba á Catalina, pero le agradaba más. En cuanto á la reina María, « es, dice, muy poca cosa, muy insignificante y no posee nada que la distinga de otra mujer cualquiera ». Trajo ella de Francia, de donde acababa de llegar, al señor James Crofts, bastardo del rey y de Lucy Walters, nacido en Rotterdam el 7 de Abril de 1649. Llamábasele Crofts porque había sido educado en Francia bajo la vigilancia de ese lord. Es un joven elegante lleno de vivacidad. No se separa de Lady Castlemaine, y según dicen, las dos reinas son muy buenas para él. Enriqueta-María ha vigilado sus estudios entre los jesuitas, porque James Crofts ha sido educado por los Reverendos Padres. « El rey y la reina están muy contentos, el rey quiere hacer creer á su madre que su esposa está encinta, y afirma que se lo ha dicho ella. A

(1) M. Palmer había vuelto de Francia.

(2) *Diario de Pepys*, 23 de Agosto de 1662.



La Firma de la paz en Bréda (24 de Agosto de 1667).  
Grabado holandés, no firmado. (Bibl. Nac. Colección Hennin.)

esto la joven reina responde: « Mentís. » Como son las primeras palabras inglesas que pronuncia, el rey se divierte oyéndolas decir y ha querido hacerla repetir en inglés: « Confiesa y te ahorcarán (1). »

Algunas semanas después, Lady Castlemaine acompañó á la reina á su capilla que acababan de terminar, en San James. Fueron juntas en coche y atravesaron el parque: « Me deslicé entre ellas, dice nuestro mirón, y conseguí llegar hasta su gabinete. Una vez allí, admiré el hermoso altar, los ornamentos, á los frailes con sus trajes y á los curas con sus espléndidas vestiduras. Oí la música pero no era muy buena (2). » En Septiembre, anuncian que Lady

(1) *Diario de Pepys*, 7 de Septiembre de 1662.

(2) *Diario de Pepys*, 21 de Septiembre de 1662.

Castlemaine está de nuevo embarazada del rey. « Aunque el marido no come ni duerme con ella, le cargarán la paternidad del chico (1) » advierte filosóficamente Pepys.

Hacia esa misma época, la Corte y la Ciudad comenzaron á en entretenerse con los enredos del duque de York. Considerando Jacobo que había hecho suficiente dando una gran posición á la hija del canciller, olvidó todo el amor que la había jurado, desde el momento en que tranquilizó su conciencia con la declaración de su matrimonio. Primeramente hizo la corte á M<sup>ma</sup> Carnegy, que era una entretenida á la moda. « Su bondad natural no la permitió hacer languidecer por mucho tiempo á su nuevo amante » observa maliciosamente Hamilton. Su marido no la molestaba mucho, porque estaba en Escocia y no volvió hasta la muerte de su padre que le dejaba el nombre de Southesk. El duque de York se consideraba como en su casa en el domicilio de M<sup>ma</sup> Carnegy, por lo que le pareció muy molesto el regreso del marido. Talbot, que acaba de llegar de Portugal, no sabe nada de lo que pasa por Londres. El duque de York le invita á que le acompañe á casa de la mujer á quien corteja, pero lo deja en el recibimiento. Southesk, asegura la dama, ha ido á ver los dogos, los osos y toros, espectáculos que prefiere al teatro y hay que aprovechar su ausencia. Aprovéchanla tan bien que Talbot, aburriéndose en el recibimiento, se pone á la ventana para mirar á los transeuntes, pero he aquí que se para una carroza y Talbot ve bajar de ella á su viejo amigo Carnegy al que no ha vuelto á ver desde el destierro en Flandes. « Eh, buenos días, marranazo, le dijo, ¿ de donde diablos sales que no te he vuelto á ver desde Bruselas? ¿ Qué haces ahí? ¿ Deseas también á la Southesk? Si es así, pobre amigo, puedes volverte á tu casa, porque has de saber que el duque de York está enamorado de ella y ten la seguridad de que en estos momentos está ocupado en decirle dos palabritas en secreto. » Talbot, firme en la

(1) *Diario de Pepys*, 3 de Noviembre 1662.

consigna, empuja al fastidioso visitante hacia la escalera y lo pone á la puerta de su propia casa. Southesk vacila un instante cuando se encuentra en la calle, después vuelve á montar en la carroza. Cuando el duque de York sale del gabinete de la hermosa dama, Talbot, que tiene grandes deseos de enterar al duque de los servicios que le ha prestado, hace un relato que únicamente encuentra él divertido. Tal fué el accidente que puso fin á las relaciones del duque de York y de M<sup>ma</sup> Southesk, interrupción muy oportuna, porque Southesk había decidido vengarse de la misma manera que el marido de la hermosa Ferronière. Transmitió la enfermedad á su mujer, pero el duque de York se había marchado y mariposeaba alrededor de M<sup>ma</sup> Robarts. Esta señora se había casado con un viejo avaro y ambicioso, pero aún más prudente. El viejecito no descansó hasta que vió colocadas las más altas montañas del país entre su mujer y el galanteador príncipe. El duque de York consolóse de la partida, cazando.

Digby, conde de Bristol, que era el encargado de preparar al rey toda clase de bacanales, tenía dos primas muy bonitas, las señoritas Brook, en las que había tratado que se fijase el rey, pero M<sup>ma</sup> Castlemaine, que se creía segura de la señorita Stewart, no se decidió á aceptar otra rival. Trató, pues, de embromar á Carlos II é hizo saber al conde de Bristol que debía desistir de sus proyectos. Entonces la señorita Brook se dejó cortejar, á falta de rey, por un príncipe, y las cosas hubieran pasado á mayores si no se hubiese presentado el caballero Denham, escritor satírico, que se entretenía burlándose de los maridos celosos y de las mujeres infieles. A pesar de contar nuestro hidalgo setenta y nueve primaveras, se casó con la señorita Brook, que tenía únicamente diez y ocho. Se había burlado demasiado de las desventuras matrimoniales el caballero Denham, para no desconfiar cuando ofrecieron á su esposa la plaza de dama de honor de la duquesa. Respondió, pues, que agradecía la intención, pero que no podía aceptar. Viendo el duque de York que no podía

conseguir nada por la gran vigilancia que ejercía el poeta, dedicóse, para pasar el tiempo y después seriamente, á preparar una intriga con lady Chesterfield. Era esta hija de lord Ormond y la había cortejado uno de los Hamilton, pero según la expresión de un contemporáneo, todo respiraba en Whitehall el amor y las diversiones. Las beldades deseaban agradar y los hombres no se preocupaban más que de desplegar sus atractivos personales. Para ver más fácilmente á M<sup>ma</sup> de Chesterfield, el duque de York, que tomaba lecciones de un guitarrista á la moda, Francisco Corbeta, se valió del pretexto de ir á su casa para ejercitarse en la guitarra en compañía del conde de Arran, hermano de M<sup>ma</sup> Chesterfield, que vivía en casa de su padre. Un día, para hacer que se alejase el marido, un señor francés que por entonces tenía gran éxito en la Corte de Carlos II, el caballero Grammont, compuso un poema, adaptado á la música de la Zarabanda de Corbeta, que hermano, hermana y príncipe repitieron más de veinte veces á coro :

Jaloux, que sert tout votre effort?  
L'amour est trop fort  
Et quelque peine,  
Que l'on prenne,  
Elle est vaine,  
Et quand deux cœurs, une fois, sont d'accord,  
Il faut devant vous  
Cacher ce qu'on fait de plus doux  
On contraint ses plus chers désirs  
Mais pour les soins  
De cent témoins  
En secret on n'aime pas moins (1).

El señor de Chesterfield, tieso como un poste, resistía á

(1) Celoso ¿de que te sirven todos tus esfuerzos? El amor es demasiado poderoso y todos cuanto obstáculos se le ponen, son inútiles. Una vez que dos corazones están de acuerdo, aunque oculten delante de ti sus más dulces sentimientos y sus deseos más ardientes, no dejan por eso de amarse y de soñar en secreto con la persona adorada, aunque haya delante cien testigos.



Francisca Stewart, duquesa de Richmond.  
Retrato por Peter Lely, grabado par S. Freeman.

toda esta guitarrería. Por último, de improviso, se presentó un paje: la reina, de la que era chambelán, le mandaba llamar á palacio en donde daba audiencia á siete ú ocho embajadores de Moscovia. En cuanto salió Chesterfield, su cuñado se marchó para ocuparse en sus asuntos, dejando al príncipe en los suyos. Una vez que hubo terminado la audiencia de los embajadores moscovitas, el marido fué á casa de la señorita Stewart, siguiendo los pasos del duque de York; puesto que estaba allí no tenía ninguna necesidad de apresurarse para volver á entrar en su casa. Hablóse, en presencia del rey, de estos lejanos embajadores: « Todos los moscovitas poseen mujeres muy hermosas, dijo Crofts; tienen sobre todo las piernas muy bien formadas. No hay ninguna que pueda compararse con la de la señorita Stewart », dijo el rey (1). La pierna de la señorita Stewart gozaba de gran fama en toda Europa, y había tenido hasta los honores de una nota diplomática. En sus relatos acerca de Inglaterra, Courtin, embajador de Francia, decía que la pierna de la joven estaba tan bien hecha que los embajadores que venían á Inglaterra, la pedían audiencia únicamente para rogarla, de parte de su señor, les otorgase la gracia de mostrarle la pantorrilla (2). Por otra parte, la señorita Stewart estaba tan persuadida de su superioridad sobre las demás mujeres, y tan dispuesta á hacer la prueba para demostrarlo, que no hubiese sido difícil, con un poco de habilidad, dejarla desnuda sin que reflexionase en ello (3). Ahora bien, si la señorita Stewart no poseía mucha inteligencia, en cambio era adorablemente apetitosa. En efecto, para sostener su causa, comenzó á subirse las faldas hasta más arriba de la rodilla. Todos los asistentes se absorbieron en la más profunda admiración. El duque de York únicamente se las echó de crítico: la pierna de la señorita Stewart era demasiado

(1) Hamilton. *Memorias de Grammont*.

(2) Archivos del Ministerio de Estado: Inglaterra, CXXXVII.

(3) Hamilton. *Memorias de Grammont*.

delgada, prefería una pierna más gruesa y menos larga. Además no le llamaba la atención una pierna que no tuviese medias verdes. Ahora bien, el señor de Chesterfield sabía perfectamente que su mujer tenía la pierna gruesa, corta y que llevaba medias verdes. Cuando un marido burlado busca un confidente escoge siempre el peor. Chesterfield participó sus sospechas y desgracias á Hamilton, el primero que había galanteado á su mujer. Pero M<sup>ma</sup> Denham, furiosa al ver que perdía al duque de York, excitó á Chesterfield, á quien Hamilton había calmado. A las nuevas confianzas que hizo á Hamilton, en una crisis de celos, respondióle que llevase á su mujer al campo. Aunque estaban en pleno invierno la llevó á la campiña y la instaló en una quinta para que pasase las Pascuas, librando así de toda competidora á M<sup>ma</sup> Denham. El viejecito Denham no tenía casa de campo en donde pudiese ocultar á su mujer, á la que vigilaba sin descanso, pero había viajado por Italia, en donde conoció medios más seguros para evitar los riesgos del matrimonio. Una taza de chocolate, hábilmente preparada, puso fin á las intrigas de la coqueta. Viendo Denham que corría peligro de ser muerto á pedradas, ordenó se hiciera á su esposa un entierro magnífico, donde se distribuyó al pueblo cuatro veces más vino del que se había bebido en entierro alguno en Inglaterra (1). Esto le reconcilió con el populacho.

Tales eran los juegos y entretenimientos de la Corte de Carlos II á últimos del año 1662. El rey, que en aquella época disfrutaba de muy buena salud, iba frecuentemente á Hampton Court de donde volvía el mismo día, pero sin séquito y como un simple particular. Por las mañanas hacía un poco de ejercicio en el patio del *tennis* cuando no salía á caballo; si montaba salía muy de mañana y volvía antes de las doce. Gustaba de la jardinería, se interesaba por las plantaciones de árboles de la gran avenida

(1) Hamilton. *Memorias de Grammont*.

de los tilos que partiendo de la fachada Este del Palacio iba hasta el río (1).

Eran sus favoritos entonces Buckingham, Killigrew y Berkeley, conde de Falmouth. Un día Killigrew entró en las habitaciones del rey vestido de peregrino. «¿A donde vas? le preguntó el rey. Al infierno, respondió Killigrew. Voy a pedir al diablo que Oliverio Cromwell se encargue de los asuntos de Inglaterra, porque su sucesor está siempre ocupado en otras cosas (2).» Carlos II se echó a reír, pero continuó preocupándose de los asuntos del Estado de la misma manera que antes. El conde de Falmouth debía su elevada posición al papel de tercero que representaba entre el rey y lady Castlemaine. Gastaba enormemente, y tenía el genio alegre y disipado. Cuando fué muerto en el combate naval de Lowestoft, el rey y sobre todo el duque de York, le lloraron; lady Castlemaine sintió también mucho su pérdida, era su confidente, y puede ser que algo más. Algunos amigos de Pepys, pretendían haberla visto acostarse, mientras que Berkeley estaba en sus habitaciones (3).

El año de 1663, lady Castlemaine gozaba más influencia que nunca. El rey cenaba en su casa lo menos cuatro veces por semana y se quedaba hasta por la mañana, pero volvía siempre a acostarse en la alcoba de la reina.

Los centinelas de palacio veían estos paseos nocturnos y murmuraban. En Febrero de 1663 se habló mucho de un capricho de la favorita. La había pasado por la cabeza un deseo que deseaba realizar; quería casarse con la señorita Stewart. Celebróse la boda, en la que no faltó detalle; el anillo, las ceremonias religiosas, las cintas y el rapto de la liga. Pretendían malas lenguas que lady Castlemaine, que hacía el papel de marido, se levantó para ceder el

(1) Law. *A Short History of Hampton Court*, p. 261.

(2) Jesse. *Memorias*, III, 337.

(3) Burnet. *Historia de Inglaterra*, t. I, p. 195. — Pepys. *Diario*, 16 de Diciembre de 1663.

sitio al rey (1), pero no eran más que habladurías. Miss Stewart, experta semi-virgen ardía y no levantaba nunca llama. La parodia de los ritos anglicanos había asombrado enormemente a los espíritus religiosos y sobre todo al canciller Clarendon. Decíase que lady Castlemaine había estudiado el Are-

tino y que aconsejaba al rey que no se ocupase más que en sus placeres. En fin; todos aquellos que pretendían darle prudentes consejos eran muy pronto olvidados por los consejeros de placer que le rodeaban (2). El canciller, tratado de viejo chocho, no tenía ya ninguna influencia en la Corte. Hasta era raro que hablase al rey. Cuando el duque de Buckingham, que se había convertido en uno de los principales favoritos, le veía aparecer, decía al rey: «Sire, he aquí a nuestro maestro de escuela que viene». Otras veces, en las habitaciones mismas del rey, cogía el fuelle de la chimenea y le llevaba con una gravedad ridícula, caricaturando al canciller cuando iba cargado con el gran sello.



La condesa de Chesterfield.  
Retrato por Peter Lely,  
grabado por Thomas Wright.

(1) *Diario de Pepys*, 9 de Febrero de 1663.

(2) *Diario de Pepys*, 15 de Mayo de 1663.

Entonces el coronel Titus marchaba delante de él con la pala al hombro como un ujier que lleva la maza (1). De la reina casi no se hablaba. Anteriormente, cuando el embajador de España se opuso al matrimonio había pretendido poder afirmar que la infanta portuguesa no podía tener hijos, pero no se había dado importancia á estas afirmaciones (2). El conde de Bristol, para perjudicar al canciller, había enviado á Lisboa á un franciscano para saber si la habían dado algún brebaje que la hubiese hecho estéril, y puede que también para ver si encontraban algún medio que permitiera el divorcio, porque no podían invocar ningún acto reprochable á la reina (3). Carlos II no intervino en esta intriga; su actitud con Catalina era indiferente, pero cortés.

Hacia esa época la reina señaló un singular abuso que había ocasionado esta indiferencia del rey. Acababan de publicar la lista de gastos y en ellos figuraba la reina sólo por una suma de 40 000 libras. « Denunciando este abuso ha dado pruebas de mucha firmeza é ingenio (4). » Esta declaración, en efecto, hizo muy buena impresión en el público, pero la reina extranjera, no había dado herederos y contaba únicamente con la simpatía de unos pocos. El 13 de Junio de 1663, Pepys se entretenía visitando Fall Mall y asistiendo al regreso del paseo al Parque del rey, de la reina y de las damas de honor. Esperé su regreso, decía, pasándome entre los cortesanos que se quedan aquí con el mismo objeto. El rey y la reina llegaron muy pronto, esta última vestida con un corpiño blanco adornado de encajes y una falda carmesí. Sus cabellos, peinados á la *negligée*, la hacían parecer muy linda. El rey iba también

(1) Hume. *Historia de Inglaterra*.

(2) Burnet. *Historia de Inglaterra*, I, 331.

(3) Biblioteca Nacional de París. Sección francesa 10712. Carta de Comminges al rey, 26 de Noviembre de 1663. Al desembarcar en Lisboa, el religioso fué detenido por la justicia y arrojado á la prisión.

(4) *Diario de Pepys*, 7 de Marzo de 1663.

á caballo en medio de las otras damas y sin fijarse en ella. Cuando quiso apearse del caballo nadie fué á ayudarla como parecía esperar, únicamente su caballerizo la alargó la mano. Parecía de mal humor y estaba triste, nadie la hablaba y ella á nadie hablaba ni sonreía. Sobre su sombrero tenía colocada una pluma amarilla que atraía todas las miradas. He seguido á la Corte hasta Whitehall donde, en presencia de la reina, todas las damas se paseaban, charlaban, jugaban con sus sombreros y plumas, cambiandolos y bromeando. Era un espectáculo encantador el ver tan hermosos trajes y mujeres tan elegantes, sobre todo M<sup>ma</sup> Stewart, á la que sentaba muy bien su sombrero recogido, adornado con una pluma encarnada. Admiré su naricita romana y su airosa apostura. Sin género alguna de duda es la belleza más perfecta que he visto en mi vida. »

La correspondencia de los embajadores no encierra trazas de preocupaciones más graves. « El caballero Grammont (1), escribe algunos meses antes el conde de Comminges, llegó ayer muy contento de su viaje. Ha sido recibido de la manera más agradable del mundo. Forma parte de todas las fiestas del rey, y entra, como en la suya propia, en casa de M<sup>ma</sup> Castlemaine. Por cierto que esta ha hecho una de las suyas. M<sup>ma</sup> Jaret, con la que sostiene una gran lucha, debía dar de cenar á Sus Majestades. Cuando estaba todo preparado y los invitados reunidos, el rey se marchó á casa de M<sup>ma</sup> Castlemaine, donde ha pasado la tarde. Esto ha hecho mucho ruido, no cesan las cábalas y todos piensan en la venganza. Unos están llenos de

(1) El caballero (Grammont) dice Bussy-Rabutin en su *Historia amorosa de los Gatos*, tenía los ojos muy alegres, la nariz bien hecha y hermosa la boca, un hoyo en la barbilla y un no sé que de fino en la fisonomía que hace su cara agradabilísima. Su ingenio es galante y delicado. Escribía muy mal, pero era un rival terrible, pues hubiese sido preferible para una pobre mujer tener en sus brazos cuatro amantes que á el solo. Era liberal hasta la proligalidad, á causa de lo cual sus queridas y rivales no podían tener fieles criados. Por lo demás muy bueno. Nunca hablaba seriamente lo que hacía que fuese mucho más difícil, que á cualquier otro, el persuadirle. Por esta causa las mujeres no sabían jamás si eran amadas por él.

envidia, otros de despecho y en general asombrados. El baile fracasó por falta de animación. Nadie sabía bailar y menos dirigirlo como era debido. Un día hay baile, el otro baile y comedia, los restantes, se juega, unos en el palacio de la reina los otros en casa de M<sup>ma</sup> Castlemaine, donde los visitantes son obsequiados siempre con una buena cena. He aquí, Sire, cómo se pasa el tiempo (1). » Nada útil, nada serio. El 4 de Julio, Pèpys asistió á una revista de Hyde Park. « ¡Qué espectáculo! ¡qué hermosos caballos! ¡qué oficiales tan apuestos! ¡el rey! ¡los duques! ¡las dos reinas en el mismo coche de la reina-madre! » Pero una vez tributado este homenaje en honor del golpe de vista, el autor de las memorias se pone triste : « Esta revista tenía por objeto el mostrar á una marquesa francesa, la precisión del tiro de nuestros soldados. Vi hacer el ejercicio á los soldados y descargar los fusiles. Maniobraban muy bien, aunque se cometieron algunas torpezas insignificantes de tiempo. Cuando nos alejamos del parque, una descarga llegó tan cerca de nosotros que corrimos el riesgo de que nos encendieran el pelo. Contemplando á estos elegantes militares pensaba que no son soldados hechos para defender al rey y los encontraba parecidos á esos niños que habiendo perdido á su padre se dejan maltratar por hombres groseros (2). » Por lo demás, Pepys parece ser que se ha vuelto pesimista. « ¡El rey, escribe el 30 de Junio, en su diario, está más enamorado que nunca de M<sup>ma</sup> Castlemaine y de la señorita Stewart! ¡Dios ponga término á este escándalo! » En el mes siguiente el mismo personaje sigue tan enfadado como en el anterior, porque todas las personas bien informadas le aseguran que Lady Castlemaine se ha disgustado con la Corte. Con un pretexto frívolo, se ha marchado de Londres. « Esto me desagrada, dice; no obstante, si el rey aban-

(1) Biblioteca Nacional, F<sup>da</sup> francés 10712. Carta de Comminges á Luis XIV, 25 de Enero de 1663.

(2) *Diario de Pepys*, 4 de Junio de 1663.

donase al mismo tiempo á sus otras queridas, quedaría encantado de ello, pues de esta forma tendría la esperanza de que el rey se ocuparía en los asuntos del gobierno. » Enterado de lo sucedido, parece ser que Lady Castlemaine había tratado de causar nuevas penas á la reina Catalina.

Estaba esta princesa en su tocador, entre las manos del peluquero, que generalmente tardaba mucho en peinarla, cuando apareció M<sup>ma</sup> Castlemaine. « Me asombra, dijo, que Su Majestad tenga la paciencia de estar tanto tiempo ocupada con su peinado. — Tengo tantos motivos para habituarme á tener paciencia, respondió la reina, que no me cuesta trabajo alguno soportar las molestias del peinado. » Á esta



*Lady Denham.*

Retrato por Peter Lely, grabado por T. Wright.

respuesta, M<sup>ma</sup> Castlemaine tuvo que levantarse y marcharse como si hubiese sido arrojada de la Corte, pero muy pronto el rey, con pretexto de ir de caza, fué á Richmond para reconciliarse con su querida á la que hizo volver á la Corte. « La noche última, cuenta Pepys, el 23 de Julio, había recepción privada en honor del rey y de la reina en casa del duque de Buckingham. Lady Castlemaine no estaba invita-



da. En casa de su tía, Lady Suffolk, se la oyó decir: « ¡Qué les aproveche! Me divertiré tanto como ellos. » Después se dirigió á su casa con objeto de preparar una gran cena. A la salida de Wallingfordhouse, el rey fué á su casa en donde se quedó toda la noche en compañía de milord Sandwich. » Algunas semanas después, el rey, que volvía de Bath, cenó en casa de Lady Castlemaine. La cocinera vino á advertir que el agua inundaba la cocina. « ¡Diablo! exclamó la favorita, que se queme la casa, pero que se ase la vaca! (1) »

Uno de los amigos que cuenta á Pepys todas la novedades de la Corte, dice, en el mes de Julio, que cuando el rey encuentre un marido para M<sup>ma</sup> Stewart, Milady Castlemaine correrá peligro, porque la Stewart la sobrepuja en belleza y goza de gran influencia. Durante la enfermedad de la reina, la señorita Stewart se creyó, en efecto, muy cerca del trono. El conde de Comminges escribe á Luis XIV diciéndole que Carlos II está muy enamorado. « El rey está locamente enamorado de M<sup>ma</sup> Stewart á la que lleva á los rincones, y allí se está durante más de media hora abrazandola, á la vista de todo el mundo, dice el cirujano Pierce á Pepys (2). » Este es el momento en que el caballero Grammont, después de haber hecho una corte asidua á la señorita Hamilton y promesa de matrimonio, intenta escaparse de Londres sin cumplir lo prometido. Hamilton, el hermano de la joven abandonada, tomó la posta y corrió en su seguimiento, resuelto á desafiarle si rehusaba cumplir sus compromisos. Cuando encontró al fugitivo á varias millas de Londres. « ¿No ha olvidado usted nada en la capital? le dijo friamente. — ¡Es verdad! exclamó el caballero, he olvidado casarme con su hermana. » Y vuelve á Londres para formalizar el casamiento. Toda la Corte, piensa el caballero, va ocuparse de esta romántica aventura. No fué así porque se supo su casamiento el mismo día en

(1) *Diario de Pepys*, 13 de Octubre de 1663.

(2) Biblioteca Nacional. F<sup>da</sup> francés 10712. — *Diario de Pepys*, 9 de Noviembre de 1663.

que Lady Castlemaine se declaraba papista. « El matrimonio del caballero Grammont, dice Lionne en una carta que escribió á Luis XIV, y la conversión de M<sup>ma</sup> Castlemaine se han publicado el mismo día. El rey de Inglaterra ha respondido á los amigos de la dama, que le habían rogado que se opusiese á este acto, que no se mezclaba en los asuntos espirituales de las mujeres. » No obstante continúa haciendo locuras por la señorita Stewart, esta vive en las habitaciones del primer piso y M<sup>ma</sup> Castlemaine en uno de los últimos pisos. Cuando el duque de York ó algún cortesano desea hablarle, la pregunta que se hace á los centinelas es. « ¿Está el rey arriba ó abajo? (1) » Dicen que M<sup>ma</sup> Castlemaine trata de demostrar que goza siempre del monopolio del rey. Al comenzar los hermosos días de mayo, Lady Castlemaine ha tomado la costumbre de salir á caballo ó en coche con la señorita Stewart, y puede asegurarse que jamás se ha visto vivir en tan buena armonía á dos rivales (2). « Hace dos días, escribe el conde de Comminges á Lionne, M<sup>ma</sup> Castlemaine, al salir de casa de la duquesa, que habita ahora en Saint-James, acompañada únicamente por una doncella y un paje, fué sorprendida por tres enmascarados que la dirigieron una gran reprimenda, llegando á decirle que la querida de Eduardo IV había muerto en un estercolero y abandonada de todo el mundo. Podéis imaginar el tiempo que tuvo que sufrir aquella somanta, recordando que el parque es más largo que la distancia existente entre la casa de Renard (3) y el Pabellón. Al entrar en su alcoba cayó desmayada. El rey, que fué advertido, corrió en su socorro y, en cuanto se enteró de lo que se trataba, hizo que cerrasen todas las puertas y que detuviesen á todos cuantos se encontrasen

(1) *Diario de Pepys*, 20 de Enero de 1664.

(2) Biblioteca Nacional. F<sup>da</sup> francés 10712. Cartas de Comminges á Luis XIV, 29 de Mayo de 1664.

(3) Renard, arcabucero y polvorista del rey, tenía en la villa del Sena, en las Tullerías, un jardín en donde las personas elegantes iban á cenar. (Augusto Baluffe, *Alrededor de Molière*, 61-81.)

allí. Siete ú ocho personas que se hallaban en estos lugares, habiendo sido confrontadas y no reconocidas, han divulgado a aventura que los palaciegos han querido ocultar, pero creo será muy difícil (1). » Pero más difícil resulta todavía el engañar al público respecto de las proezas de las damas de honor.

La difamadora lengua del doctor Pierce asegura que, su colega y rival Frazer, debe toda la influencia de que disfruta á los servicios que presta á las damas de la Corte cuando desean librarse de las incomodidades de un embarazo (2). Dos años antes, una de ellas que estaba bailando en la Corte, dejó caer un niño (3). Esta vez el accidente fué menos grave, pero hizo mucho ruido, á juzgar por la severidad con que Pepys habla de él. « Creo, dice, que las doncellas de honor no encontrarán fácilmente marido. Milady Castlemaine decía por broma, que su hija, en aquella época de dos años de edad, sería la doncella de honor que se casaría antes (4). »

La señorita Jernnigs es una de las más brillantes damas de la duquesa de York. Su rostro está adornado con los tesoros de la juventud. « Sus cabellos, dice su cuñado, Antonio Hamilton (5), eran de un rubio perfecto. Tenía gran viveza en la cara lo que impedía que presentase ese aspecto lacio de las personas muy blancas. La boca, no

(1) Biblioteca Nacional. F<sup>da</sup> francés 10712. Carta de Cominges á Lionne, 2 de Octubre de 1664.

(2) *Diario de Pepys*, 19 de Septiembre de 1664.

(3) *Diario de Pepys*, 6 de Enero de 1663. Pepys termina diciendo: « Nadie sabe quien es la madre », y agrega: « El rey hizo llevar el cadaver del niño en un pañuelo á su gabinete, y lo ha disecado. » Según las *Memorias de Grammont*, la madre era una doncella de honor que se llamaba Warmestré. Su verdadero nombre era el de Mary Kirk. Un *lampan* (canción satírica), *Preguntas y respuestas del café Garraway*, dice lo siguiente á este respecto: « Cuantas veces M<sup>ma</sup> Kirb ha vendido á su hija antes de casarla con el conde de Oxford? Preguntádselo al príncipe y á Harry Jermyn. »

(4) *Diario de Pepys*, 21 de Febrero de 1665.

(5) Señorita Jennings se casó en primeras nupcias con Jorge Hamilton y, después con Ricard Talbot, nombrado duque por Santiago II.

era la más pequeña, pero sí la más bonita. Para terminar, su rostro recordaba á la Aurora ó á la diosa de la Primavera, tal como nos la describen los poetas en sus brillantes pinturas. Tenía mucho ingenio y vivacidad, sus gestos eran seductores, su conversación atrayente cuando deseaba agradar, y muy fina y delicada cuando quería poner á una persona en ridículo, pero como su imaginación la dominaba, algunas veces comenzaba á hablar antes de haber terminado un pensamiento, sus frases no significaban todo lo que deseaba y sus palabras expresaban mal y algunas veces demasiado bien, lo que pensaba.



Esta locuela era muy curiosa.

Ahora bien, en esta época, se difundió la noticia de la llegada, á uno de los barrios más apartados de Londres, de un médico alemán « repleto de secretos maravillosos y de remedios infalibles (1). » Este pretendido médico no era otro que lord Rochester, el hombre de Inglaterra que poseía más ingenio y el que lo

*La hermosa Hamilton, duquesa de Grammont.*  
Retrato por Peter Lely, grabado por J. Tompson.

(1) Hamilton. *Memorias de Grammont*, cap. IX.

aprovechaba mejor para poner en berlina á su prójimo. Rochester era uno de esos hombres capaces de sacrificar á su mejor amigo por hacer un chiste y como sus sátiras herían de punta y filo á las favoritas, doncellas de honor y grandes personajes, resultaba que todos los años, era desterrado de la Corte, pero el mismo ingenio que le había alejado hacía que lo volviesen á llamar. El rey gustaba mucho de un poeta tan mordaz. Además no criticaba á las personas, hombres ó mujeres, á quienes el rey le había prohibido morder. Esta vez el destierro duró demasiado, según Rochester. Para entretenerse trató de seducir á todas las beldades de la ciudad. Así, pues, se declaró adivino, astrólogo y médico. « La virtud de los remedios, consistía principalmente en librar á las pobres jóvenes, en poco tiempo, de todos los males y de todos los accidentes en que podían haber caído, ya fuese por haber tenido demasiada caridad del prójimo, ya sea por tener demasiadas complacencias con ellas mismas (1). » Comerciantas, doncellitas de la Corte, camareras de las damas de alta posición no tardaron en formar numerosa clientela. Habían celebrado tanto su ciencia, y el cúmulo de secretos que poseía respecto de la Corte, que la pequeña Jennings y su amiga Price no pudieron resistir el deseo de ver de cerca á este hombre incomparable. La señorita Price tenía la reputación algo dudosa por obra de las sátiras de Rochester, lo que no sucedía respecto á Jennings. Creyendo que, mientras conservara su virtud, importaba poco que se divirtiese de cualquier manera, fingióse enferma, para esquivarse del servicio con la duquesa y ambas locas se vistieron como las que venden naranjas en los espectáculos públicos. En aquella época era la clase menos estimada de la sociedad. Según ellas, no habían podido encontrar trajes que las hiciesen completamente desconocidas. He aquí que salen del Palacio de Saint-James, atraviesan el parque á pie y toman un coche en Whitehall. Muy pronto

(1) Hamilton. *Memorias de Grammont*, cap. XII.

llegaron al teatro. La duquesa de York estaba allí con su hermana. No estaría mal que nos mezcláramos con las verdaderas vendedoras de naranjas, insinuó la señorita Price, y que fuéramos á ofrecer naranjas á la duquesa y á su séquito. Era una idea tan divertida que no pudieron resistir á su picante atrantivo. Pagaron el coche y se presentaron á la puerta de la Comedia en el momento en que el hermoso Sidney bajaba de su carroza. En vano le presentó Price la cesta, Sidney, muy entretenido con el peinado de sus cabellos, á los que daba el último golpe de mano, no advirtió á la linda vendedora de naranjas. Kille-grew vino después de Sidney, la hermosa Jennings le tendió tímidamente su cesta mientras que Price, iniciada en el lenguaje que debía emplearse, le invitaba á que comprase naranjas. « Ahora no, amiga mía, pero si quieres llevarme mañana á esa jovencita te daré más dinero que valen las naranjas que tienes en la cesta. » Mientras que decía esto á Price, acariciaba la barbilla de Jennings y trataba de explorar su seno. La hermosa Jennings se sublevó y lo rechazó lo más rudamente que pudo. « ¡Ah! exclamó Kille-grew, en verdad que es extraño. He aquí una p... que para vender más cara su mercancía se hace la remilgada y pretende poseer delicadeza. » Mientras reía Kille-grew del accidente, Price aprovechó esta hilaridad para arrastrar rápidamente á Jennings, casi paralizada por el terror. La señorita Jennings había visto bastante y estaba deseosa de abandonar su papel de vendedora de naranjas, y de volver enseguida á Saint-James, pero Price no la escuchó. « ¿Y el médico alemán? dijo Price. A esta nueva proposición Jennings no contestó nada pero se dejó llevar á un nuevo coche. El cochero sabía las señas del nuevo quíromántico, pues ya había conducido á su casa á más de cien jóvenes bonitas. Estaban muy cerca de su morada cuando les sucedió una nueva aventura. Brouncker, gentilhomme de cámara del duque de York; el immoral y licencioso Brouncker, al que llamaba Marvell « el escudero del amor, el hombre de la casita de campo

siempre llena de modistillas », había comido en casa de un comerciante del barrio y é iba con dirección á la suya. La vista de dos vendedoras de naranjas en coche era un espectáculo bastante nuevo para llamar la atención del viejo lobo. Las siguió sin saber porqué, pero su asombro aumentó cuando vió que los zapatos y las medias, que cubrían pies muy bonitos y tobillos demasiado finos, eran excesivamente lujosos en comparación con el resto del traje. En fin, consiguió reconocer á las doncellas de honor, y atribuyó su disfraz á los más vergonzosos motivos que pudo imaginar. Sin género alguno de duda, la señorita Price llevaba á Jennings á sitio seguro. Como ésta última estaba muy cortejada por Jermyn, el mejor de sus amigos, experimentó « una alegría secreta al pensar que sería predestinado antes de casarse (1) ». Pero ante todo importaba no estorbar tan buenos designios. Así, pues, se limitó á lanzar algunas pullas á las jóvenes, como si las tomase por verdaderas vendedoras, y riendo les dió los buenos días. Pero no habían terminado sus desventuras, mientras sufrían las impertinencias de Brouncker, se había formado, alrededor del coche, un círculo de pilluelos, deseosos de de escamotear las naranjas abandonadas al cuidado del cochero, mas este último era hombre de honor é intentó rechazar el asalto de los rapaces. Enablóse una refriega y toda la calle se puso en revolución. Jennings y Price para poder escapar, abandonaron las naranjas, antes de volver á montar en el coche y, olvidando al astrólogo, se dirigieron de nuevo á Saint-James, en medio de insultos y burlas del populacho (2). Llegaron al palacio del duque de York, tan asustadas, tan cansadas y tan llenas de miedo, que sus amigos supieron muy pronto todas sus desgraciadas aventuras.

(1) Hamilton. *Memorias de Grammont*, cap. XII.

(2) Toda esta aventura ha sido contada por Hamilton. La fecha aproximada de este suceso ha sido suministrada por el *Diario de Pepys*. Jesse, en sus *Memorias* (t. III, p. 234-235) agrega algunos detalles.

Afortunadamente para ellas, las chismografías de la Corte tenían otro alimento. Lord Castlemaine acababa de volver de Francia y había aguado un poco la fiesta al encontrarse con que su mujer « tenía dos hermosos niños ». Después, la Corte se entretuvo con la indignación de M<sup>ma</sup> Fienne

contra su marido que había dejado embarazada á su doncella (1). En fin, se murmuraba mucho de las conquistas del duque de Monmouth, que casi no tenía diez y seis años. Cuando la reina-madre le había traído de Francia, Carlos II, se ocupó más en asegurarle una espléndida fortuna que de perfeccionar su educación. « Era muy apuesto, dice



Francisca Jennings, duquesa de Tyrconnel.  
Retrato de Huysmans.

M<sup>ma</sup> Dunois, extremadamente bien hecho y poseía aspecto de gran señor, como correspondía á su nacimiento. Era valiente hasta la temeridad, bailaba muy bien y con una elegancia que encantaba á todos cuantos le veían. Era rico, joven, galante y, como ya he dicho, el hombre mejor hecho y hermoso de la época. Sabido esto, no resultará extraño que muchas

(1) Biblioteca Nacional. F<sup>ds</sup> francés 10172. Carta de Comminges á Lionne, 9 de Marzo de 1665.

damas hayan puesto empeño en conquistarle (1). » Entre las damas que le hacían la corte, se encontraba M<sup>ma</sup> Castlemaine, que en Diciembre de 1662, hacía avances poco dudosos. Nada podía ser más desagradable para Carlos II que un rival de este género, así, pues, resolvió que se casase. Encontró una rica heredera escocesa, Ana Scott, condesa de Buccleuch. El matrimonio se celebró el 20 de Abril de 1663, pero no puso fin, ni con mucho, á las aventuras de Monmouth.

El duque de Richmond, el conde de Arran, segundo hijo de lord Ormond, y el duque de Monmouth, llevaban una vida tan desenfrenada que llegaron á escandalizar á una Corte, que no se escandalizaba tan fácilmente. En efecto, las costumbres permítan en aquella época no pocas licencias. Pepys cuenta en cierto pasaje lo que aconteció en casa de Milady Baten un día en que se celebraba una gran reunión de damas. « Milady me empujó sobre la cama y se arrojó sobre mí. Después, las otras damas siguieron el mismo ejemplo. Nos divertimos mucho (2). »

El pueblo se divertía menos; una demanda dirigida al rey decía: « El pueblo se encuentra en una situación desesperada, los jefes de familia se encuentran tan abrumados de impuestos que no se atreven á abrir la puerta temiendo venga á embargar el recaudador la cama ó los platos. El pueblo maldice del rey, echa de menos á Cromwell y dice que lo mismo le da que vengan los holandeses ó el diablo, pues no estarán en peor situación. De manera que están dispuestos á no combatir por Su Majestad y entre la nobleza no encontrará diez hombres que se levanten en su defensa... Jamás los impuestos han sido más elevados, jamás rey alguno se dejó robar de forma tan espantosa. Todos están descontentos. Los soldados contemplan cómo les roban sus sueldos, lo que debe impedir Su Majestad á todo trance, porque si los soldados

(1) Citado por Jesse, *Memorias*, III, 114.

(2) *Diario de Pepys*, 12 de Abril de 1665.

no le defienden su reino no durará este más que breves instantes. Lord Gerard (que manda los guardias de Carlos II), maltrata y explota tan completamente á los guardias, que la mayoría trata de buscar otros medios de vida, pues no vale la pena, dicen, de exponer vida y fortuna, para morir en la miseria... Hacen correr el rumor de que Vuestra Majestad ha dicho que no hay nada mejor que tener al soldado en la miseria. No debe descuidar al soldado. La nación dice que el rey no piensa más que en sus placeres y que no oye los suspiros y quejas de sus desgraciados súbditos. La paciencia ha llegado al límite. Dicen que las colocaciones son dadas á personas que habrían cortado la cabeza al rey y que lo harán todavía si se presenta la ocasión. Dicen que existe alrededor de Su Majestad una porción de personas que le impiden vea con claridad las cosas, con objeto de lograr mejor sus deseos. Debido á esto todas esas gentes que le rodean se guardan muy bien de decirle que la nación se sublevará al menor soplo de viento, de tal manera está oprimida... Ninguno de los cortesanos hará saber á Su Majestad el descrédito en que ha caído. Dice la gente: « Qué le den al rey su condesa de Castlemaine y ya no se le importa un ardite de todas las miserias del pueblo (1) ». Este curioso escrito es una muestra del odio que se profesaba á la Corte y á la favorita. Hacia la misma época, corría un libelo con la siguiente portada: « *Ruego que hacen las p... pobres, bellacos, alcahuetes y alcahuetas á la muy espléndida, muy ilustre, serenísima y eminente dama de placer, condesa de Castlemaine, con objeto de obtener su protección contra la compañía de las aprendizas de Londres, por causa de las cuales han sufrido la pérdida de su morada, comercio y empleos y de tener una guardia compuesta de espadachines franceses,* »

(1) *Calendar State papers domestic*: 1666, t. V, p. 477. El autor de este escrito es una mujer que termina diciendo que no puede hacer otra cosa más que rogar por Su Majestad.

irlandeses é ingleses, que son sus leales amigos. Prostitutas, bellacos, alcahuetes y alcahuetas se comprometían á pagar un impuesto á la condesa (1). Este escrito irritó vivamente á la condesa de Castlemaine, que hizo se buscara al autor para castigarle. Además, estaba prohibido que se dirigiese el menor ataque contra su virtud en otros tiempos. Harry-Killegrew, uno de los gentiles hombres del duque de York, fué desterrado por haber dicho que habia sido un tanto ligera en su juventud (2). Los Killegrew hablaban francamente y sin rodeos. Una mañana, Tomás, dijo negligentemente á Carlos II que los asuntos ingleses marchaban muy mal, pero que habia manera de poner remedio. « Conozco á un hombre honrado, agregó, muy inteligente, que si Vuestra Majestad quiere emplearlo, si se fia de él, cuidará de que se cumplan sus órdenes y que todo marche bien. Este hombre es un tal Carlos Estuardo que, hasta el presente, no ha hecho más que charlar con sus cortesanos. Si Vuestra Majestad le otorga este cargo, verá como nadie puede desempeñarlo tan bien como él (3). » Carlos II acogió la amonestación con una sonrisa, pero no tenía ningún deseo de ocuparse en los asuntos del Estado. Aunque á cada instante reclamasen su atención asuntos urgentes, se pasaba semanas enteras sin parecer por el Consejo. Killegrew fué el único que consiguió que fuera allí. Habíase apostado cien libras con Lauderdale (4), asegurando que Carlos II asistiría al

(1) *Calendar States papers domestic: Carlos II, t. VIII, p. 306.* — El documento termina de esta manera: « Firmado por nosotros, Madama Creswell y Damaris Page en nombre de nuestras hermanas y compañeras de sufrimientos (en esa día de calamidad) en la Corte del Perro y de la Perra preñada, Lukner's Lane, Saffron Hill, Moorfields, Chiswell Street, Rosemary Lane, Gran Carretera de Rat-chiff, Well Close, Church Lane, East Enuttfild, etc. »

(2) *Diario de Pepys*, 21 de Octubre de 1666.

(3) *Diario de Pepys*, 8 de Diciembre de 1666.

(4) Lauderdale era uno de los miembros del ministerio llamado « La Cábalá » á causa de las iniciales de los nombres de los ministros que la componían.



James Fitzroy ó Scott, duque de Montmouth.  
Retrato por Peter Lely grabado por A. Blooteling.

Consejo, lo menos media hora. Una vez hecha la apuesta, entró en las habitaciones del rey. « Sé, dijo, que Vuestra Majestad detesta á Lauderdale, y que únicamente la necesidad de cuidar vuestros asuntos os obliga á ser cortés con él. ¡Y bien! si deseais libraros de ese personaje no tenéis más que ir esta vez al Consejo. Conozco su avaricia,

sé muy bien que antes de pagar las cien libras se ahorcará de despecho terminando así de atormentaros. » Carlos sonrió pensando en la mala pasada que podía jugarle á su ministro. « ¡Quedo en ello! Killegrew, os prometo que iré. » Cumplió su palabra y Killegrew ganó la apuesta (1).

Con esta indiferencia del rey, no es extraño que todo marchase de cualquier manera, hasta la administración de los palacios. Un día del mes de Abril de 1667, el rey no encontrando papel sobre la mesa del Consejo montó en cólera. Llamóse á Wooly, encargado de este servicio, quien manifestó al rey que era pobre, que había adelantado cuatrocientas ó quinientas libras que representaban todo su capital y que no podía suministrar papel si no le daban dinero, porque no había recibido nada desde la restauración. « ¡Y decir, agrega Pepys, que es quien nos suministra estos datos, que el rey recibe todos los días descaros de este género, capaces de volver loco á un hombre de corazón! »

Todas estas miserias no han impedido que las fiestas de la Corte hayan sido muy brillantes durante el invierno. En el baile celebrado el 15 de Noviembre de 1666, « la señorita Stewart estaba vestida con encajes blancos y negros. La cabeza y los hombros estaban adornados con diamantes. La reina no llevaba ninguno. El rey iba vestido con una magnífica casaca de seda. Cuando llegó al salón cogió á la reina por la mano, catorce parejas siguieron su ejemplo y comenzó el baile. Lo último que se bailó fué una danza francesa á la que el rey llamaba « mi nuevo baile » (2). Por el día, los trajes de las señoras casi son tan elegantes. Las damas y las doncellas de honor iban ataviadas con amazonas y justillos provistos de faldones muy largos, parecidos á los de los hombres. Llevan además pelucas, esta moda la ha implantado la señorita Wells (3). »

(1) Jesse. *Memorias*, III, 337.

(2) *Diario de Pepys*.

(3) *Diario de Pepys*, 11 de Junio de 1666.

Es una joven preciosa, de elegantes ademanes y que sabe andar como una diosa. « El rey, algo hastiado de la condesa Castlemaine y no muy mimado por la señorita Stewart, la había hecho la corte de una manera demasiado viva. La joven se rindió á discreción y el duque de Buckingham la compuso unos versos en los que juega con el vocablo Wells que en inglés significa pozo.

Quand le roi de ce puits sentit l'horreur profonde,  
« Progers (1), s'écria-t-il, que suis-je devenu?  
¡Ah! depuis que j'y sonde  
Si je n'avais cherché que le centre du monde  
J'y serais parvenu (2). »

El capricho real por la señorita Wells no duró mucho tiempo. La hermosa Stewart había anunciado hacia esa época, su matrimonio. La discordia había estallado entre ella y la condesa de Castlemaine. Ya no se estaba en aquellos tiempos en que el rey, al visitar por las mañanas á su querida, encontraba á las dos amigas acostadas juntas y, jugueteaba con ellas, antes de presenciar cómo se levantaba aquella que solo permitía ciertas licencias. La condesa de Castlemaine había dicho una porción de ferocidades acerca de la castidad de la inhumana Stewart. « Os rechaza con el pretexto de tener escrúpulos de conciencia, cuando el duque de Richmond se encontrará muy pronto á su lado si no lo está ya. Sois juguete de una falsa gazmoña que os hace representar un papel ridículo. » Carlos II, picado al oír estas palabras, tuvo la curiosidad de dirigirse á casa de la señorita Stewart. Eran las doce de la noche. A pesar de la hora y de la resistencia de sus doncellas, entró en la alcoba. Estaba acostada, pero no sola, el duque de Rich-

(1) Eduardo Progers era el confidente de los placeres del rey. Nombrado en 1660 caballero de la orden de la Encina Real murió de noventa y seis años á consecuencia del brote de cuatro nuevos dientes.

(2) Hamilton *Memorias de Grammont*, cap. VII. « Cuando el rey se dió cuenta del profundo horror de aquel pozo, exclamó : ¡Progers! ¿qué va á ser de mí? ¡Ah! A juzgar por los sondajes, si solo hubiera buscado el centro de la tierra, ya habria llegado allí. »

mond estaba sentado á la cabecera de la cama y tan despierto como la señorita Stewart. El rey, aunque fuese uno de los hombres más flemáticos del mundo, se encolerizó y dijo á Richmond palabras que jamás había usado. El duque, viendo á su señor tan irritado, hizo una profunda reverencia y se marchó. La señorita Stewart, envuelta en sus largos cabellos, lejos de justificarse, preguntó al rey si verdaderamente no estaba permitido recibir las visitas de un hombre de la calidad del duque, y que tenía intenciones que la honraban. No sé, agregó, que es lo que impide que disponga de mi persona, y si eso no me está permitido en Inglaterra, no habrá poder capaz de impedir que me vaya á Francia, para recuperar mi libertad.

En vano trató de calmarla el rey, y tuvo que salir de su casa sin haber obtenido su perdón y más disgustado. Al otro día, el duque de Richmond recibió la orden de no presentarse más en la Corte, pero no había esperado esta orden pues se había marchado á una de sus casas de campo (1). Al mismo tiempo, la señorita fué á arrojarle á los pies de la reina para pedirle su protección. Si había acogido las proposiciones del duque de Richmond era con objeto de huir de una Corte en donde toda mujer honrada corría riesgo perpetuo. Levantóla Catalina y la abrazó prometiéndola que haría cuanto pudiese. La aconsejó, además, que continuara pensando de la misma manera respecto de la vida retirada que iba á seguir y que se casase. Así, pues, en el mes de Abril de 1667, anunciaron que la señorita Stewart se retiraría de la Corte para vivir como mujer honrada. Hacía ella gran gala de sus sentimientos, declarando que había aceptado las proposiciones de Richmond, pero que se habría casado más bien con un hombre que no tuviese más que 1500 libras de renta, antes que prostituirse al rey. Reconoció que las apariencias la condenaban y que había dado motivo al mundo para que la considerase como una cortesana. También quiso justificar de donde

(1) Hamilton. *Memorias de Grammont*, cap. XII.

provenían sus recursos. Primeramente contó las 7000 libras de pensión que el rey la concedió para su tocado. Además, había recibido de él, á su llegada, un hilo de perlas que valdría unas 11 libras y algunas joyas más. Como el duque de York era su *Valentin* (1) la había regalado una joya de 800 libras y lord Mandeville, que se encontraba en las mismas circunstancias, una sortija de 200 libras. En una palabra, poseía 6000 libras de joyas.

« Era toda su fortuna, escribía Pepys, es una mujer digna y que se conduce honradamente. La condesa de Castlemaine es todopoderosa, lo que prueba que M<sup>ma</sup> Stewart no ha sido la querida

del rey, porque este no ha tenido nunca dos queridas á la vez (2). »

A pesar del enfado del rey, que se consideraba ofendido, el matrimonio se celebró. El duque y la duquesa de Rich-



*La duchesse de Monmouth.*

Retrato por W. Wissing, grabado por B. Williams.  
(Biblioteca Nacional. Estampas.)

(1) El día de San Valentin, 14 de Febrero, era la fiesta de los jóvenes de ambos sexos. Los galanes ó Valentines hacían un regalo á su Valentina. (Vease *Hamlet*, acto IV, escena 5.)

(2) *Diario de Pepys*, 26 de Abril de 1667.



mond anunciaron que vivirían en sus tierras. Decíase en la Corte que la duquesa había devuelto al rey las joyas que la había enviado cuando se casó. « Ella ha dado un buen ejemplo » escribía Pepys (1), que hacia esa época señalaba en su diario las nuevas calaveradas del duque de York. Este último había cortejado vanamente á M<sup>ma</sup> Middleton « pero, agrega Pepys, tiene otras muchas y siempre las ha tenido. Le llevaban mujeres á su gabinete de Whitehall, y algunas veces se levantaba de la cama de la duquesa para ir á buscar á otras mujeres que le esperaban ya acostadas. » M. Brouncker no era el único agente de sus amoríos. Toda su familia se ocupaba en lo mismo y era capaz de todo por agradar al duque. Con una vida tan escandalosa, sus asuntos se encontraban en gran desorden (2). Los amigos habían organizado su casa, coches y criados, tomando como modelo la de los príncipes de Francia, contra todas las reglas y preceptos observados en Inglaterra por los hermanos del rey (3); es verdad que gastaba 60 000 libras esterlinas por año, aunque no tenía más que 40 000 de renta. La duquesa de York había adquirido muy pronto los modales de una princesa de sangre. « Mas bien exageraba un poco, dice Burnet (4). » No era únicamente la mujer más derrochadora del mundo sino la más orgullosa. Viviendo de crédito, el duque y ella andaban siempre escasos de dinero. Mientras el canciller estuvo en el poder, los amigos del hermano del rey imputaban á aquel la culpa de estas estrecheces, diciendo que de querer le habría podido dar todo el dinero que le hacía falta (5). Buckingham empleó toda clase de procedimientos contra el hombre á quien deseaba arrojar del poder. En Junio de 1667 se vió encarcelado á consecuencia de sus intrigas.

(1) *Diario de Pepys*, 16 de Abril de 1667.

(2) Clarendon. *Memorias*, II, p. 40.

(3) Burnet. *Historia de Inglaterra*, I, 338.

(4) *Diario de Pepys*, 23 de Junio de 1667.

(5) Clarendon, *Memorias*, II, 40.

La condesa de Castlemaine le defendió á capa y espada, llegando á importunar al rey de tal manera que éste último la llamó extravagante y la rogó que no se mezclase en cosas que no la importaban (1). Corrió entonces el rumor de una ruptura, pues el rey se había abstenido, durante varios días, de ir á su casa. Lady Castlemaine estaba encinta y Carlos II la había dicho que sabía muy bien que no era el autor de aquella criatura. « Lo reconoceréis, le dijo ella con mohín desdenoso, sea quien fuere su padre. » La condesa de Castlemaine no la había ocultado que estaba enamorada de Jermyn y celosa de lady Falmouth con quien aquel se iba á casar (2). Decíase en la Corte que Jermyn había sido su amante y que el rey estuvo á punto de sorprenderlo en casa de su querida pero se ocultó debajo de la cama (3). Después de la escena que había estallado entre ambos, á propósito de Jermyn, la dama hacía pagar caras las complacencias que tenía con Carlos II. Le había obligado á que la pidiese perdon de rodillas y le había amenazado con llevarle todos sus bastardos á la puerta de su cuarto (4). Después se marcharía á Francia, porque, mientras el canciller, su enemigo jurado, estuviese en el poder, no sería posible la existencia en tierra inglesa para ella.

Así, pues, el viejo Clarendon fué la víctima de la reconciliación. En la alcoba de la condesa y en el lecho, aunque era mediodía, se convino que el canciller saliese del gobierno. Hizo que le llamase el rey á una de las habitaciones vecinas y cuando el infortunado canciller atravesó el jardín de Whitehall, la condesa se precipitó de su cama y corrió en camisa hacia la pajarera dando grandes palmadas por la caída del ministro. Varios pajes de la Corte que estaban allí, esperando la salida de Clarendon, fueron recibidos en

(1) *Diario de Pepys*, 29 de Junio de 1667.

(2) *Diario de Pepys*, 29 de Junio de 1667.

(3) *Diario de Pepys*, 30 de Julio de 1667.

(4) *Diario de Pepys*, 7 de Agosto de 1667.

audiencia en este singular traje y aceptó sus felicitaciones (1).

Después de la partida del canciller el rey siguió una vida mucho más disipada. Estando de caza él, el duque de York y los principales cortesanos, en las posesiones de lord Car-



La condesa d'Ossory, hija de lord Ormond.  
Retrato por Wissing, grabado por E. Scriven.

teret, en Crambourne, bebieron tanto que se embriagaron entonces Armorer, que estaba borracho, se aproximó al rey y le dijo: «¡Voto al diablo! señor, no estimáis tanto al duque de York como en otro tiempo. Eso es falso, dijo el rey — ¡y bien! ¡bebamos á su salud! — ¡bebamos! ¡bebamos! repitió el rey. Armorer se puso de rodillas y bebió, el rey á su vez disponíase á beber. « De esa manera no, dijo Armorer, ¡de rodillas! » El rey obedeció, y su séquito siguió su ejemplo, después, todos borrachos, lanzaron gritos de alegría y se arrojaron unos en brazos de otros. El rey abrazó al duque de York, el duque de York abrazó al rey y toda la banda pasó la jornada en una completa

(1) *Diario de Pepys*, 27 de Agosto de 1667.

orgía (1). Difundióse el ruido de que Lady Castlemaine estaba muy enamorada de Jacobo Hall, famoso equilibrista en la cuerda floja. Recibíalo lady en secreto y hasta le visitaba algunas veces. Le abrumó á regalos y Berk Marshall (2) servía de intermediaria á sus amores, al mismo tiempo que

protegía los del rey con M<sup>ma</sup> Davis que bailaba la jiga ó cantaba, acompañándose con la guitarra todo un repertorio de canciones obscenas (3). Era la primera aventura que el rey tenía en el mundo galante del teatro donde debía tener más de una aventura durante los años siguientes. Moll Davis no temía cambiar miradas con Carlos II, aún delante de la condesa de Castlemaine. Muy pronto el rey pensó en retirarla del teatro del duque de York: ella había inten-



Madama Middleton.  
Retrato por Peter Lely,  
grabado por Thomas Wright.

(1) *Diario de Pepys*, 23 de Septiembre de 1667.

(2) Había dos Marshall en el Teatro del Rey. Nos referimos á las hijas de Estefano Marshall, el gran presbiteriano.

(3) Mary Davis había hecho la conquista del rey cantando la balada: *Mi lecho es la fria tierra*. Downes dice: « El rey levantó á la cantante de su frío lecho para colocarla en la cama real. » Pepys la encuentra mejor como bailadora de jiga.

tado también introducirse en Whitehall. « En la representación celebrada en la Corte, la otra noche, escribe Pepys el 31 de Mayo de 1668, la reina se retiró cuando M<sup>ma</sup> Davis salió para bailar la jiga, pues no quería, dicen, soportar la presencia de la querida del rey. » No había hecho más con Lady Castlemaine. Esto probaba que lady Castlemaine estaba abandonada, ésta última, deseando asegurarse un poco de libertad entregó al rey, para que pasase el tiempo, á una de sus amigas, la hermosa Wilson, que no tardó mucho en quedar embarazada (1).

A todo esto la duquesa, de Richmond, desistiendo de su primer propósito de vivir siempre en el campo, había venido á instalarse en Sommerset House con su marido. Se la iba á ver atraídos por su belleza, como se iba por la noche á las recepciones de la reina (2). Después anunció el proyecto de volver á aparecer en la Corte. M<sup>ma</sup> Hervey intercedió en la reconciliación y « el hombrecito fantástico que se llama Cupido » condujo al rey hacia aquella que había huido de él. Recibiale varias veces, compró Barkshire House y obtuvo, por una orden privada, 5 000 libras para pagar su adquisición (3). Después del casamiento, dicen que Carlos II no pudo quejarse de su falta de complacencia. Desgraciadamente, dos años después tuvo la viruela y, aunque no la dejó desfigurada, su rostro tenía huellas que alteraban su maravillosa belleza (4). « No tiene muchas pintas de viruela, escribía Carlos II á su hermana y os confesaré que esta enfermedad ha sido causa de que la perdone todo lo pasado. La deseo todo el bien posible. No creo se desfigure mucho, sobre todo cuando tenga mejor el ojo, porque todavía le supura mucho, pero creo que lo peor ha pasado ya. » Su marido por el contrario, quedó completamente desfigurado, lo que el rey hace notar con

(1) *Diario de Pepys*, 5 de Mayo de 1668.

(2) *Diario de Pepys*, 27 de Diciembre de 1667.

(3) *Diario de Pepys*, 7 de Mayo de 1668.

(4) *Diario de Pepys*, 7 de Mayo de 1668.

cierta complacencia. El cargo de dama de cámara de la reina, había llegado á ser el puesto obligado de las queridas del rey. Así, pues, la derrota de su virtud fué casi oficial cuando prestó juramento, para ocupar este cargo (1). Un día en que Carlos II estaba ébrio en casa de lord Downsen se alabó descaradamente, ante del duque de Richmond, de los favores que le había concedido la duquesa. Esto produjo gran escándalo (2).

La Corte estaba más loca que nunca. En Octubre del año 1668, ¿no se vió á sir Carlos Sedley y á Buckhurst correr toda la noche medio desnudos por la calle, hasta que fueron detenidos y encerrados en un calabozo? Con escándalo de los ingleses, Carlos II salió á su defensa y el gran juez Keeling envió á la cárcel á los infelices guardias que los detuvieron. « Es una infamia », escribía Pepys que tenía gran respeto á la ley (3). En cuanto Carlos II salía de Londres en unión de sus compañeros de orgías, se podía estar seguro de que se embriagaba. Entonces se permitía toda clase de extravagancias. Un día, obligó á los músicos de Thetford á que cantasen todas las canciones obscenas que sabían. Otra vez, en Saxam, se embriagó de tal forma que no pudo conceder á Lord Arlington (4), la audiencia que le pedía. Llévanlo á su alcoba y el duque de York amonesta duramente á Bob May (5) por incitar al rey á tales diversiones, que por lo demás, están á la moda, desde que la burguesía puritana ha sido descartada y desde que los presbiterianos y católicos son perseguidos. Después de la Restauración existe una especie de reacción contra las costumbres del Prefectorado y de la República. Grandes pelucas á lo Luis XIV han reemplazado á los cabellos

(1) *Diario de Pepys*, 6 de Junio de 1668.

(2) Jesse. *Memorias*, III, 228.

(3) *Diario de Pepys*, 29 de Octubre de 1668.

(4) El conde de Arlington, primer secretario de Estado y gran chambelan de Carlos II, tenía mucha influencia en la Corte.

(5) Bob May (Bautista May) era tesorero de caja privada del rey y el confidente de todas sus aventuras.

cortos. Los puritanos habían prohibido el juego, ahora se juega y además se hacen trampas; habían desterrado el vino, ahora la gente bebe y se emborracha. Estaba prohibido jurar, pues al presente se jura á cada momento lo mismo por Dios que por el diablo. Por todos lados florecen sociedades de placer. Háblase de los *ballers* que se reunían para danzar *in naturalibus*. Después de las orgías de la noche, se corría por las calles, se apaleaba á las rondas, amenazando de muerte á los transeúntes, parando á las mujeres y algunas veces colgándolas con la cabeza hacia abajo. « Cuando la noche envolvía en tinieblas las calles, escribe Milton, entonces se lanzaban á la calle los hijos de Belial, llenos de insolencia y de vino. » El conde de Rochester y el duque de Buckingham son tan célebres en la Corte como hombres ingeniosos que como borrachos incorregibles. Carlos II, que los había echado de la Corte con motivo de una intriga, los vió en un mesón, en la carretera de Newmarkett sirviendo vino á unos carreteros y cortejando á sus mujeres é hijas. Encontró tan ingeniosa el rey la broma que los volvió á llamar. Sedley y Buckhurst comieron una noche en una taberna con Tomás Ogle. Después de beber, se instalaron en un balcón, injuriaron á los transeúntes y les mostraron las nalgas. Sedley hizo más, se quedó desnudo y, como diría Rabelais, *c... y m...* bajo las narices de los transeúntes. La multitud aumentó, y le arrojó piedras é intentó apoderarse por asalto de la casa. Sedley fué condenado por sir Roberto Hyde, primer juez, á pagar una multa muy eleyada. « Creo, exclamó alegremente el multado, que he sido el hombre que ha pagado más caro por hacer sus necesidades. » Pero no llegó á pagar, además, porque su amigo Killegrewé obtuvo que el rey hiciese efectiva la multa de su caja particular (1).

El séquito real está, por lo demás, desprovisto de escrúpulos. El conde de Oxford, viendo que una actriz no

(1) Beljame. *El público y los hombres de letras de Inglaterra*, p. 3.

quería rendírsele, M<sup>ma</sup> Marshall, muy conocida con el nombre de Roxana, hizo celebrar su matrimonio por un soldado disfrazado de sacerdote. Oxford se burló de su candidez y el rey, á los pies del cual se arrojó la dama para pedirle justicia, la concedió únicamente una renta como indemnización

(1). Buckingham, enamorado de la condesa de Shrewsbury, la coge por la mano y la conduce á su espléndida casa, hace subir á su mujer, Mary Fairfax, en un coche y la invita á que se vuelva á casa de su padre, el célebre general de la Revolución. En cuanto á Shrewsbury, á quien no ha parecido bien el rapto de su mujer, es muerto en duelo por Buckingham sin más explicaciones. La condesa de Shrewsbury, disfrazada de paje, es quien tiene la brida de su caballo mientras se baten, y él se alaba de haber obtenido las caricias de su querida antes que le quitasen á Shrewsbury el ensangrentado traje (2).



Mary Davis.

Retrato por Peter Lely, grabado por R. Tompson.

(1) Hamilton. *Memorias de Grammont*, cap. XI.

(2) Hamilton. *Memorias de Grammont*, cap. XII. — Beljame. *El Público y los Escritores de Inglaterra*.

El príncipe Ruperto, bravo hasta la temeridad, orgulloso y brutal, viéndose sin ninguna ocupación y detestando la vida de la Corte, se entregó al estudio de las matemáticas y de la química. Era un artista, y él fué quien inventó la media-tinta. No tiene más, que un placer: el teatro. Un día, ve á Margaret Hughes, comedianta de la compañía formada por el rey y querida más ó menos estímera de Carlos II, se enamora locamente de ella y viendo que resiste al dinero, según las crónicas, se casa con ella (1). Tiene varios hijos con la comedianta y vive feliz á su lado con gran escándalo de la Corte.

Carlos II es en esta época, más que nunca, el hombre de voluntad menos firme y el carácter más voluble que se conoce en toda Europa. En su juventud había tenido como todos su época romántica y dirigía á sus queridas versos llenos de sentimiento y de melancolía. « Paso todas mis horas en un viejo bosquecillo sombrío, dice á una de ellas, pero no vivo si pasa el día sin ver á la que amo. Miro á todos lados pensando que mi Filis se ha marchado y suspiro pensando en los instantes en que nos encontrábamos solos aquí. ¡Oh! ¡no hay infierno comparable al tormento de amar demasiado!

« Pero cuando vuelvo á ver todos los árboles y bóvedas de verdura que nos abrigan, en donde algunas veces fuí feliz, en donde ella se mostró complaciente, cuando veo la huella que dejó su cuerpo en la hierba verde y pienso que el placer puede volver ¡oh! entonces creo que no existen alegrías superiores á las que proporciona el amor.

« Mientras que en mi soledad recuerdo todos estos encantos, la mujer que amo puede que se encuentre entre los brazos de otro; tal vez burlándose de mis tormentos y hasta que sea bastante pérfida para que diga á otro las dulces palabras que me dirigía. ¡Oh! cuando pienso esto me parece que no hay infierno comparable al tormento de amar.

(1) Jesse. *Memorias*, II. — Hamilton. *Memorias de Grammont*, cap. XII. En nuestro tiempo se pone en este matrimonio, invocando el testamento del príncipe que se preocupó de la suerte de los bastardos.

« Pero cuando recuerdo su fidelidad, su inocencia y pura pasión y cómo su belleza estaba desprovista de artificio, temo haberla ofendido y tengo la esperanza de que me ame tan apasionadamente que esté celosa de mí. ¡Ah! entonces creo no existen goces superiores á los que proporciona el amor. »

Pero muy pronto se había hastiado de todo y no se impresionaba por nada. Era el hombre más traicionado del mundo, traicionado por sus gentileshombres, que ya habían vendido al padre; traicionado por las queridas que pagaba y por todos aquellos en quienes tenía confianza. No encontró fidelidad, salvo rarísimas excepciones, más que entre los pobres diablos que le habían dado asilo cuando huyó de Worcester, y aun no podía tener la seguridad de que estos sentimientos fuesen desinteresados, pues cuando volvió á Inglaterra conoció, mejor que nunca, la tarifa de las conciencias. Para él todo hombre ó mujer eran cosas que se podían comprar; la única diferencia consistía en que unos sabían cotizarse á buen precio y los otros entregaban la mercancía muy barata. Desde entonces, desprecia la adulación, porque las palabras no significan nada, y á la humanidad, que no tiene valor más que cuando se tiene necesidad de ella. Todas esas pomposas palabras de las que los demás se precian tanto, no se ponen jamás en su boca; ha perdido completamente la fé en ellas. No tenía más que un culto, el amor de sí mismo, pero su egoísmo era humano. Le molestaba ver los sufrimientos, oír los gritos de dolor y hasta pensar que otros sufrían. Esas gentes á quienes desprecia cuando le rodean, están obligadas á poner el rostro satisfecho y contento. De ahí la innumerable cifra de parásitos que vivían á expensas de los demás. A estos les estaba permitido todo lo que no excediera de límites muy amplios. Carlos II sabía muy bien que era el juguete de sus cortesanos, de sus favoritas y hasta de las doncellas de honor que se burlaban entre sí del viejo Rowley (1). Los momentos de alegría que podían

(1) Llamaban de esta manera á un viejo macho cabrío criado en los

proporcionarle, el cuarto de hora de voluptuosidad, no le hacían ignorar que no podía esperar nada de ellos ni de ellas. Así, pues, simulaba la dignidad con una elegancia sonriente y la sensibilidad con una prodigalidad increíble. Títulos, colocaciones, dominios, secretos de Estado, gracias y perdones, todo estaba á la disposición de quien se lo pedía á la hora propicia. Tenía gustos dispendiosos, porque despreciaba el dinero tanto como á los hombres, y porque gustaba del arte y de lo bello por educación y el bienestar por naturaleza. Si las circunstancias le habían puesto en trances difíciles, era capaz de los más grandes y nobles esfuerzos. No ocupándose más que de sus placeres arruinó á Inglaterra, como Luis XV, al que se parecía mucho, arruinó después á Francia.

M<sup>ma</sup> Castlemaine tardó varios años, (porque era una cabeza destornillada), en descifrar el alma de su amante y cuando llegó á comprenderle, se dió cuenta de que ya no era amada y de que el monarca continuaba á su lado sólo por costumbre y por sus hijos bastardos. Al principio, las rivales la habían hecho sombra. A últimos del 1668, no podía ver que Moll Davis *encendiese* á Carlos II, sin ponerse encarnada como una cereza, sin duda más por lo público del insulto que por verdaderos celos de amor. Pero tuvo que sufrir no poco á este respecto. La duquesa de Richmond, en otro tiempo su amiga, cómplice y *encendedora*, la ha suplantado, y conoce que otras mujeres, tan instruidas como ella en la ciencia de la voluptuosidad, pueden, de un día á otro, hacer su aparición é interponerse en la vida del rey, pudiendo llegarle á ser tan imprescindibles como ella. Durante diez años, se aferra con todas sus fuerzas como la Pompadour al envejecer, pero termina por ceder su papel de querida efectiva para convertirse en la intermediaria de los licenciosos placeres del rey. En

jardines de Whitehall. Esta era el apodo que habían puesto á Carlos II. El rey lo sabía pero no se enfadó por ello. Una noche que pasaba cerca de las habitaciones de las doncellas de honor oyó cantar una coplilla en donde salía á relucir el viejo Rowley. Llamó á la puerta. « ¿Quién está ahí? » preguntó una de las cantantes. « El viejo Rowley », respondió riendo el monarca.

otro tiempo arreglaba ó desarreglaba los ministerios en su lecho, pero ya en su decadencia, debe al influjo de las otras el título de duquesa de Cleveland y la obtención para sus dos hijos de los títulos de marqués de Southampton y de conde de Northumberland (1).

También á las otras debelas pensiones, derechos sobre las granjas, derechos sobre el Post-office, la reversión de todos los arrendamientos, la reversión de todos los empleos de la aduana y de la cancellería (2). Los poetas la embriagan con sus lisonjas y Dryden la comparaba á Catón:

« En otro tiempo las virtudes de Catón lucharon contra los Dioses; estos concedieron las preferencias á los vencedores, él se unió á los vencidos, pero vos, habéis hecho lo que no pudo hacer Catón. »  
 ¿ No fué ella quien hizo representar y triunfar una pieza de Dryden? Mas toda Inglaterra la maldice, tanto que no habrá sino otra mujer más maldecida que ella: la querida que va á compartir y á arruinar su imperio.



Madama Hughes.  
 Retrato por Peter Lely (1677).

(1) 3 de Agosto de 1670. — Forneron. *Luisa de Keroualle*, 44.

(2) Jesse. *Memorias*, III, según Marvell.

## La Guerra de las mancebas.

ANTES del reinado de Carlos II, las mujeres no aparecían en el teatro inglés. Los papeles femeninos de los dramas y comedias de Shakespeare eran representados por hombres y ya sabemos que á uno de estos actores le fueron dirigidos los célebres sonetos amorosos (1).

En el reinado de Carlos II, por reacción contra los puritanos, las mujeres aparecieron en escena y no satisfechas con representar los papeles femeninos inauguraron la moda del cambio de papeles. Pepys, gran aficionado al teatro, señala esta innovación y admira á una actriz que aparece en escena vestida de hombre. Tiene las piernas más hermosas que ha visto, y ha quedado enamorado de ellas. Todo ese auditorio de galanes que nos describe la literatura de la época, se encontraba, como él, en la fiesta. Desde entonces, el teatro se convierte en un lugar de citas galantes. Los poetas nos describen la gente á la moda, un Sidney ó un Killigreve en el momento de llegar á la comedia: « Avanza por medio del patio de butacas, se pavonea un instante para hacer admirar su mérito, saca el peine, se arregla la peluca, llama á la naranjera á la que paga sin fijarse en el precio y sacrifica la naranja mejor á la beldad más próxima. Entonces, se sienta gravemente y se duerme, al menos que alguna petulante entretenida no le tenga despierto, pisándole el pie ó dirigiéndole algunas frases licenciosas. Despues, de pronto, para demostrar que tiene ingenio y sabe criticar, se levanta y con rostro trá-

(1) A propósito de los sonetos de Shakespeare, véase nuestra traducción de Oscar Wilde: *El Retrato de Señor W. H.*

gico condena la comedia, aunque no haya oído ó por lo menos comprendido dos palabras de ella. Hecho esto, se aproxima á cualquier joven y pellizcándola la mano la dice con aspecto abominablemente lánguido y en voz baja: « ¡Dios me condene! Señora, si supieseis únicamente, etc... la pasión que experimento por usted y las llamas que vuestros irresistibles encantos, etc... han hecho brotar en mi corazón, seriais complaciente conmigo y me honraríais con vuestra angelical compañía, aceptando la invitación que os hago de venir al próximo café para tomar la bebida de amor. » Pero si advertía que era una mujer honrada y que no podía convencerla, exclamaba en alta voz: « ¡Qué Dios os condene, prostituida puritana! ¿Qué habéis venido á hacer en las butacas? ¡Una plaza de doce peniques en el gallinero y revuelta con los lacayos, es bastante buena para vos (1)! »

A este público de desocupados le eran necesarios las voluptuosidades de la visión y por él se multiplicaba las ocasiones de los cambios de papeles. Algunas veces las mujeres monopolizaron todo el teatro y representaron las comedias sin el concurso de actor alguno. En este caso, se escogía las comedias más libres, aquellas en que abundaban los retruécanos y palabras de doble sentido, que al pasar por su boca tomaban un sabor más picante (2). Entre estas cantantes, actrices y bailarinas, es donde Carlos II encontró numerosas queridas. « Puede creerse, dice Cibber, hablando de las actrices de la época, que no fueron mal escogidas, porque todo el mundo sabe que varias de ellas reunieron bastantes encantos para calmar y endulzar, en sus horas de ocio, las zozobras de un gobierno. »

Leonor Gwynn era de las más célebres en ese género. Tenía un encanto, una *gracia*, á la que el público del Teatro del Rey no sabía resistir y, si estaba detestable en

(1) *The Character of a town Gallant*, citado por Beljame. *El público y los escritores de Inglaterra*, p. 61.

(2) Beljame. *El público y los escritores de Inglaterra*, p. 35.

los papeles trágicos, se revelaba y triunfaba, como gran actriz, en las comedias de costumbres (1). Dryden lo sabía muy bien, y después de haber escrito el *Amor tirano*, y sacrificado el número de personajes necesarios para complacer la afición del público á escenas sangrientas, había escrito para Nell Gwynn un epílogo fantástico, que las circunstancias en que se desarrollaba hacían más picante. Acababan de matar á Gwynn (2) é iban á transportar su cuerpo, cuando se levantaba de pronto y « ¡Alto! esclamaba, ¿estáis locos, malditos perros del diablo? Es á mí á quien corresponde levantarse y terminar el epílogo. » Y avanzando á las baterías : « Amables *gentlemen*, decía al auditorio, vengo á participaros extrañas novedades. Soy el fantasma de la pobre Nelly. Hermosas damas, no os asustéis, seré comedida, sigo siendo lo que fui, un diablillo encantador muy inofensivo, porque después de la muerte el alma conserva las mismos caracteres que teníamos en vida. Así, pues, como fui actriz, represento papeles en el Infierno en donde soy un diablillo. Galanes, pensad en eso. Decís que no existen los espíritus, pero soy yo quien por la noche viene á bailar sobre vuestras camas y, palabra de honor, os quedáis pasmados cuando os sorprendo á medio dormir. Si he de deciros la verdad, soy un alma errante por que fui muerta en una tragedia, que no tenía nada que ver con mi vocación. ¡Oh, poeta! poeta estúpido ¿cómo pudiste mostrarte tan falto de seso para hacer morir de amor á Nelly? No, ha hecho más, pues me mató por Navidades, cuando no se ven más que tartas y pasteles. Quiero poner en ridículo á ese estúpido bellaco, porque no diré una palabra en favor de su mal hilvanada comedia, tan pasada de moda, una comedia que como la veais dos veces se burlarán de vosotros y hasta os tendrán por devotos, pero adios, *gentlemen*! Daos prisa y venid á buscarme, estoy segura de encontrarme

(1) *Diario de Pepys*, 27 y 28 de Diciembre de 1667.

(2) Representaba el papel de Valeria.



*Nell Gwynn.*

Retrato por Peter Lely, grabado por Thomas Wright.

dentro de poco en vuestra compañía. En cuanto á mi epítasio, quiero hacerlo yo misma sin recurrir al auxilio de ningún poeta : « Aquí reposa Nelly que, aunque haya vivido como una porcachona, murió como una princesa y dándose tono de virtuosa (1). » Una salva de aplausos

(1) *Jesse. Memorias*, III, 375.



acogía sus palabras. ¿Cómo negar aplausos á Nelly?

Leonor Gwynn había nacido el 2 de Febrero de 1650. Se la había conocido, sucesivamente, como vendedora de arenques y de naranjas en el Teatro Real. « Quien la hubiese visto chapoteando en el barro de la calle, con el rostro negro como la tapadera de un puchero, descalza y cubierta de polvo, ¿habría podido imaginar que llegaría á ser la querida de un monarca? decía más tarde Etheredge, pero, hasta en esa época, el encanto de su ingenio y la viveza de carácter subyugaron á un simplón de la ciudad (1). » El reinado de este amante terminó muy pronto. Carlos Hart, resobrino de Shakespeare (2), y John Lacy, célebres actores, se propusieron educar á la hermosa joven y enseñarla la declamación. Las lecciones no eran desinteresadas, naturalmente. Dungan, actor y empresario, la hizo que trabajase en el teatro un poco antes del año 1665. Pepys, que era uno de sus admiradores, habla frecuentemente de ella en su *Diario*. La joven, creó numerosos papeles en las comedias de Dryden que sacaba buen partido de sus extravagancias. Un día, mandó hacer un sombrero como una rueda de carro y lo plantó en la cabeza de Nelly Gwynn para que recitase el prólogo de la *Conquista de Granada*. El sombrero de Nell fué el éxito de la pieza. La sala entera experimentó verdaderas convulsiones de risa y el rey, medio ahogado, lleno de admiración al ver tanta extravagancia, fué á buscar á la comedianta entre bastidores y la invitó á cenar (3). Pepys advierte que durante el mes de Enero de 1668, el rey la mandó llamar varias veces. M<sup>ma</sup> Castlemaine, que en un principio la protegió, viendo que el rey experimentaba por ella algo más que un capricho, la tomó odio.

Este diablillo de Nelly es para Carlos II, que principia á envejecer, un verdadero excitante del amor. La joven

(1) Jesse. *Memorias*, III, 372.

(2) Era hijo de William Hart, hijo de Jane, hermana del poeta.

(3) Beljame. *El Público y los Escritores en Inglaterra*, p. 66.

Nelly afecta con el monarca el tono que más tarde tomará la Dubarry con Luis XV. En cierta ocasión, en un concierto que se celebraba en su casa, Carlos II, el duque de York y algunos íntimos aplaudieron al cantante Boman, muy joven y principiante. El rey además de aplaudir, elogió al novel artista. « Y bien, Sire, dijo Gwynn, que deseaba proteger al camarada, para probar que no son vanos elogios, espero que haréis un buen regalo á los artistas. » Pero el rey no llevaba dinero y el duque de York no tenía más que una guinea ó dos; al ver esto Nelly, muerta de risa, se volvió hacia los restantes concurrentes. « ¡Pescado de Dios! exclamó empleando el juramento favorito del rey, ¡entre qué gente he caído! (1) » Tales travesuras encantaban á Carlos II. « Antes de que el gran Carlos hubiese permitido mentir á los charlatanes y marinos, hace decir á Nelly el poeta Etheredge, no había oído á nadie que jurase como Moll Knight (2) y yo; nunca hubo juramentos menos estimados, ni menos verdaderos, y sin embargo aseguran que el monarca pagaba gente para que jurase. Nosotras jurábamos más que los dragones en un saqueo. Los ¡ por la sangre de! ¡Diablos encendidos! ¡Bombas y rayos! no se caen de nuestra boca (3). »

Lo desgraciado del caso, es que Nelly no estaba libre cuando la conoció el rey. Se hallaba en poder de un amante y de un amante que no estaba dispuesto á marcharse. Lord Buckhurst había derrochado por ella mucho dinero, la había retirado del teatro una vez, asegurándola una pensión de cien libras por año, pero al enterarse de lo mal que de ella hablaba Moll Davis, había vuelto á la escena casi enseguida. En esta época fué cuando la conoció el rey (4). Nell tenía á honor el no ser la querida de varios á un mis-

(1) Jesse. *Memorias*, III, 378.

(2) Moll ó Mary Knight, célebre cantante, fué, según dicen, encargada por Carlos II, del que había sido querida, de negociar la libertad de Nell Gwynn con lord Buckhurst.

(3) Jesse. *Memorias*, III, 381.

(4) *Diario de Pepys*, 13 de Julio y 26 de Agosto de 1667.

mo tiempo. En una disputa que había tenido con su compañera, Beck Marshall, había dicho: « Aunque no soy, como usted, la hija de un ministro protestante, pues me he criado en un burdel en donde servía los licores á los parroquianos, no tengo más que un amante y no tres y cuatro como usted (1) ». Ahora bien, en este momento tenía, á la vez, á Buckhurst, que era su Carlos I, Hart, su maestro, que no se dejaba derribar y era su Carlos II, y por último, el rey, que á pesar de ser Carlos II no era más que su Carlos III (2). El rey no podía aceptar esta situación de tercer amante y he aquí, que un incidente hizo rebosar el vaso. Carlos II había pedido á Rochester que le llevase los versos que había hecho contra las diversas personas de su Corte. En un momento de aturdimiento y un poco ébrio, Rochester cogió un papel por otro y envió á Carlos II una sátira que había hecho contra él. El rey se indignó, y con razón, al verse pintado como un sátiro. Irritase más todavía al leer la burla que en los versos se hacía acerca de su falta de vigor físico. Los cínicos versos de Rochester describían á Nell Gwynn haciendo esfuerzos inútiles para devolver al monarca una elocuencia perdida desde lejana fecha. Era preciso alejar á Hart y al amante que pagaba. Se hace lo que se quiere de los cómicos, aun cuando sean resobrinos de poetas, pero Carlos Sackville, lord Buckhurst, el amante poderoso y rico, era uno de los hombres más gallardos de su tiempo. Era un valiente que se había distinguido por sus servicios y un poeta que la víspera del combate naval del 3 de Junio de 1665, embarcado á bordo de la flota inglesa, enviaba « en nombre de los hombres que están aquí », estos versos á las « damas que quedan por allá ». « Con objeto de no aburrirnos jugabamos á los dados ó al tresillo ¿pero qué conseguiremos con nuestra mutua ruina? Hemos sido vencidos cuando nos separamos de vosotras con un ¡fa! ¡la! ¡la! ¡la! pero

(1) *Diario de Pepys*, 26 de Octubre de 1667.

(2) *Forneron. Luisa de Keroualle*, p. 20.

he aquí que aumentan nuestros temores y que se alejan todas las esperanzas mientras que ustedes, indiferentes á nuestro dolor, asisten tranquilamente al teatro, y hasta puede que permitáis á un hombre más afortunado que os bese la mano y que juegue con vuestro abanico, canturreando ¡fa! ¡la! ¡la! ¡la! ¡la! ¡la! ¡la! ¡la! » Sackville era poeta, pero si se conformaba con dejar la plaza al rey no estaba dispuesto á hacerlo sin compensaciones. Declaró francamente, y como hombre práctico, que no se separaría de Nelly mientras que no le pagasen lo que había derrochado por ella. Carlos II no pudo librarse de Buckhurst más que nombrándole embajador. He aquí como Nelly influyó en la política europea. En cierta ocasión quiso intervenir también en la política interior. ¿Pues no copió las palabras de Kiligrew? « Dime, Nelly, la preguntó en broma Carlos II, que es preciso que haga para que mis súbditos se apacigüen. Gritan contra mí como si estuviesen rabiosos. — Vuestra Majestad, respondió ella, no tiene más que una solución. Que despida á todas las damas que le rodean y que no se ocupe más que de sus asuntos de Estado. » No era este el



Wycherley.

Retrato de Peter Lely (1668),  
grabado por F. Smith en 1703.  
(Biblioteca Nacional. París.)

medio de apaciguar á M<sup>ma</sup> Castlemaine. Estas palabras agradaron al pueblo inglés y aumentaron las simpatías de que gozaba Nell. ¿Quién podría odiar á esta rubia y regordeta muchacha siendo como era la más inofensiva de las queridas del rey? Si la insultaban, su bondadosa sangre fría desarmaba el ultraje. Un brutal transeunte la había llamado prostituta. Al oír esto, uno de sus lacayos, que la adoraba, comenzó á golpear al insultador. La actriz avanzó su rostro por la ventanilla del coche y dijo: «Déjale, Tom, ese pobre diablo ha dicho la verdad (1).»

Entre los poetas era tan popular como lo había sido M<sup>ma</sup> Castlemaine en los tiempos en que disfrutaba de gran favor. ¿No era la protectora de todos los talentos desgraciados? Con su generosidad para los escritores, demuestra que no se había olvidado de las bondades de Dryden. Ottway, el autor de *Venecia salvada*, Butter, el cantor de *Hudibras*, Lee y otros muchos, fueron protegidos por ella. Duffet la dedicó su *Bandido español*. Fué el primero que tuvo el atrevimiento de decir públicamente que había en ella virtudes que, después de su belleza, eran el mayor milagro del siglo. Una autora, escribía, entre otros cumplidos, en su dedicatoria:

«Una criatura tan excelente, tan perfecta como vos, no se diferencia de las divinidades más que en esto...» Y en otra parte: «Cuando habláis, los hombres se agolpan para mejor oídos, con un respeto religioso, como para los santos oráculos ó las divinas profecías.» Nell, no obstante, no era más que una entretenida, pero, como decían los mismos autores, «no se muestra nunca sino para que renazca la alegría en los ojos de cuantos tienen la fortuna de verla (2).» Era el encanto, de todo el universo excepto de M<sup>ma</sup> Castlemaine y más tarde, de la duquesa de Portsmouth. Sus simpatías llegaron á emocionar hasta á Patricio O'Bryan, el Luis Candelas de la época, que la sonrió gra-

(1) Beljamo. *El Público y los Escritores de Inglaterra*, p. 35.

(2) Jemeson. *Memorias*, 153.

ciosamente cuando detuvo su coche en el camino de Winchester. «Señora, la dijo este *caballero de la niebla*, descubriéndose galantemente, soy, se lo aseguro por mi salvación, un hombre muy noble y próximo pariente del duque de Ormond, pero teniendo necesidad en este momento de algún dinero y sabiendo que sois una mujer caritativa, espero que me daréis alguna cosa sin que tenga necesidad de coger lo que lleváis sobre vos.» Nell, muerta de risa, le dió diez guineas y el bandido se alejó al galope sin reclamar nada más.

Era caritativa con los pobres, recordando que también lo había sido ella y por su instigación construyó Carlos II el hospital de Chelsea para que sirviera de asilo á los soldados inválidos, y tuvo empeño en que se pagara del dinero que la había regalado Carlos II, el precio del terreno en el que se debía erigir el edificio. Carlos II había terminado, en efecto, por sostenerla, con gran lujo. Al principio de sus relaciones, había pedido 500 libras por año, lo que la parecía una fortuna magnífica. El rey se había negado á otorgarsela, pero cuatro años después había recibido más de 60 000 libras. En Mayo de 1670, dió á luz un niño, Clemente Beauclerk. El rey, que había reconocido y ennoblecido á los otros hijos que tuvo de sus queridas, no pensó en este para nada, pero ella supo hacer que se fijase en el niño. Un día en que el rey estaba en casa de la comedianta, el chiquitín, que tenía unos seis años, jugaba y hacía mucho ruido. «Estate quieto, bastardo, exclamó la madre.» El niño, confuso, y mohino, fué á ocultarse en un rincón. «¿Por qué maltratáis de esa manera al niño? — Me causa mucha pena llamarle de esa forma pero no le puedo dar otro nombre.» Pocos días después recibió el niño los títulos de barón de Heddington y de conde de Burford.

Olvidada M<sup>ma</sup> Castlemaine á causa de Nell Gwynn y de otras muchas, no ocultó por más tiempo su desvergüenza y verdaderamente mereció los insultos de Rochester: «Estais poseida de tan espantosa lujuria, que no se os

puede comparar á nadie; la emperatriz Mesalina quedóse, al menos, saciada, pero vos no llegareis jamás á saciar á esa bestia. Como una perra en celo, que agita continuamente su cola así pedís nuevos hombres.» No sentía la Castlémaine el menor escrupúlo en confesar los amantes que tenía; entre éstos se encontraban Goodman, el actor que algunos años después quedó inútil para el amor. Estaba el actor tan insolentemente orgulloso de su conquista que una noche, en que la reina estaba en el teatro y se había dado la orden, como de costumbre, de levantar inmediatamente el telón, él exclamó. «¿Ha venido mi duquesa? Y, como le respondiesen que no había llegado aún, prohibió en medio de grandes votos y por vidas que levantasen el telón antes de que llegase». El reinado de Goodman fué de poca duración. Wycherley, simple estudiante de derecho, le sucedió. Era un joven de hermosa presencia al que la duquesa vió un día en el Ring. Iba la duquesa de Cleveland en carroza, cuando al advertirle sacó la cabeza por la ventanilla y gritó con voz muy clara: «Caballero... sois un granuja... Caballero... sois un extravagante... Caballero, sois un hijo de p....». Estas palabras pedían una indemnización; así, pues, Wycherley se convirtió en su amante y la dedicó su primera comedia, el *Amor en el Bosque*, en la que introducía una alusión á la galante manera con que la había conocido. Carlos II hizo que le presentasen al poeta y le confió la educación del duque de Richmond. Buckingham, otro de los amantes de la duquesa de Cleveland, la dió un cargo en su regimiento (1).

Wycherley fué uno de los que frecuentaron más, en Inglaterra, á Saint-Evremond. Caído en desgracia después de Fouquet (2), pasó á Holanda y de ahí á Inglaterra en donde Carlos II le agregó á su Corte con una pensión.

(1) Beljame. *El Público y los Escritores de Inglaterra*, p. 75.

(2) Saint-Evremond se había burlado del rey á propósito del tratado de los Pirineos, en una carta dirigida al marqués de Créquy. Se encontró esta carta entre los papeles de Fouquet y el rey no se lo perdonó jamás.

Desde entonces no volvió á salir de Londres. Era un medio en el que se encontraba muy bien; el fué uno de los que más contribuyeron á la derrota de Luisa de Keroualle.

La señorita Penencoët de Keroualle, hija de un noble bretón, estaba al servicio de Enriqueta-Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans, desde el año 1668. En Enero de 1669, en un baile ofrecido por el duque y la duquesa de Orleans á Marosini, embajador de Venecia, bailó de una forma que produjo la admiración de Robinet, el cronista que había heredado el cargo y el estilo poético de Loret:

... A ce cercle je vis  
Et mes yeux en furent ravis,  
Votre fille d'honneur nouvelle,  
Egalement mignonne et belle,  
Et qui, par-dessus ses appas,  
Sait figurer de galants pas,  
Ce qui veut dire qu'elle danse  
Et sait à ravir la cadence  
A quoi j'ajoute que vraiment,  
Elle est fille d'entendement  
D'avoir su si beau poste prendre,  
Et c'est ma foi des mieux entendre (1).

Al año siguiente, la duquesa de Orleans, que fué á negociar con Carlos II el tratado secreto de Douvres contra las Provincias-Unidas, la llevó consigo á Inglaterra. En el momento en que la duquesa de Orleans iba á embarcarse, Carlos II la obligó á aceptar un regalo, además del presente de 6000 pistolas que la había hecho para ayudarla á pagar los gastos del viaje, pero la pidió en cambio, como recuerdo, una de sus joyas. Madama ordenó entonces á la

(1) Acerca de Luisa Keroualle, duquesa de Portsmouth, además del libro de Forneron, debe leerse en *La Revista de Ambos-Mundos* los artículos publicados por Juan Lemoine y Andrés Lichtemberger. «En este círculo vi, y mis ojos quedaron fascinados, á vuestra nueva dama de honor, tan graciosa como bella, y que, además de sus encantos, sabe hacer galantes figuras, es decir, que baila y conoce á maravilla la cadencia. Es joven inteligente, y lo prueba con haber sabido conquistar tan buen puesto, y esto es lo mejor que puede decirse de ella.»

señorita de Keroualle que la llevase su cofrecito, pero Carlos II, cogiendo á la señorita Keroualle por la mano declaró á su hermana que lo que deseaba era á la encantadora Luisa. Madama se negó á ello rotundamente, pues se consideraba comprometida, como si hubiese dado su palabra de honor, á volver á traer á Francia una joven que la había sido confiada por sus padres. Cediendo á los ruegos de Carlos prometió que no se opondría á que volviese á Inglaterra, si su hermano le aseguraba que la otorgaría un puesto equivalente al lado de la reina Catalina (1).

Luisa se había marchado muy vacilante. Saint-Evremond fué el encargado de darla una porción de consejos epicúreos y de predicarla el arte de poner de acuerdo el amor con la discreción. « La discreción, decía, en el *Problema á imitación de los españoles*, consiste en no amar sino á una persona á la vez, eso es darse, pero si se tiene varios amantes, es abandonarse. De esta especie de bien como de otros, el uso es honesto, la disipación vergonzosa... Es muy triste pasar la vida sin amor... Dejaos llevar por las dulzuras de la tentación en lugar de escuchar vuestra altivez. ¿Qué papel haríais en un convento si no tenéis vocación religiosa?... Desventurada vida cuando se está obligado á llorar, por costumbre, el pecado que no se ha cometido, en la época que se tiene el deseo de cometerlo. He aquí el miserable estado de las candorosas jóvenes que llevan su inocencia al convento. Son desgraciadas por no tener de qué arrepentirse (2). »

La lección dió sus frutos. En cuanto desembarcó en Francia, la hermana del rey murió á consecuencia de una enfermedad repentina, acerca de cuya naturaleza la Historia discute todavía. Algunos meses después, su doncella de honor esperaba en Dieppe que quisieran embarcarla para Inglaterra en donde deseaba ir para « tener de qué arre-

(1) Conde de Baillon. *Enriqueta-Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans*, p. 403.

(2) Du Bled. *Los Libertinos y Saint-Evremond*, 192.

pentirse». Buckingham, que se había ofrecido á conducirla hasta Whitehall, no se acordaba ya de ella y se embarcó en Calais. Fué Montague embajador de Carlos II en París, quien, cuenta Burnet, « habiendo oido decir á lo que estaba destinada la joven y que se aburría esperando, hizo venir un yacht expresamente para ella, enviándola criados y suministrándola dinero, y la hizo conducir á Londres, en donde la recibió milord Arlington (1) ». En Diciembre de 1670, asistió, disfrazada, á la fiesta dada al rey por las gentes de la curia y á donde fué conducida por el príncipe de Orange. « El rey de Inglaterra, escribía Colbert á Croissy á M. Lionne, pone cuidado en que esta belleza esté siempre en la alcoba de la reina más que en cualquier otra parte, pero no ha ido todavía á verla á sus habitaciones, como se ha dicho (2). » El asedio á la señorita Keroualle duró, en efecto, cerca de un año.

En el mes de Octubre de 1671, Colbert de Croissy decía que estaba muy bien instalada en Whitehall, en donde recibía todos los días, á las ocho ó nueve de la mañana, una visita del rey de una ó dos horas. « El monarca se quedaba mucho más tiempo durante la tarde, agrega el embajador. La joven no carece de nada. Todos los ministros buscan también mucho la amistad de esta señorita y milord Arlington me ha dicho últimamente que estaba muy contento de ver que Su Majestad se enamoraba de ella y que aun cuando Su Majestad no communique nada de sus asuntos á las damas, sin embargo, como las mujeres pueden perjudicar algunas veces á los que odian y arruinar de este modo una porción de asuntos, sería muchísimo mejor para todos los buenos servidores del rey que se fijase en ella, pues no era mal intencionada y era una señorita y no como las comediantas y otras muchas de las cuales ningún hombre honrado podía sacar partido. El rey no salía de las habitaciones de ella y todo el mundo podía

(1) Burnet. *Historia de Inglaterra*, I, 680.

(2) Archivos del Ministerio de Estado : Inglaterra, t. XVI.

verle entrar, salir y hacerla la corte por cuya razón era necesario que aconsejasen á esta joven tan favorecida por el rey, que no encontrase Carlos II sino distracción y alegría en aquella casa. Hasta agrega que si M<sup>ma</sup> Arlington le creyera debería aconsejar á esta señorita que consintiese en todo cuanto el rey pidiese y pues no podía escoger más que entre ser la querida del rey ó marcharse á Francia para entrar en un convento, debía inclinarla á que aceptase el primer partido. La dije bromeando, que no la creía ni bastante ingrata con el rey ni bastante tonta para preferir la reclusión al honor de sus buenas gracias, que aun cuando estaba persuadido que no eran necesarios mis consejos se los daba como muestra de la aprobación que él y yo concedíamos á cuanto hubiese hecho, é informarla de las obligaciones que tiene con Milord. Creo poderos asegurar que si ella hace bastante progresos en la amistad del rey para poder ser útil de alguna manera al servicio de Vuestra Majestad, cumplirá con su deber »

Ministros y embajadores vieron muy pronto colmados sus deseos. Hacia últimos de Octubre, Luisa Keroualle fué instalada en el castillo de Euston, propiedad de la condesa de Arlington que había invitado al embajador de Francia, á la condesa de Sunderland y á varios personajes de la Corte. El rey venía todos los días de Newmarkett. Ocurrióseles una noche el disfrazar á la doncella de honor con traje de novia, fingieron un casamiento con el rey y se divertieron acostándola y quitándola las medias con el ceremonial más alegre que púdico de los buenos tiempos pasados. Fué, pues, en Euston en donde Luisa se entregó por primera vez á Carlos II. La joven insistió mucho en proclamar que no se vendía. « No soy una p...., decía, en un inglés de negrita, si creyese que era una p...., yo misma me cortaría el cuello. » (1) Carlos II quedó encantado. Luisa no pensaba más que en la manera de agradarle. Después de Juana Roberts, querida muy fugitiva y muy

(1) Forneron. *Luisa de Keroualle*, p. 52.

pronto perdida de vista (1), no había vuelto á encontrar tanta juventud, y esa ternura y candidez que tan fácilmente conquistan el corazón de los hombres gastados. Los días siguientes, Luisa no se ocupó mucho del tocado mientras que todos no pensaban sino en agradarla y divertirla. Su talle flexible y bien formado, la blancura de su tez, sus labios dibujados finamente y un poco sensuales, la hacían la igual de las duquesas de Richmond y de Cleveland. Su éxito fué completo.

« Se ha alegrado mucho la señorita de Keroualle, escribía en el 7 de Noviembre de 1671 Colbert de Croissy á Louvois, cuando la he dicho que Su Majestad tendría una viva satisfacción en ver que continuase en tan buena armonía con Carlos II. »

Luis XIV envió á M<sup>ma</sup> Arlington un collar de perlas de 60000 libras como pago de los servicios que había prestado á la unión de las dos monarquías. El acuerdo parecía establecido. ¿No

(1) Juana Roberts, hija de un « clergyman », había amado sinceramente al rey. Según Burnet, murió en la penitencia y escribió á Carlos II diciéndole que estaba muy atormentada pensando en su vida culpable. (Jesse. *Memorias*, III, 290.)



*Luisa de Keroualle.*

Retrato por Peter Lely, grabado por J. Lloyd.  
(Biblioteca Nacion. Paris.)

era la señorita de Keroualle el mejor de los agentes, el negociador perpétuo con el que podía contar la política francesa? ¿No se había entregado á Carlos II después de hacerse autorizar por la Corte de Francia? A últimos de 1672 encargó á Colbert que pidiese al rey el permiso de poderse naturalizar inglesa « con objeto de poder aprovechar los regalos que el rey tenía la bondad de hacerla ». Colbert no se acordó durante un mes de presentar su solicitud. El 13 de Enero de 1673, Pomponne le envió el permiso que solicitaba y el 25 de Julio la cancillería inglesa registró los nuevos títulos de la señorita Keroualle, que había sido nombrada duquesa de Portsmouth, baronesa de Petersfield y condesa de Farnham. En 1675, Luis XIV la ofreció unos pendientes que tenían diamantes de 18 000 libras. « Me ha suplicado, le escribía Ruvigny, que asegure á Vuestra Magestad que hará y dirá todo cuanto sea necesario para vuestro servicio. » Muy pronto, respondiendo á los beneficios recibidos de Luis XIV, la duquesa de Portsmouth le envió su retrato y dos relojes. Manifestaba, en toda ocasión, tanto ardor por la causa de Luis XIV, que Carlos II, oyéndola quejarse de que las cartas que recibía de Versalles no tuviesen un tono galante y familiar y terminasen por la fórmula que « Dios os tenga en su santa guarda », la decía por broma. « Veo bien, señora, que os agradaría más recibir cartas de otro estilo. »

Por lo demás, reinaba perfecta armonía entre el rey y su amada. En la primavera del año 1674, Carlos II ya le había sido alguna vez infiel. El duque de Monmouth no había perdido esta ocasión para invitar al rey á beber á la salud de un cornudo, fórmula que había adoptado cada vez que Carlos II tenía nueva querida. Esta calaverada no dejó de producir sus consecuencias. « Mientras nuestro rey conquista provincias, escribía Ruvigny á Pomponne, el de Inglaterra ha cogido una enfermedad que ha contagiado á la duquesa de Portsmouth. El rey está ya casado, pero la dama, según parece, tardará bastante en estar curada; pero ha sido compensada de este desagra-

dable regalito por otro de mejor empleo. Ha recibido un collar de perlas de 4 000 jacobus, un diamante de 6 000 del que está tan contenta que no duda que á ese precio desee otra enfermedad por el estilo (1). » En Francia no aciertan á creer la rápida fortuna de la bretoncita. « En cuanto á Inglaterra, escribía M<sup>ma</sup> de Sévigné el 11 de Septiembre de 1675, Keroualle no ha sido engañada en nada. Tenía deseos de ser la querida del rey, y lo es. El monarca se acuesta casi todas las noches con ella, á la vista de toda la Corte. La joven tiene un hijo que acaba de ser reconocido y á quien han dado dos ducados. Reune tesoros y se hace respetar de quien puede, pero no había previsto que podría encontrarse en su camino con una joven comedianta que hechizase al rey y no tiene poder suficiente para hacer que el monarca la abandone, así, pues, Carlos II distribuye sus cuidados, su tiempo y su salud entre las dos. La comedianta es tan orgullosa como la duquesa de Portsmouth, á la que desdeña y logra en el reparto de la persona del rey, una mayor parte, alabandose de sus preferencias. Es joven, loca, atrevida, desvergonzada y graciosa. Canta, baila y hace su oficio de buena fe. He aquí su manera de razonar : « Esta duquesa, dice, se hace la señora, y dice que todos los nobles franceses están emparentados con ella. En cuanto muere algún gran personaje, se pone de luto. Y bien, ¿ si es tan noble por qué se ha hecho p...? Se debería morir de vergüenza. En cuanto á mí, es mi oficio; no pretendo pasar por otra cosa. Me sostiene el rey, y no pertenezco más que á él en estos momentos. Me ha hecho un hijo y pretendo que debe reconocerle y estoy segura de que le reconocerá porque me ama tanto como á su Portsmouth. » Esta joven triunfa, desconcierta y molesta singularmente á la duquesa. Nell toma en serio sus relaciones con Carlos II. El duque de Buckingham que había entrado en las habitaciones secretas del rey, con pretexto de esperar á que volviese para

(1) Forneron. *Luisa de Keroualle*, p. 82.

comunicarle asuntos muy importantes, se encontró con la comedianta á la que estrechó fuertemente. Nell se quejó de ello y á poco Buckingham es echado de la Corte (1).

La duquesa de Portsmouth tenía otros adversarios en estos momentos. El duque de York, al saber que los jesuitas habían obligado á Luis XIV á que echase á M<sup>ma</sup> de Montespan, no había encontrado nada mejor que ir, lleno de alegría, á contar el suceso al rey y á su querida. La condesa quedó completamente desconcertada (2). Entre los marinos corria el rumor de que á consecuencia de la duquesa de Portsmouth, á quien llamaban Carwell, Inglaterra estaba entregada á merced de Francia. Por su culpa había vendido el rey á Tanger. El rey de Francia iba á comprar las otras colonias. Así escribieron bajo un retrato del rey á caballo, que Carlos II era peor que su padre y habiendo disgustado á todos sus amigos se vería obligado á refugiarse en Francia con la « Carwell ». Esta había hecho enviar á Francia, en los diecinueve últimos días, dice un affidavit del 6 de Diciembre de 1675, diez y siete mil libras (3). Publicase una sátira muy graciosa. *La divertida batalla entre dos perros falderos del pais de Utopia*. Los dos chuchos Tutty y Boca Chica, perteneciente el primero á Nell Gwynn y el segundo á la duquesa de Portsmouth, entablaban una discusión muy graciosa y reñida acerca de los méritos de sus respectivas dueñas. La querrela iba á terminar en batalla cuando las damas rivales aparecieron de pronto. « Os ruego, señora, decía la duquesa de Portsmouth, que dejéis el campo libre á mi perro; vuestras faldas le impiden que se pueda acercar á su adversario. La lealtad es la lealtad. — Señora, creía saber tanto como usted acerca de la manera de hacer pelearse los perros, respondía Nell, mas puesto que tenéis la pretensión de enseñarme cómo se hace en Francia, os

(1) Forneron. *Luisa de Keroualle*, 61.

(2) Burnet. *Historia de Inglaterra*, II, 86.

(3) *Calender State Papers, domestic: Carlos II*, XXI.



*Luisa de Keroualle, duquesa de Portsmouth.*

Retrato por Peter Lely, grabado por C.-E. Wagstaff.



ruego, señora, que os separéis un poco si estimáis en algo vuestras pantorrillas, porque mi perrito es muy tunante y olfatea á una joven papista á tiro de arcabuz. Ya os le he advertido, Señora, os encontráis en un terreno peligroso... ¡Vamos! ¡anda con él! ¡anda con él! ¡Oh bravo Tutty! ¡Bien! valiente Boca Chica! ¡Una guinea por Tutty! ¡Dos contra una por Tutty! ¡Bien trabajado! dice el hermano del rey! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡He perdido cerca de diez mil libras! Tutty... dirtase que has vencido á Boca Chica. Tutty, vuelve victorioso á casa. Adios (1). » La francesa se ha hecho tan impopular, y aborrecible que todos siguen el partido de Nell Gwynn. Un platero expuso un servicio de mesa de precio muy elevado, que había hecho por orden del rey para la duquesa de Portsmouth. La gente se agolpaba, por curiosidad, delante del escaparate del joyero y prorrumpía en maldiciones contra la duquesa: « ¡Ah! si pudiesemos fundir esta plata para echarsela en la garganta, » decían unos, y otros respondían: « ¡Qué lástima! se lo podía haber regalado á Nell (2). » En cierta ocasión, en Oxford, Nell Gwynn se paseaba en carroza. Insultaronla y gritaron contra ella, tomándola por su rival. Segura de su imperio, sacó la cabeza por fuera de la ventanilla del coche y dijo con calma: « Os ruego, buenas gentes, que os calméis. Soy la p... protestante. »

En Enero de 1676 llegó á Londres, la hermosa, la maravillosa Hortensia Mancini, duquesa de Mazarino. Estaba casada por el cardenal con el duque de la Meilleraie, especie de loco que pintarrajeaba los cuadros del Ticiano y de Correggio, so pretexto de que se apartaban de las estrictas reglas de la decencia y rompía las estatuas de las galerías del cardenal (3); el mismo que declaraba al rey que el angel Gabriel le había dicho que le sucedería una desgracia á su rey si no rompía sus relaciones con la

(1) Jesse. *Memorias*, III, 383.

(2) *Gentlemen's Magazine*, 1752, t. XXII, p. 189.

(3) *Cartas del conde Bussy-Rabutin*, t. II, p. 42.

señorita de La Vallière (1). La duquesa de Mazarino no había podido ponerse de acuerdo con un marido tan extravagante. Primeramente, se retiró al convento de las hijas de Santa-María de la Bastilla en donde ya se encontraba la marquesa de Courcelles de la que estaba muy enamorado Louvois.

Mazarin et Courcelles  
Sont dedans un couvent,  
Mais elles sont trop belles  
Pour y rester longtemps (2).

Se propusieron entre las dos volver locas á la religiosas molestándolas cuanto pudieran. Se las envió á la abadía de Chelles y allí sostuvieron un sitio contra el duque de Mazarino. Los cuñados de Hortensia, el conde de Soissons y el duque de Bouillon, fueron á sacarlas de la abadía, pero como el proceso que seguía su marido contra ella en el Parlamento amenazase acabar mal, huyó á Lorena, después pasó á Italia residiendo mucho tiempo en Venecia, Roma y también en Viena. Obtuvo que el rey la dejase volver á Francia, se hizo enviar, más ó menos voluntariamente á Italia y después de algunas excursiones por la Saboya, Alemania y Holanda llegó por fin á Londres.

El duque de York la dió hospitalidad en su casa y el rey de Inglaterra hizo que la presentasen sus respetos.

« Errante como el sol, y esplendorosa como él, atraviesa el mundo la hermosa Mazarino » canta Waller. Tiene por consejero al señor de Grammont. « Como no la había visto desde su casamiento, escribe Ruvigny á Pomponne, he advertido fácilmente un cambio que no impide sin embargo que sea la más hermosa mujer de Inglaterra... Ha entrado en la Corte como Armida en el campo de Godofredo. Se

(1) *Memorias del abate Choisy*.

(2) *Cancionero de Maurepas*. Mazarino y Courcelles, se encuentran en un convento, pero son demasiado hermosas para que se queden allí.

hablaba de ella en todos lados, los hombres con admiración, las mujeres con envidia é inquietud. Todo el mundo espera un cambio extraordinario y se tiene la convicción de que una dama tan alabada, seguramente tiene que dar origen á escabrosas aventuras (1). »

Se presagia la próxima caída de la duquesa de Portsmouth. Nell, por broma, se pone de luto riguroso. La duquesa de Cleveland á quien Churchill, el futuro Marlborough, saquea desde hace mucho tiempo, ha sido abandonada por él, y cuando consigue atraerlo de nuevo á su alcoba, Carlos II, que le coge en flagrante delito de caza en vedado, se contenta con decirle : « Os perdono, hacéis eso para ganaros el pan (2). » De despecho, la dama se marcha á Francia con sus dos hijos. En esta misma época, la duquesa de Portsmouth se cae del coche á consecuencia de lo cual estuvo alejada del rey por algún tiempo. El camino estaba libre para la duquesa de Mazarino y era tan hermosa que parecía irresistible. « Es una beldad romana, dice Saint-Evremond, el color de sus ojos no tiene nombre, no son azules ni grises ni completamente negros : tienen la dulzura de los azules, la alegría de los grises y sobre todo el fuego de los negros (3). » Carlos II no resistirá á todo esto. Observase en Julio que el rey, aunque continuase otorgando públicamente á la favorita las mayores muestras de amistad y de consideración que pudiese desear, no la veía más que cuando iba muy acompañado. « No obstante, advierte Courtin, es un príncipe que se va derecho al bulto. Sé muy bien que M<sup>ma</sup> de Mazarino le agrada muchísimo y veo que no deja nada en olvido para despistar á M<sup>ma</sup> de Portsmouth acerca de este asunto (4). » Algunos días después, el enviado francés pudo confirmar sus primeras sospechas. « He visto ayer, dice el 6 de Agosto

(1) Forneron. *Luisa de Keroualle*, 101.

(2) Forneron. *Luisa de Keroualle*, 13 y 141.

(3) *Œuvres de Saint-Evremond*, VII, 129.

(4) Forneron. *Luisa de Keroualle*, 115.



*Hortensia de Mancini, duquesa de Mazarino.*

Retrato por Peter Lely, grabado por Walck.

á Louvois, una cosa que me produjo gran pena, de la que puede os hubieséis enternecido por muy prudente y virtuoso que seáis. Fui á casa de M<sup>ma</sup> de Portsmouth y allí, en presencia de sus dos hijas, me abrió su corazón. Las dos niñas estaban junto á la pared y con los ojos bajos. La joven Portsmouth derramaba un torrente de lágrimas, los suspiros y los sollozos interrumpían sus palabras. En fin, jamás espectáculo alguno me ha parecido más triste y enternecedor. Me quedé con ella hasta media noche y procuré animarla y que llegara á comprender que debía disimular su pena si deseaba defender sus intereses. Louvois y Luis XIV no tomaron la cosa en serio. « La escena de la *signora adolorada*, respondió el ministro, le ha hecho mucha gracia á Su Majestad y estoy seguro de que habéis sido el primero que se ha reído de ella (1). »

Courtin, el embajador de Portugal, « que está muerto de amor por M<sup>ma</sup> de Mazarino, M<sup>ma</sup> de Sussex y M<sup>ma</sup> Middleton « que es la más bella mujer del reino » se encuentran continuamente en fiestas. El embajador de Francia da veladas en donde se baila y se juega al tresillo. « Los galanes de las jóvenes se encontrarán seguramente en ellos y las doncellas alabarán mi honradez y dirán que sé vivir. Es preciso ser en Inglaterra hombre de sociedad ó no venir (2). » Todo iría bien para Courtin si el señor de Mónaco no se hubiese enamorado de M<sup>ma</sup> Mazarino. Entonces ¡adios los hermosos proyectos de substituir á Luisa por Hortensia! ¡Adios la tranquilidad de esta residencia en donde se encontraba tan bien! « Nos quedamos todos hasta media noche, escribe á Louvois; la casa es muy agradable y se vive muy bien. Se juega siempre al tresillo. Juego á medias con alguno que tiene las cartas mientras que leo sentado en un sillón, al lado del fuego, en uno de los libros que saco de la biblioteca formada por el abate de Saint-Real. Acabé anteayer la lectura de

(1) Forneron. *Luisa de Keroualle*, 117.

(2) Forneron. *Luisa de Keroualle*, 121.

Appiano Alejandrino, es decir, un grueso volumen y comencé ayer los *Anales* de Tácito traducidos por M. de Ablancourt (1), pero no se pasa todo el tiempo ocupado en lecturas tan severas. Cuando M<sup>ma</sup> de Mazarino y M<sup>ma</sup> de Sussex comen en casa del embajador, después de media noche, se representan las carreras de Newmarket y como los detalles son demasiado licenciosos, Courtin los atenúa en sus despachos y los reemplaza con detalles acerca del calzado inglés, las faldas cortas, las medias de seda, las hebillas de diamantes de las ligas de terciopelo negro que llevan por encima de la rodilla, y un recuerdo le hace que agregue á su descripción este detalle que no tiene que ver en nada con la moda: « á falta de la media de seda, la piel es blanca y satinada (2). »

En otro lugar, vuelve á hablar de sus relaciones con M<sup>ma</sup> Mazarino. « Madama Mazarino, dice, se conduce muy bien conmigo. Me alegro mucho de que esté aquí por lo que se refiere á mi satisfacción particular, pero, como ya he preguntado al señor de Pomponne, veo muy bien que procura guardarse de mí y que no está muy contenta de la poca consideración que han tenido en Francia para los favores que el rey de Inglaterra ha pedido para ella. Si no me engaño debe tener aquí una intriga (3). » Esto no es motivo para que deje de vigilarla. « La comedianta, escribe Courtin á Louvois el 17 de Diciembre de 1676, no impide el trato de M<sup>ma</sup> Portsmouth, pues, en su casa es donde cena el rey, frecuentemente con libertinos que dicen todo lo que piensan. » Algunos días después, Courtin vuelve á ocuparse de la duquesa de Mazarino. « Respecto de M<sup>ma</sup> Mazarino, lo único que sé, dice, es que el rey duerme fuera de palacio con mucha frecuencia y que no vuelve á acostarse hasta las cinco de la mañana. Los cortesanos más avisados no creen que p pase la noche en

(1) Forneron. *Luisa de Keroualle*, 124.

(2) Forneron. *Luisa de Keroualle*, 124.

(3) Forneron. *Luisa de Keroualle*, 142.

casa de la duquesa de Portsmouth. Durante el día finge esto, pero se reserva el pasar la noche con quien le parece. » Courtin trató de persuadir á Louvois de que M<sup>ma</sup> de Mazarino no era la querida de Carlos II sino á causa de su falta de dinero. « Gasta mucho más de los 2000 escudos que recibe de su marido, dice el 21 de Enero de 1677. » Después, entra en detalles acerca de las relaciones de la hermosa duquesa con el rey. « M<sup>ma</sup> de Mazarino, escribe el 4 de Marzo, ha estado desde las tres á las siete, con el rey; existen dos habitaciones que comunican con la alcoba del rey en la que se entra por varias puertas diferentes de la que no tienen las llaves más que él y un criado de confianza. » Esta vida de la Corte da por resultado los mas inesperados encuentros. « Vi anteayer, escribe Courtin el 18 de Enero, una escena bastante graciosa. M<sup>ma</sup> Portsmouth había venido á visitar á M<sup>ma</sup> Mazarino lo que no sucede con frecuencia. Al mismo tiempo la comedianta, á la que llaman miss Nelly, vino á dar las gracias á M<sup>ma</sup> Mazarino por las felicitaciones que la había enviado cuando su hijo había sido nombrado conde de Burford. Todo esto pasa, no obstante, en medio de gran armonía y con bastante finura de una y otra parte. Cuando M<sup>ma</sup> de Portsmouth se marchó, la comedianta, que estaba de buen humor, me rogó, delante de todo el mundo que la hiciese un regalo de parte del rey (de Francia) diciendo que lo merecía, pues servía mejor al rey de Inglaterra que M<sup>ma</sup> de Portsmouth, haciendome comprender que se acostaba más veces con el monarca. Se la hizo que se levantase todas sus faldas, unas después de otras, y jamás he visto nada más limpio y magnífico. No me habría quedado allí con el señor de Pomponne, pero hay que ser prudente con vos (1). » Algunos días después, era otro encuentro; M<sup>ma</sup> Harvey, M<sup>ma</sup> de Portsmouth y la de Mazarino que se detestaban. « Se encerró dos ó tres veces á las damas que se creían disgustadas con objeto de que pudiesen reconciliarse. M<sup>ma</sup> de

(1) Forneron. *Luisa de Keroualle*, 138.

Mazarino y la de Portsmouth salieron cogidas de la mano, saltando y bailando por la escalera (1). »

¿Iba á declararse vencida M<sup>ma</sup> de Portsmouth? Courtin no lo creía así. « M<sup>ma</sup> de Portsmouth, dice, ha vuelto de su veraneo en muy buen estado. Los cortesanos creían que se la esperaba como los frailes al abad pero creo que se engañan. He sabido que hace algún tiempo la dejan en reposo, pero ella continua bien y con una hermosa tez y no creo que se pueda estar siempre á su lado sin sentirse atraído por su belleza (2). » He aquí por otra parte, cómo un capricho de Hortensia modificó la situación y vino á socorrer á Luisa para que volviese á conquistar á Carlos



*Carlos II en 1680.*

Retrato por Peter Lely, grabado por A. Blooteling. (Bibl. Nac. Paris.)

II. La hermosa romana se enamoró del príncipe de Mónaco. En vano Courtin y Saint-Evremond trataron de apartarla de esta pendiente fatal. Carlos II, para quien esta querida de un día no era una costumbre, la retiró la pensión de 4000 libras esterlinas que la ayudaba singu-

(1) Forneron. *Luisa de Keroualle*, 140.

(2) Forneron. *Luisa de Keroualle*, 146.

larmente á pagar las magníficas libreas que tanto preocupaban á Courtin. Ella volverá pasado algún tiempo, á la Corte para disfrutar algún favor, pero no como antes (1). Recobrará su pensión, no á título de querida del rey, sino como restitución de cantidades que el rey de Inglaterra había recibido en otro tiempo de su tío el cardenal. Entonces, en el pabellon de Saint-James que el monarca la dió como residencia, se jugaba de una manera que desola á Saint-Evremond á quien no le gusta ni el juego de naipes, ni el *croupier* Morin. De Hortensia dice:

Hortense joue à la bassette  
Aussi longtemps que veut Morin.  
Vous veillez jusqu'au lendemain.  
Plus d'opéra, plus de musique,  
De morale, de politique.

Beaux yeux, quel est votre destin?  
Pérez-vous, beaux yeux, à regarder Morin? (2)

Pero cuando la duquesa de Mazarino desapareció de Whitehall, casi inmediatamente, la duquesa de Cleveland desapareció también. Carlos II está en vena de justicia distributiva. Ha perdonado á Churchill como perdonó á Hall ó á Goodman, pero no perdona las cartas en que se han burlado de él. « Lo único que os pido, la dice y por vuestro interés, es que viváis desde ahora de manera que hagáis el menor ruido posible; en cuanto á la persona que amáis me tiene sin cuidado (3). » Al otro día dirigió una carta á la duquesa de Cleveland rogándola que se marchase por algún tiempo al otro lado del mar. « Como esto

(1) Hortensia juega á la baceta, tanto como desea Morin, veláis hasta el alba, se acabó la ópera, la música, nada de moral ni de política.... Hermosos ojos. ¿cual es vuestro destino? ¿pereceréis, hermosos ojos, mirando á Morin?

(2) *Œuvres de Saint-Evremond*, IV, 322.

(3) Estas son palabras con las cuales la duquesa de Cleveland recuerda esta conversación á Carlos II en la carta que le escribió, algunos meses despues, desde Paris.

me digusta, la escribía, podéis estar segura que no os dejaré por esas tierras más tiempo del que me sea absolutamente necesario, tanto para vuestro bien como para mi servicio, y deseo que sepáis cuanta pena me causa el escribiros esto, porque me acuerdo mucho del constante afecto que me habéis demostrado (1). » En París, la pobre dama vuelve á su monomanía de cartas intempestivas. « Confieso, dijo á Carlos II en una larga epístola, que he escrito una carta muy estúpida al caballero de Châtillon (2). Todo lo que puedo deciros para disculparme es que cuando se ama no se es dueño de sí mismo; no podéis odiarme porque todas las cosas de este género habían terminado entre nosotros y por tanto no podíais en modo alguno sentirnos lastimado por ello. » Después, la dama quiso culpar al embajador, Ralph Montague, que se había burlado del rey como de « un niño cándido » que desea suplantar á Bob May y jugar las peores pasadas á la duquesa de Portsmouth. Montague la ha hecho todas las picardías que ha podido porque amaba al caballero de Castillon y porque se ha negado á ser su querida. « En cuanto á su conducta conmigo, me apenaria mucho más si hubiese sido por vuestras órdenes, porque aunque no me quejo de lo que pudierais hacerme, no creo que seais vos quien haya llevado las cosas á este extremo. No está en vuestro carácter el hacer crueldades á nadie, sea quien fuere. Espero, pues, que no seré la primera que sufra el peso de vuestra cólera (3). » Verdaderamente, Carlos II había sido engañado por Montague (4) que había abusado, además, de su nombre con los ministros de Luis XIV. Una rápida partida para Inglaterra fué lo que impidió únicamente que el

(1) Amadeo Renée. *Las Sobrinas de Mazarino*, 335.

(2) El caballero de Castillon era un capitán de guardias del duque de Orleans. « No tenía pan, ni sentido común, ni ingenio, dice Saint-Simon, había hecho su fortuna por su figura. »

(3) Jameson. *Memorias*, 96.

(4) Los curiosos encontrarán en la *Historia de Inglaterra* de Burnet, t. II, p. 95, la historia del astrólogo y sus predicciones.

hijo del conde Sandwich fuese llamado por su gobierno. En cuanto á la duquesa de Cleveland, su destierro no tardó en terminarse, y fué llamada á la Corte.

Algunos meses después, Carlos II intervino una vez más en los asuntos de una de sus antiguas queridas. Santiago How, uno de los lechuginos de la Corte, se había declarado amante platónico de la duquesa de Richmond, sin que ésta se dignase ni mirarlo. Para vengarse de sus desprecios afirmó que poseía pruebas escritas de sus preferencias. La duquesa se quejó al rey quien encargó á Monmouth, al conde de Essex, lord Sunderland y al conde de Halifax que estudiasen el asunto. La correspondencia que poseía How se reducía á una carta falsificada. El rey lo expulsó de la Corte (1).

A todo esto, M<sup>ma</sup> de Mazarino vivía aparte, con gran lujo y visitada por la mejor sociedad. Las frases que se cambiaban en sus salones, fueron tomadas del natural, en ciertas comedias, muy poco leídas, de Saint-Evremond. Buena prueba de ello este diálogo de M<sup>ma</sup> Midleton y del señor Villiers entablado á algunos pasos de la mesa en que tallaba Morin :

M<sup>ma</sup> MIDDLETON

Dites-nous qui des deux vous semble la plus belle?  
De Mesdames Grafton ou Litchfield. — Laquelle?

M. VILLIERS

Commencez, dites-nous, Madame Middleton,  
Votre vrai sentiment sur Madame Grafton?

M<sup>ma</sup> MIDDLETON

De deux doigts seulement faites-la moi plus grande,  
Il faut qu'à sa beauté toute beauté se rende.

M. VILLIERS

L'autre n'a pas besoin de cette faveur-là!

(1) Sidney. *Diary*, t. I, 100-122. El incidente es del 2 de Septiembre de 1679.



Batalla naval del 21 Agosto de 1673.  
Grabado holandés anónimo. (Bibl. Nac. Paris. Colecc. Hennin.)

M<sup>me</sup> MIDDLETON

Elle est grande, elle est droite...

M. VILLIERS

Après cela :

M<sup>me</sup> MIDDLETON

Madame Litchfield, un peu plus animée,  
De tous ceux qu'elle voit se verrait fort aimée (1).

Y el diálogo continuaba, un poco lento, por los dos interlocutores, como gentes que hablan en un lenguaje convencional. Pero de pronto, el examen de las cualidades de M<sup>ma</sup> Grafton y de M<sup>ma</sup> Litchfield era interrumpido por un grito de pesar :

(2) Vos beaux discours d'appâts, de grâce, de beauté,  
Nous coûtent notre argent : il ne m'est rien resté!

M<sup>ma</sup> Middleton protesta; no es persona que pueda callarse :

(3) Nous n'avons pas appris à garder le silence  
Comme vous avez fait dans votre couvent de France.  
Monsieur, Monsieur Villiers, allons nous consoler.  
Il est d'autres maisons où l'on pourra parler.

Lo que hace decir á M<sup>ma</sup> Middleton, Saint-Evremond lo piensa en su interior. A nadie le gustaba menos el juego

(1) M<sup>me</sup> MIDDLETON. — Decidnos ¿ cual de las dos os parece más bella? ¿ M<sup>ma</sup> Grafton ó Litchfield? — ¿ Cual?

M. VILLIERS. — Antes díganos usted, señora Middleton, qué opináis de M<sup>ma</sup> Grafton.

M<sup>me</sup> MIDDLETON. — Como fuera dos dedos más alta, todas las bellezas se rendirían á la suya.

M. VILLIERS. — La otra no necesita esa ventaja.

M<sup>me</sup> MIDDLETON. — Es alta, derecha...

M. VILLIERS. — ¿ Qué más?

M<sup>me</sup> MIDDLETON. — Si M<sup>ma</sup> Litchfield fuera más animada, la querrian más cuantos la tratan.

(2) Vuestros hermosos discursos llenos de gracia y belleza, nos cuestan el dinero; ¿ ya no me queda nada!

(3) No hemos aprendido á callarnos, como habéis hecho en vuestros conventos de Francia. Señor, señor Villiers, vamos á consolarnos. Existen otras casas en donde podremos hablar.

que á él; además no era muy afortunado. « Todas las buenas compañías terminan por separarse, escribía al conde de Saint-Albans, así, pues, con más razón, una sociedad desgraciada no puede durar siempre. La nuestra, milord, es la más funesta que he visto jamás. Desde que juego en casa de M<sup>ma</sup> Mazarino, no he tenido ni seis veces la *espada*, el *basto* viene con más frecuencia, pero es un bribón que me obliga á hacer el burro. No robo más que treses y cuatros. No obstante, milord, bendigo al cielo cuando podía esperarse de mí lamentos y protestas. Gracias á Dios doy el buen ejemplo, tales como vos pudierais darlos. Ejemplos son no obstante, que me arruinan y que no arreglan mucho vuestros asuntos. Lo que me hizo decir anoche á la Bellegarde :

(1) Je paie et ne joue plus et fais ce qu'il me plaît.

Consolemonos, milord, estamos mejor que los gananciosos, porque es preferible sufrir las injusticias que cometerlas. M<sup>ma</sup> Mazarino tiene las manos muy á propósito para robar mis fichas y para salir por la peor carta cuando juego sin tener los cuatro estuches. Me dirijo á M. Monaco que me dice seriamente y con aspecto de sinceridad : « De verdad, señor Saint-Evremond, que miraba á otro lado. » Vuestro amigo M. de Saissac rie mucho y no dice nada. M. Courtin declara que es muy grande el vejámen, pero todas las declaraciones del señor Courtin hacen poco efecto en esta morada como harían en la Bolsa si quisiera justificar al señor Layton. En este trance, tomo al cielo por testigo, pero el cielo no posee más crédito que el embajador (2). »

¿ Se puede amar el juego cuando se tiene la misma desgracia en él que en el amor? Saint-Evremond es el eterno pretendiente de la duquesa. Hortensia no es arisca. Es tan distraída y despreocupada que confía á un criadito

(1) Pago y no juego más y hago lo que me da la gana.

(2) Saint-Evremond. *Œuvres*, t. V, 369.

medio simple, la inspección de su tocado. Saint-Evremond, que no se atreve á protestar contra el señor de Monaco, y los demás, se queja de los obstáculos puestos á sus empresas por More, que se ha permitido apodarle: « *Non beve vino* ».

N'allez pas à Clevedon raconter par le menu  
Ma dépense et mon revenu  
Pour me désobliger, vous feriez davantage :  
S'il était en votre pouvoir  
De cacher votre beau visage  
Vous m'empêcheriez de le voir  
Je n'ai rien tenté sur la bouche  
(Trop timide en ce que je veux);  
Mais, si j'ose sentir l'odeur de vos cheveux,  
Ou prendre quelquefois sur l'épaule une mouche,  
Un petit capot vert, More, voleur et gueux,  
Vous dit: « *Non beve vino touche* »  
Et me fait retirer sur le point d'être heureux.  
Ne pensez pas que la Nature  
Ne vous ait faite que pour vous,  
Vous devez bonnement à votre créature  
De vos charmes divins quelque usage assez doux (1).

Tal era la sociedad galante que se reunía en la morada de la duquesa de Mazarino, y tales eran sus pasatiempos. En esta sociedad cosmopolita, reinaban las bellas inglesas cuyo retrato nos ha sido hecho por Marwel: « Celia, cuyo inglés es mas puro y rico que la nieve fundida y tan dulce como los labios de que sale, aprende en estos momentos el francés y el italiano, pero siempre es Celia. Ningun otra encanto más que su natural sonrisa adorna este rostro encantador, su belleza no ha sido italianizada, de igual

(1) « No vayais á contar al detalle á Clevedon mis gastos y mis ingresos. Por disgustarme seriais capaz de hacer más. Si en vuestra mano estuviera cubrir vuestro hermoso rostro, me impediriais que lo viera. Nada he intentado por parte de la boca (demasiado tímido en aquello que quiero) mas si me atrevo á oler vuestros cabellos, ó á quitaros alguna vez una mosca del hombro, un majadero, vestido de verde, More, que es un ladrón y un miserable, os dice: « *non beve vino toca* », y hace que me retire antes de ser dichoso. No creais que la naturaleza os ha hecho solo para vos; debeis á los que aman el dulce uso de vuestros divinos encantos. »

modo que su castidad no ha sido traducida al francés. Sus pensamientos son ingleses, aunque su lenguaje espiritual sepa revestirlos hábilmente en otro idioma (1). » Toda inglesa de alta posición debía aprender el lenguaje del Gran Rey, el que se hablaba en Versalles, objeto de todas las secretas ambiciones de Carlos II y de sus cortesanos.

¿No hacía el rey sus jardines según el plano de Versalles? ¿No amueblaba su palacio de la misma manera que el de Versalles? « Esta mañana, cuenta Evelyn, como seguía á Su Majestad á través de la galería, entré con las contadas personas de su séquito, en el tocador de la duquesa de Portsmouth, que forma parte de su alcoba. La joven estaba vestida de mañana, sus doncellas la peinaban, pues acababa de levantarse de la cama. Su Majestad y los cortesanos estaban de pie y á su lado; pero lo que más me admiró, fué la riqueza y hermosura de la habitación de esta mujer. La alcoba tocador había sido derribada y reconstruida varias veces, para satisfacer sus caprichos de prodigalidad, y de locos derroches. La reina en cambio gastaba casi tan poco como algunas damas de la nobleza en muebles y bienestar (2). En la morada de la favorita fué donde vi los nuevos modelos de tapicería francesa, cuyo dibujo, fineza de ejecución y exactitud incomparable en la reproducción de los cuadros eran superiores á todo lo que había visto hasta entonces. Algunos tapices representaban Versalles, San Germán y otros palacios del rey de Francia, con cacerías, personajes, paisajes, pájaros exóticos, todo esto hecho con tal habilidad que parecían vivos. Además había

(1) Jameson. *Memorias*, p. 34.

(2) En la época en que Evelyn visitó minuciosamente Hampton Court, advirtió, no obstante, « la cama de la reina que tiene unos bordados de plata sobre terciopelo carmesí, que ha costado 8000 libras, regalo que hizo Holanda cuando volvió Su Majestad. Primeramente había sido ofrecido á la hermana de nuestro rey, la princesa de Orange, después se lo compraron para hacer regalo de él al rey. El espejo grande y el servicio de tocador en oro macizo fueron regalados por la reina-madre. La reina trajo consigo de Portugal muebles de la India como jamás se habían visto por aquí. »



gabinets de laca del Japón, biombos, relojes, grandes jarrones de plata cincelada, mesas, estantes, relojes y candelabros para la chimenea, candelabros de pared, braseros de plata maciza, en número infinito y por último, varios de los mejores cuadros de Su Majestad (1). »

El gran pintor á la moda, Peter Lely, hijo de un capitán de caballería de origen westfaliano, vino á Inglaterra el año 1641. Protegido, cuando la Restauración, por la duquesa de York, había hecho la mayoría de estos cuadros, porque era el encargado de pintar los retratos de todas las bellezas de la Corte. « Las ninfas de Lely, ha escrito Horacio Walpole, son demasiado coquetas y magníficas para que se vea en ellas otra cosa que doncellas de honor y sus mujeres llevan siempre bordados y franjas, á través de las floridas praderas y de los murmuradores arroyos. »

Lely encontró, en el pintor Verrio, un rival en cuanto se refería al decorado. El fué quien pintó las escaleras y los techos de Hampton Court. Verrio era muy extravagante. El dinero desaparecía entre sus manos como agua, y hacía, sobre todo para la mesa, gastos tales que se veía frecuentemente obligado á molestar á Carlos II con un descaro que solo autorizaba la bondad del rey.

Una vez, en Hampton Court, y poco tiempo después de haber recibido un avance de 1000 libras, el pintor decorador intentó aproximarse al rey para pedirle un nuevo anticipo, pero el círculo que rodeaba al soberano era tan numeroso que le fué imposible acercarse, entonces gritó: « Sire, os ruego que me dejéis hablar con Vuestra Majestad. — Y bien, Verrio, dijo el rey, ¿qué deseáis? — ¡Dinero! Sire, ¡dinero! Tengo tan poco que me es imposible pagar á mis obreros. Vuestra Majestad y yo, sabemos por experiencia que los mercachifles y los pintores no tienen mucho crédito. » El rey le recordó, sonriendo, el reciente avance de 1000 libras. « Sí, Sire, respondió el pintor, pero se me ha ido todo en pagar; no me queda más oro. — Con

(1) Evelyn. *Memorias*, I, 562.

ese lujo, contestó el rey, gastaréis más de lo que empleo para sostener á mi familia. — ¡Diablo! esclamo Verrio. ¿No tiene Vuestra Majestad, como yo, mesa dispuesta para todo el mundo? (1) » Ante lógica tal Carlos II no tenía más que inclinarse.

Como retratista, Peter Lely tenía otros rivales dignos de él, Huymans y Wissing. Huymans pintó á Frances Jennings mientras que Wissing diseñó los rasgos de la duquesa de Monmouth y de la hermosa condesa de Ossory.

Lady Ossory merece párrafo aparte. Esta joven tenía la gracia de las cosas frágiles. El viejo duque de Ormond, su suegro, la cobró gran afecto y cuando murió, por cierto muy joven y muy rápidamente, escribió á uno de sus amigos: « Tuve grandes dudas acerca de la salud de la joven que traje, como á una extranjera, á esta comarca. Dios ha querido que muera. No soy bastante cortesano, es decir, no estoy bastante acostumbrado á fingir, para colocar esta pérdida en la misma línea que otras sufridas, pero os aseguro que su bondad, deferencia para conmigo y, en una palabra, su conducta, la habían granjeado mi cariño; su pérdida me es muy sensible. » El conde de Ossory sintió mucho la muerte de su joven esposa, pero un año después, estaba consolado y casado con Lady María Somerset (2). La familia de la difunta fué sin duda la que sintió más aquella muerte. Su padre lord Rochester, escribía, el aniversario del fallecimiento de la joven condesa, una meditación en donde recordaba su dolor durante la semana después del fallecimiento y cuando llegó á sus manos la carta en donde le anunciaban la dolorosa nueva. Ninguna voz interior les había advertido, ni á él y ni á la madre, de que aquella criatura tan amada que era una parte de su existencia, yacía insensible, muerta; que aquella vida que había sido su alegría, se había alejado del mundo en donde ellos quedaban: « Dios

(1) Law. *A Short history of Hampton Court*, 287.

(2) *Memoir of Lady Ossory*, 334.

ha querido llevársela, escribía el desgraciado padre, pero pasé una semana ilusionado con la vana esperanza de que recibiría mejores noticias de ella, que el peligro más inminente había pasado, hasta que por fin llegó la fatal noticia, una semana después de su fallecimiento. Esta semana la pasé, cuando ella yacía helada é insensible, entretenido en las diversas ocupaciones de mi vida. Llegué hasta á escribirla, después del día de su muerte, con la esperanza de que cuando recibiera mi carta se encontraría mejor. En la carta, con palabras muy tiernas, la decía que deseaba se aliviase pronto, que seríamos muy felices con su compañía y que pensaba estar destinado á vivir bajo el mismo techo que ella. Ya lo he dicho, había escrito todo eso y ¿para qué?... Mi pobre hija estaba muerta. ¡Oh! ¡qué triste y terrible es la condición humana! » Lord Rochester continua trayendo á la memoria estos tristes recuerdos y agrega: « Durante todo esto, me encontraba con mi mujer en cama, debilitada y extenuada por una larga y persistente enfermedad y ahora, por decirlo así, muerta por este cruel golpe. — Una mujer para quien tenía todas las ternezas imaginables, con la que he vivido feliz mucho tiempo, y de la que tenía motivos para estar encantado, y á la que me ha sido preciso reanimar y sostener el corazón y el ánimo, cuando yo carecía de este, y mi corazón estaba destrozado (1). »

¡Qué contraste entre esta página sacada de un libro que se ocupa en los asuntos familiares y los croquis de los escritores acerca de la vida galante de la Corte! El desacierto debía prolongarse todavía durante diez y ocho años, hasta llegar á la gran sacudida de 1688.

(1) Jameson. *Memorias*, p. 207.

## VI

## Fin del Reinado.



URANTE quince años, dice en algún lugar Saint-Evremond, la cinta de seda que estrechaba el talle de la señorita de Keroualle unió á Francia con Inglaterra.

Merced á ella pudo Luis XIV asegurarse el apoyo de la flota inglesa en sus guerras con Holanda. En Solebay y Southwold Bay, los marinos ingleses ayudaron á nuestros barcos contra Ruyter.

Mientras la duquesa de Cleveland quiso dominar á Carlos II con amenazas, la duquesa de Portsmouth, ya llorando, ya por medio de cien diversas triquiñuelas, consiguió que el rey hiciese su voluntad (1). Ahora, bien, su voluntad era siempre la del gobierno francés. La duquesa de Portsmouth llegó á conseguir algunas veces más de lo que deseaba el gran rey. Carlos II, en cierta ocasión, llamó á Barillon, su embajador, para hacerle saber que se comprometía á no reunir al Parlamento hasta que Luis XIV juzgara « que era necesario hacerlo (2). » El rey, escribía Barillon el 6 de Junio de 1679, me ha comunicado por intermedio de M<sup>ma</sup> Portsmouth, que deseaba hablarme reservadamente, para lo cual debía encontrarme en sus habitaciones cuando todos se hubiesen marchado. Me dijo que Vuestra Majestad puede, si lo desea, hacerle conservar su corona y ligarle de por vida á sus intereses, que no se trata ahora de cumplidos y de palabras, y que es preciso que Vuestra Majestad decida si le conviene que Inglaterra

(1) Sidney. *Diary*, t. II, p. 114.

(2) Carta de Barillon, 31 de Agosto de 1679, citada de Forneron.

ha querido llevársela, escribía el desgraciado padre, pero pasé una semana ilusionado con la vana esperanza de que recibiría mejores noticias de ella, que el peligro más inminente había pasado, hasta que por fin llegó la fatal noticia, una semana después de su fallecimiento. Esta semana la pasé, cuando ella yacía helada é insensible, entretenido en las diversas ocupaciones de mi vida. Llegué hasta á escribirla, después del día de su muerte, con la esperanza de que cuando recibiera mi carta se encontraría mejor. En la carta, con palabras muy tiernas, la decía que deseaba se aliviase pronto, que seríamos muy felices con su compañía y que pensaba estar destinado á vivir bajo el mismo techo que ella. Ya lo he dicho, había escrito todo eso y ¿para qué?... Mi pobre hija estaba muerta. ¡Oh! ¡qué triste y terrible es la condición humana! » Lord Rochester continua trayendo á la memoria estos tristes recuerdos y agrega: « Durante todo esto, me encontraba con mi mujer en cama, debilitada y extenuada por una larga y persistente enfermedad y ahora, por decirlo así, muerta por este cruel golpe. — Una mujer para quien tenía todas las ternezas imaginables, con la que he vivido feliz mucho tiempo, y de la que tenía motivos para estar encantado, y á la que me ha sido preciso reanimar y sostener el corazón y el ánimo, cuando yo carecía de este, y mi corazón estaba destrozado (1). »

¡Qué contraste entre esta página sacada de un libro que se ocupa en los asuntos familiares y los croquis de los escritores acerca de la vida galante de la Corte! El desacierto debía prolongarse todavía durante diez y ocho años, hasta llegar á la gran sacudida de 1688.

(1) Jameson. *Memorias*, p. 207.

## VI

## Fin del Reinado.



URANTE quince años, dice en algún lugar Saint-Evremond, la cinta de seda que estrechaba el talle de la señorita de Keroualle unió á Francia con Inglaterra.

Merced á ella pudo Luis XIV asegurarse el apoyo de la flota inglesa en sus guerras con Holanda. En Solebay y Southwold Bay, los marinos ingleses ayudaron á nuestros barcos contra Ruyter.

Mientras la duquesa de Cleveland quiso dominar á Carlos II con amenazas, la duquesa de Portsmouth, ya llorando, ya por medio de cien diversas triquiñuelas, consiguió que el rey hiciese su voluntad (1). Ahora, bien, su voluntad era siempre la del gobierno francés. La duquesa de Portsmouth llegó á conseguir algunas veces más de lo que deseaba el gran rey. Carlos II, en cierta ocasión, llamó á Barillon, su embajador, para hacerle saber que se comprometía á no reunir al Parlamento hasta que Luis XIV juzgara « que era necesario hacerlo (2). » El rey, escribía Barillon el 6 de Junio de 1679, me ha comunicado por intermedio de M<sup>ma</sup> Portsmouth, que deseaba hablarme reservadamente, para lo cual debía encontrarme en sus habitaciones cuando todos se hubiesen marchado. Me dijo que Vuestra Majestad puede, si lo desea, hacerle conservar su corona y ligarle de por vida á sus intereses, que no se trata ahora de cumplidos y de palabras, y que es preciso que Vuestra Majestad decida si le conviene que Inglaterra

(1) Sidney. *Diary*, t. II, p. 114.

(2) Carta de Barillon, 31 de Agosto de 1679, citada de Forneron.

sea gobernada por una república ó por un rey, que los asuntos han llegado á tal extremidad que si Vuestra Majestad no toma el partido de sostener al rey nada podrá impedir que el Parlamento sea el árbitro de disponer la guerra, la paz ó las alianzas (1). » Los adversarios de la política francesa son más numerosos que nunca y llenos de odio contra la dirección de los asuntos por Luis XIV. « Debéis saber, escribe la condesa de Sunderland á Sidney el 13 de Enero de 1680, que la duquesa de Portsmouth y el rey han tenido una gran disputa cuando habéis hablado, por primera vez, de la hermosa carta de Barillon. Esta abominable bribona quería que el rey tuviese con Barillon una conferencia secreta y le apuntaba lo que debía decir, tan bien que nuestro amigo habría representado el papel de un ruiñeñor (2). » Todos lo que pertenecen al partido protestante, como Nell y Monmouth, se reúnen en casa de milady Orrery en Windsor, y allí conspiran contra la favorita (3). « La duquesa de Portsmouth, escribe á Sidney la condesa de Sunderland el 30 de Diciembre, es cada día más canalla. » Y ocho días después. « Ella nos venderá, si puede, por 500 libras (4). »

Son tales los servicios que presta, que Luis XIV está siempre dispuesto á apoyarla. Esto la reconcilia con su padre que la había maldecido. « Los importantes servicios que la duquesa de Portsmouth ha prestado á Francia, escribe el monarca, por su propia mano, al viejo gentil-hombre, me han decidido á nombrarla paresa con el título de duquesa de Aubigny para ella y para toda su descendencia. Espero que no seáis más severo que vuestro rey y que retiraréis la maldición que habéis creído hacer pesar sobre la conciencia de vuestra desgraciada hija. Os lo ruego como amigo y os lo pido como rey. » Cuando,

(1) Forneron. *Luisa Keroualle*, 173.

(2) Sidney. *Diary*, t. I, p. 232.

(3) Jesse. *Memorias*, t. III, p. 377.

(4) Sidney. *Diary*, t. I, 226.

en 1682, la duquesa de Portsmouth vino á Francia, fué recibida en Saint-Cloud por el rey y abrumada á regalos, así como sus hijos. Un día de gran fiesta en las Capuchinas, las pobres religiosas, al saber que iba á ir salieron en procesión para recibirla. ¿No era la protectora de los católicos ingleses perseguidos, y no era á ella á quien debían el poco respiro que les habían dejado? Así, pues, cuando en 1683, después del viaje á Inglaterra del gran prior de Vendôme, se enamoró la dama de este nieto de Enrique IV y de Gabriela de Estrées, Barillon intervino para poner fin á estos amoríos haciendo que se marchara el galán. Carlos II, á quien las conferencias secretas de Vendôme sacaron de su indolencia y pasividad ordinarias, no vió en el gran prior más que á un indiscreto y en su conducta con la duquesa, un testimonio de afectión y confianza. Habían ocultado todo aquello (1), pero aún hicieron más, la reconciliaron con el duque de York que se comprometió á asegurar la suerte de la duquesa, colocando á nombre del duque de Richmond un capital que le hacía completamente independiente. La pensión no corresponde á sus servicios, además todo el mundo está pensionado por Francia. Las cartas de Barillon prueban que lord Arlington, lady Shrewsbury, lady Hollis, lord Saint-Albans, Montague y hasta lord Sunderland, á pesar de las injurias de su mujer, están igualmente pensionados por Luis XIV (2).

El mismo Carlos es un pensionado de Francia. La prueba se encuentra en este escrito: « He recibido del Rey Cristianísimo, por conducto de M. Courtin, la cantidad de cien mil escudos, en moneda francesa, por el segundo semestre que ha terminado el último de Julio, á descontar de los cuatrocientos mil escudos pagables á últimos de año (3). » ¡No hay de que asombrarse! Cuando algunos años antes,

(1) Jameson. *Memorias*, 288.

(2) Jameson. *Memorias*, 284.

(3) Archivos de Asuntos Extranjeros: Inglaterra, vol. 121, 25 de Septiembre de 1676.

Fouquet hizo proponer á Clarendon un regalo de diez mil libras esterlinas y todo los años igual cantidad, si conseguía que se deshiciese un proyecto de alianza, como Clarendon rehusase la proposición, el rey y el duque de York le dijeron que debía aceptar este ofrecimiento (1).

Los nacionalistas ingleses se deshacían en amenazas. Un día fijaron en Londres un cartel intimando al rey á que expulsase á la Portsmouth (2). Su cuñado, el conde de Penbroque, que estaba disgustado con ella, la responde agriamente que si se atreve á quejarse de él al rey, la colocará en medio de la encrucijada más pasajera de Londres, con la cabeza hacia abajo y las piernas al aire, con objeto de que pueda ver cómodamente el pueblo lo que causa la ruina de Inglaterra (3). Por debajo de su retrato, se encuentra un día escrito los siguientes versos: « ¿Quién podrá dirigir los ojos hacia este retrato sin preguntarse, lleno de asombro, cómo una criatura tan necia ha podido convertir al rey en un pordiosero, hacer verter lágrimas á tres naciones felices, transformar en temores su antigua amistad, arruinar á los grandes y elevar á los pequeños, traicionando sin embargo á todos, sucesivamente? Bajo nacimiento, educación vulgar y á pesar de ello manda en la nación porque la mitad de Whitehall la hace la Corte aunque la otra mitad se burle de ella. Ella fué la que dominó á Monmouth y protegió á Jeffrey. Enemiga de Inglaterra, espía de Francia, embustera y sucia, altiva y desvergonzada, fea, como puede usted ver y vieja de añadidura (4). » Marwell es luego el que la insulta. « Esta Carwell, dice, esa prostituta incestuosa, embriagó á nuestro sacratísimo soberano y cuando estuvo ébrio se hizo dar el beso que el reino debe maldecir aun en la actualidad (5). »

(1) Burnet. *Historia de Inglaterra*, p. 333.

(2) Misson. *Memorias*, 204.

(3) Walpole. *Anecdotes of painting*, 464.

(4) Jesse. *Memorias*, t. III, p. 201.

(5) Jesse. *Memorias*, III, 199.

Estas crisis de cólera no influyen para nada en la Corte que sigue haciendo una vida alegre sin preocuparse del qué dirán. Lo único que se tiene en cuenta en la vida cotidiana son los golpes del pícaro Cupido. Hay entre las damas de honor de la duquesa de York, una muchacha más fea que Picio: se llama Arabela Churchill, y es hermana de aquel joven Churchill que prelude sus victorias explotando á M<sup>ma</sup> Castlemaine. Arabela monta mal á caballo.

Un día en que se corren liebres el duque está cerca de ella y le reprocha la mala figura que hace. Su cabalgadura, mal sujeta por su inexperta mano, se lanza al galope, se calienta y por último parte á escape tendido.

La joven Churchill vacila, lanza algunos gritos y cae, pero su caída es tan habil y tan indiscreta que pone al descubierto lo que en todo tiempo las conveniencias hacen que esté tapado. El duque, que se apea para socorrerla, queda fascinado por la belleza de un cuerpo que tan poca analogía tiene con aquel rostro. En una palabra, á fines del invierno que siguió á aquel otoño, se advierte que la joven no ha tenido al príncipe á distancia, y de aquel incidente de caza



Lady Susana Bellasys.

Retrato por Huysmans,  
grabado por Thomas Wright.

resultan los Fitz-James y el mariscal Berwick (1). La duquesa de York está celosa de otras que no son Arabela Churchill. La que reina sobre el duque, de un modo tan persistente como la Castlemaine sobre Carlos II, es Catalina Sedley, manceba suya antes de su advenimiento al trono y á la cual, uno de sus primeros actos soberanos hará baronesa de Darlington y condesa de Dorchester. No es hermosa y ella lo sabe. He aquí lo que dice la propia interesada : « No sé cual es la cualidad que determina á Jacobo á elegir amantes : ninguna de nosotras es bonita y si tenemos ingenio no es el bastante para que pueda ser notado (2). »

A pesar de su vida de placeres, Jacobo se convierte al catolicismo en 1669 y abjura ante un jesuita, el padre Manuel Lobb (3). Su esposa Ana Hyde, conoce su conversión. Enferma desde algunos años, lleva una vida retirada y devota, hasta que de pronto cesa de participar de los sacramentos de la iglesia anglicana. Por último, algunos meses antes de su muerte acaecida en 1671, abjura á su vez ante un franciscano (4). Dos años más tarde el duque de York piensa en volverse á casar. Hay un momento en que se propone tomar por esposa á Lady Bellasys de la que está enamorado, pero Carlos II se opone á esta boda. « Ya es bastante haber hecho una locura en la vida » dice. Jacobo entonces quiere casarse con una católica. La princesa elegida por él, es María-Beatriz-Leonor de Este, hija del duque de Módena, y el matrimonio se celebra segun los ritos católico y anglicano. Este nuevo matrimonio aumenta la impopularidad de Jacobo de York, impopularidad que se hace universal cuando, en el momento del *Test-Act*,

(1) Hamilton. — *Memorias de Grammont*, cap. XIII. — Jesse. *Memorias*, p. 510.

(2) Jesse. *Memorias*, III, 504-506.

(3) Condesa de Courson. *La persecución de los católicos en Inglaterra*, p. 36.

(4) Condesa de Courson. Obra citada, p. 35.

rehusa su adhesión á una fórmula que considera blasfematoria y se declara francamente católico (1).

Los católicos llegan á ser la pesadilla del pueblo inglés (2). Cuando un incendio devora una gran parte de la ciudad de Londres, el hombre á quien se ha detenido como autor del siniestro, no es un católico, sino un hugonote francés (3) lo cual no impide que para todo buen londinense los autores del incendio hayan sido los católicos. Llega la historia de Tito Oates que revela un pretendido complot contra el rey, según él, urdido por los jesuitas, é inmediatamente toda la Inglaterra anglicana se subleva; los pares católicos son excluidos de la Alta Cámara, y por todas partes se levantan cadalsos en donde se ejecuta á jesuitas, benedictinos, franciscanos y sacerdotes seculares. Lord Peter y lord Stafford pierden la cabeza en el cadalso. Carlos II que por el tratado secreto de 1670 está comprometido á abrazar el catolicismo, se excusa como puede con Luis XIV. « Mi dolor, dice una vez á Barillón, es profundo al ver que se derrama tanta sangre inocente, pero no puedo impedirlo sin arriesgarlo todo (4). » Deja, pues, que hagan lo que quieran, y si se interesa particularmente por algun católico, le hace prevenir en secreto de que se vaya al otro lado del estrecho, ó le aloja en algun sitio de la casa de la reina que á sus ojos posee el derecho de asilo. Cosa extraña, en efecto, ese rey al que nada liga á su esposa Catalina de Braganza, se constituye siempre en defensor de las prerogativas de la reina y se interpone entre ella y aquellos que quieren perjudicarla. Cuando en Abril de 1670 se proponen hacerle divorciarse para casarlo

(1) Condesa de Courson. Obra citada, p. 36.

(2) No quisiera, dice un noble lord, cuando se votó el *test*, que quedase aquí ni un hombre ni una mujer papista, ni una perro papista, ni una perra, ni un gato papista para mayar ó saltar alrededor del rey. (Hume. *Historia de Inglaterra*, VII, p. 165.)

(3) *An account of the burning of the City of London*, p. 10. El relato de la información en el *Diario de Pepys*, es muy interesante.

(4) Forneron. *Luisa de Keroualle*, p. 174.

con la hermana del rey de Dinamarca, ó con « una virtuosa protestante de Inglaterra », rechaza las insinuaciones de los que querían llevarle por ese camino (1). Este príncipe que tan poco caso hace de sus promesas y de sus compromisos, mantiene intacto cuanto ofreció en el acto de su matrimonio, ó sea el derecho de Catalina á practicar libremente su religión.

¿Es acaso católico en secreto? ¿Lo era cuando se hacía enviar un escapulario por su hermana la duquesa de Orleans? ¿Lo era cuando después de Marzo de 1672 pide que le envíen de París un buen teólogo para instruirse en la fé católica? (2) Todo parece demostrar lo contrario. Lo que hay de evidente es que no era ateo. Dijo un día á Burnet que no creía que Dios quisiera hacer á un hombre desgraciado porque se hubiera permitido usar de algunos placeres á escondidas. Este voluptuoso era indiferente á todo cuanto no fuera voluptuosidad. Lo cierto es que al envejecer, sintiéndose débil en los últimos años de su reinado, se interesó en la religión y hablaba de ella con el duque de York, llamado al lado del soberano después de una desgracia que le había sido impuesta por sus consejeros anglicanos, llegando él mismo á fijar sus ideas escribiendo á propósito de asuntos de controversia. En sus conversaciones, y en sus escritos no ha abdicado nada de sus ideas religiosas y su conversión hasta esa época parece muy dudosa (3).

Pero á últimos del 1684, un ligero ataque de gota sirvió de aviso á las personas que se interesaban por su salud. Renunció á levantarse temprano y á pasar tres ó cuatro horas por día al aire libre, jugando con sus perros y echando pan á los patos del parque de Saint-James (4). En los primeros días de 1685, los que están constantemente á su lado

(1) Jesse, *Memorias*, II, 24.

(2) Jesse, *Memorias*, III, 503.

(3) *Memorias de Jacobo II*, 567.

(4) Macaulay, *Historia da Inglaterra desde el advenimiento de Jacobo II*, t. I, 470.



Combate naval de Solebay librado el día de San Medardo, 1672, y en el cual pereció lord Sandwich.  
Grabado holandés anónimo. (Bibl. Nac. París. Colec. Henin.)

como Tomás Bruce, hijo del conde de Ailesburry, su abnegado servidor, observan en él un cambio notable.

Desde el 26 de Enero, por la primera vez en su vida, un incidente insignificante, una pequeña herida en un talón le impide entragarse á su cotidiano ejercicio matinal. Sin embargo, conserva su gran apetito. El domingo 1º de Febrero, va por la noche despues de cenar, como de costumbre, á casa de la duquesa de Portsmouth, en donde encuentra alegre compañía. Las tres duquesas, Luisa, Cleveland y Mazarino, le rodean y charlan con él. El rey está de buen humor. Cuando la conversación termina, se oye á un músico francés que canta versos de amor. En el fondo del salón veinte personajes, de la más alta aristocracia, juegan á la baceta alrededor de una mesa sobre la cual hay más de 20000 libras esterlinas (1). La noche avanza. Levántase el rey y apoyado en el brazo de Bruce que le sostiene y le alumbra se hace conducir á su alcoba. Al entrar en la habitación, que ya estaba iluminada, Bruce entrega la vela al paje de la escalera de servicio y sin que nadie la soplara se apaga bruscamente, « á pesar de tratarse de una gruesa vela de cera y de que no hacia el menor viento (2). » Bruce se fija en todos estos detalles porque entre la servidumbre de palacio circulaba el rumor de que la vida del rey estaba en peligro durante todo este periodo. El incidente del talón había sido ya considerado como de mal agüero, y cuando se apagó la vela, Bruce y el paje se miraron inquietos y movieron la cabeza con expresión de viva alarma. Solo el rey pareció no fijarse en nada. Se desnudó y se acostó con su buen humor acostumbrado. Cuando estaba acostado gustaba de conversar con Bruce. Aquella noche habló del palacio que estaba edificando en Winchester. « Esta semana, dijo, tendré el gusto de ver mi casa cubierta de plomo. » Bruce cerró enseguida la puerta por

(1) Eveling. *Diario*.

(2) Todo el relato de Tomás Bruce ha sido analizado en el *Carlos II* de M. Airy.

medio de pestillo de cobre que la sujetaba por dentro.

« Varias circunstancias, dice, hacían este alojamiento poco agradable. La gran chimenea estaba provista de carbón de Escocia que ardía durante toda la noche. Una docena de perros que venían á nuestra cama y varios relojes que tocaban los medios cuartos de hora y que nunca iban de acuerdo, formaban un continuo sonsonete. El rey se había acostumbrado á él. Yo dormí mal y observé que el rey, contra su costumbre, se volvió de vez en cuando. » Por la mañana, al despertar, Carlos II llamaba á Bruce que se acercaba entonces á su lecho y hablaba libremente con él. Aquel día no hubo conversación. Descorrió Bruce el pestillo: los encargados de la calefacción entraron á encender las chimeneas y Bruce se retiró á su cuarto para vestirse, dejando al médico y á los cirujanos que esperaban para ver el talón del rey. Al volver á la régia cámara hizo un paje observar á Bruce que el rey no había dicho palabra mientras se levantaba, que estaba muy pálido y que se había retirado á su retrete. El frío era intenso. Bruce, teniendo en cuenta que Carlos II no llevaba puesto sino un traje de dormir, rogó á Chiffinch, primer paje de escalera, que rogase al rey que volviese á su alcoba. Carlos II no respondió ni hizo caso del aviso. Chiffinch era el único que por su cargo tenía libertad para hablar al rey en aquel momento. Bruce le envió en el acto. Esta vez apareció Carlos II pálido, desencajado, con la lengua paralizada, tanto que al conde de Craven, coronel de la guardia de á pie, que venía por la consigna, se limitó á señalarle el papel en que las consignas estaban marcadas para cada día del mes.

Era el día en que el rey se afeitaba. El barbero le avisó de que todo estaba preparado, pero Carlos II no respondió. Se había sentado, con las rodillas vueltas del lado del balcón. Sujetó, el barbero la tohalla en el lado izquierdo, pasó luego por detrás de la silla para hacer lo mismo, en el lado derecho. Estaba Bruce cerca de la silla cuando en aquel momento vió al rey perder el equilibrio y le recibió



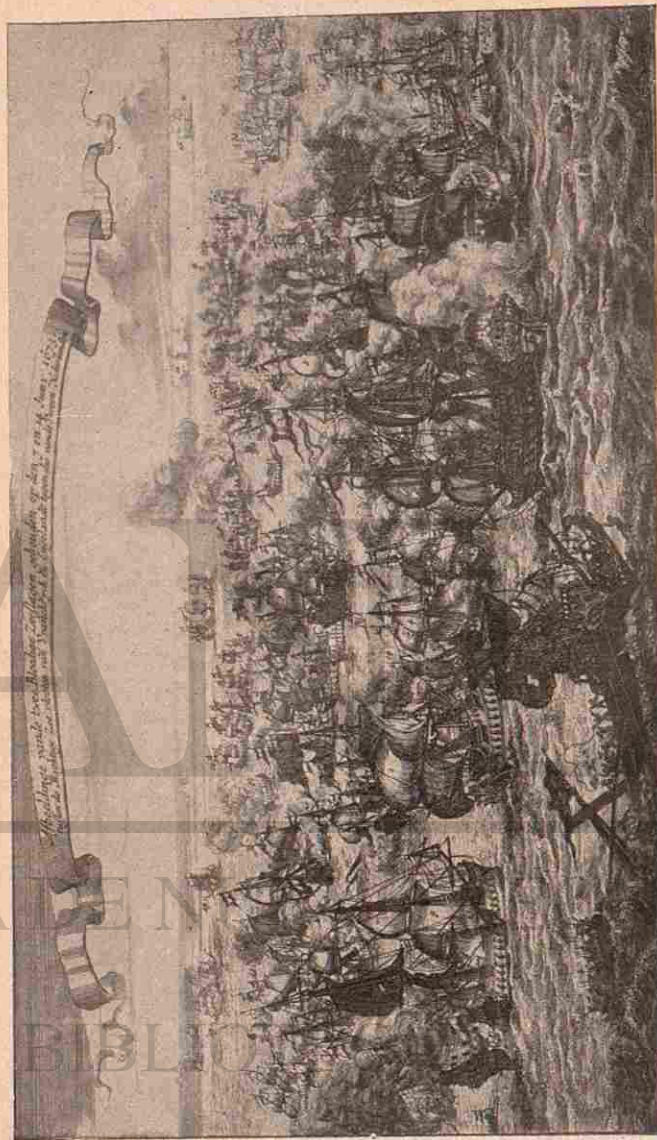
en sus brazos. Los médicos y los cirujanos se habían retirado, pero el doctor King, encargado de las retortas y de los crisoles del laboratorio régio, estaba á la entrada de la alcoba. « Tiene usted lancetas? preguntó Bruce que conservaba toda su serenidad. — Si, respondió King que había sido cirujano. Entonces Bruce le ordenó que sangrase al rey lo que fué hecho en el acto. Al llevarse la cubeta en donde se había recogido la sangre, fué Bruce en busca del duque de York, viniendo este con tal premura que tenía calzado en un pié un zapato y en el otro una zapatilla.

Cuando Bruce entró en la régia cámara con el duque de York, Carlos II estaba acostado. « Tenía buena cara y al mirar al lado opuesto al del duque, me vió y me cogió la mano diciendo: « Ya veo que me quieres con toda tu alma. » Y me dió efusivamente las gracias por la orden dada al doctor King (que fué hecho caballero por este servicio) de que le sangrase y también por haber enviado á Chiffinch á fin de persuadirle á que saliera del retrete. Me dijo que no se sentía bien y que iba á tomar unas cuantas gotas de las llamadas de rey, y á andar un poco pues creía que le sentaría bien pero cediendo á mis ruegos siguió acostado, porque había tres ó cuatro escalones para salir del gabinete y me dijo que cuando se inclinaba hacia adelante se le iba la cabeza y se exponía á caer (1). »

La reina Catalina de Braganza y el duque de York no se separaron ya de la cama del rey. La duquesa de Portsmouth, retirada en sus espléndidas habitaciones, lloraba en ellas sin querer aceptar ningún consuelo (2). Se había cerrado las puertas exteriores de Whitehall, pero las antecámaras y las galerías rebosaban de visitantes. Los pares,

(1) Este relato de Bruce es tanto más importante cuanto que destruye las sospechas de envenenamiento recogidas por Hume (*Historia de Inglaterra*, t. VIII, p. 61).

(2) Bruce niega en redondo que la duquesa de Portsmouth se acercase al lecho del rey y le cuidase como una mujer cuida á su marido, según afirman Burnet y Macaulay.



Batalla naval de Southwold Bay librada del 7 al 14 de Junio de 1673.

Grabado holandés anónimo. Bibl. Nac. París. Colec. Hennin.



los consejeros privados, los ministros extranjeros, el alto clero de la iglesia anglicana, eran los únicos admitidos en la régia cámara. Carlos II estaba en manos de los médicos. Contenida por la sangría, la congestión no estaba sin embargo, conjurada. El enfermo fué, pues, sangrado de nuevo. Se le aplicaron cuantos recursos tenía la medicina en aquel tiempo y durante tres días se creyó haber dominado a la enfermedad. En cuanto circuló por Londres la nueva de la enfermedad del rey, la capital se impresionó dolorosamente. Las iglesias estaban abiertas y frecuentadas por una multitud angustiada.

En la noche del 4 de Febrero se anunció que los médicos consideraban al rey casi fuera de peligro. Entonces fueron echadas á vuelo las campanas y se encendieron fogatas por todas partes; mas no tardaron en desvanecerse aquellas esperanzas. Apenas el 5 por la mañana anunciaba *La Gaceta de Londres* la mejoría del rey, cuando una recaída aseguraba á los médicos de que había que desechar toda esperanza.

Durante estas jornadas los obispos anglicanos se habían relevado en la alcoba del enfermo. Sancroft, arzobispo de Canterbury, creyó, el 5 por la mañana, al sobrevenir la agravación, que debía prevenir al rey de que iba á comparecer ante un Juez que no tiene para nada en cuenta los títulos de las personas. El rey no contestó á Sancroft. Poco después Tomás Ken, arzobispo de Bath, el mismo que en otro tiempo se había negado á alojar á Leonor Gwynn en la casa en donde él era prebendado, se acercó al lecho real. Su voz, dicen sus contemporáneos, se parecía á la del ruiseñor; tan dulce era. Pero en vano derramó olas de elocuencia en su patética exhortación; al preguntar á Carlos si quería recibir los Sacramentos, al rey, fiel á su costumbre de eludir cortesmente las respuestas categóricas, lo cual le había prestado grandes servicios en su vida, le dió las gracias y le dijo que lo pensaría. Así pasó la mayor parte de la jornada.

Entretanto las noticias sobre el estado del rey iban con

mucha frecuencia desde la regia alcoba hasta las lujosas habitaciones de la duquesa de Portsmouth. Barillón, embajador de Francia, á quien ella había hecho llamar, fué llevado por ella á una habitación reservada y allí le abrió su corazón. « Voy á deciros exclamó, el mayor secreto del mundo. Si se supiera, mi cabeza correría peligro. El rey es católico en el fondo de su alma, y va á morir sin haberse reconciliado con la Iglesia. Está rodeado de Obispos anglicanos. Nadie le revela la gravedad de su estado, y nadie le habla de Dios. Yo no puedo, sin escándalo, penetrar en sus habitaciones. Ahora el único amo es el duque de York. Habladle. Decidle que el alma de su hermano está en peligro. El solo puede hacer que desalojen la cámara regia: id inmediatamente ó será tarde. » Barillón corrió á la cámara del rey y transmitió al duque de York el mensaje de la favorita (1). Carlos II acababa de rechazar un nuevo asalto de los obispos anglicanos. « No corre prisa » había contestado (2). Entonces Jacobo se inclinó hacia él y le preguntó muy bajito, si deseaba que se le enviase un sacerdote católico. — « Sí, sí, con mucho gusto, os lo ruego, hermano mío, y no perdáis tiempo. » Luego añadió: ¿ No será eso muy arriesgado para vos? — Sire, repuso el duque de York, aun cuando me costase la vida voy á traerlos uno. » Ni en la cámara del rey, ni en la contigua vió Jacobo á ningun católico inglés. Entonces rogó al conde de Castel Melhor, noble portugués refugiado en Inglaterra, que fuese en busca de un sacerdote. Quiso la casualidad que los capellanes de la reina, no supieran ni el inglés ni el francés. lo bastante bien para confesar al rey, por lo cual hubo que apelar á Don Juan Huddleston, que había curado los pies del rey en el castillo de Moseley, después de la batalla de Worcester y al que se hizo entrar por una escalera secreta (3). El benedictino, después del *Test Act*, había

(1) Lingard. *Historia de Inglaterra*, X, 53.

(2) Macaulay. *Historia da Inglaterra, desde el advenimiento de Jacobo II*, t. II, p. 476.

(3) *Memorias de Jacobo II*, 567.

recibido asilo en la casa de la reina. Entonces el duque de York previno al rey el cual ordenó que todo el mundo saliera excepto su hermano, pero el duque, para tener dos testigos de la abjuración, retuvo á Luis Duras, conde de Feversham, sobrino de Turena y chambelán de la reina, y al conde de Bath, gentilhomme de cámara, que estaba de servicio. Ambos eran protestantes pero el duque de York estimó que podía contar con su fidelidad. Apenas hubieron salido los que llenaban la régia cámara, la puerta secreta que Chiffinch había abierto tantas veces á visitas de otro género, dió paso al padre Huddleston. « Sire, dijo el duque de York, os presento á aquel que en otro tiempo os salvó la vida del cuerpo y viene ahora á salvar vuestra alma. — ¡Bien venido sea! » repuso Carlos II, y sin perder tiempo, dijo al padre Huddleston que deseaba morir en el seno de la iglesia católica, que estaba sinceramente afligido por los pecados de su vida pasada y especialmente por haber diferido durante tanto tiempo su conversión. Confíaba sin embargo en los méritos de Cristo, estaba en paz con todo el mundo, perdonaba á sus enemigos y pedía perdón á aquellos á quienes pudiera haber ofendido y que si Dios se dignaba devolverle la salud, estaba resuelto con ayuda de la gracia, á cambiar de vida. Luego comenzó su confesión que duró cerca de una hora. « Habiendo deseado recibir los auxilios destinados á los moribundos, continuó haciendo piadosas manifestaciones y levantando con frecuencia las manos al cielo (1) y exclamando : « ¡Misericordia, dulce Jesús mío! » El padre Huddleston no tenía en su poder el Santo Viático. Un sacerdote portugués, agregado á la capilla particular de la reina, lo trajo (2). El

(1) *Memorias de Jacobo II*, 567. — El relato de Jacobo II está corroborado por el de Bruce que termina de este modo : Esta es la verdad literal, á fe de cristiano. Tengo mi manera de pensar pero detesto el embuste y la impostura. »

(2) Macaulay, que no comprendió la intervención del sacerdote portugués, imaginó que Huddleston « era tan iletrado que no sabía qué decir al rey en tales circunstancias ».

rey comulgó, experimentando tanta dificultad para tragar la Sagrada Forma que fué preciso abrir la puerta para buscar un vaso de agua. Luego, despues de una breve exhortación, el padre Huddleston se retiró por el camino secreto por donde había venido. Entonces se abrió la puerta que daba á la sala vecina. Todos volvieron á entrar en la cámara y el rey manifestó públicamente por su hermano todo el cariño y la ternura posibles, pidiéndole perdón por el rigor que había tenido con él durante tanto tiempo. Todos lloraban alrededor del lecho del rey. Habló también á la reina con mucho afecto implorando su perdón por las faltas que había cometido á su respecto, y como Ken le hubiera propuesto de nuevo que recibiese los sacramentos según el rito anglicano, repuso Carlos apartándole con un gesto cortés : « Ya estoy en paz con Dios (1). »



Maria Beatriz de Módena, duquesa de York.  
Retrato por Peter Lely.

(1) El duque de Monmouth se había asociado al complot whig con Essex, Sidney y Russel en el momento en que la conjuración de Rye-House se proponía, no solo sublevar á la nación contra el gobierno, sino asesinar al rey y á su hermano.



*El 5 la dicha duquesa de York y la duquesa de Modena, su madre, fueron á Versalles á presentar sus respetos á la Reina y á Monseñor el Delfin que las recibieron muy bien.*

Gaceta de Francia, Noviembre de 1673. (Bibl. Nac. Paris. Colec. Hennin.)

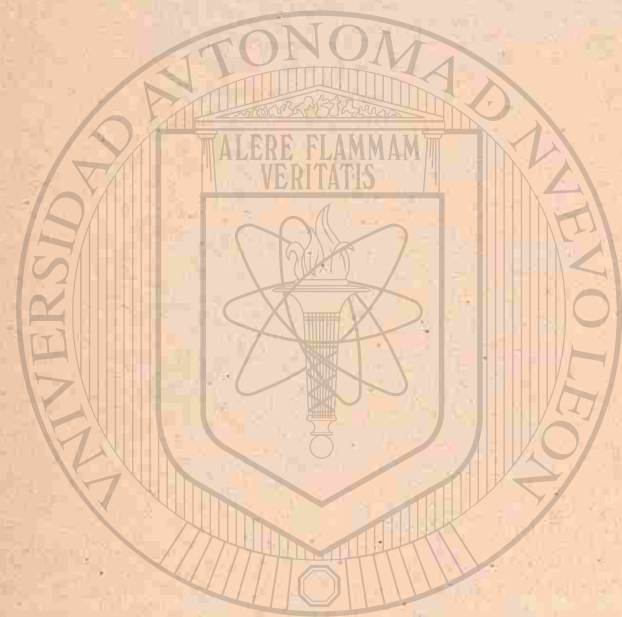
La noche estaba ya muy avanzada. Llevaron á la cabecera del moribundo á sus hijos naturales, los duques de Craffton, de Southampton y de Northumberland, hijos de la duquesa de Cleveland, el duque de Saint-Albans, hijo de Leonor Gwynn y el duque de Richmond, hijo de la duquesa de Portsmouth. Dió á todos su bendición pero habló al duque de Richmond con una mayor ternura. A cosa de las dos de la mañana, Carlos que sufría mucho y se quejaba de sentir interiormente un fuego devorador, tuvo algunos minutos de conversación con su hermano, al que demostró el más tierno cariño, le llamó el mejor de

Desde esta época el duque de Montmouth fué para los ingleses del partido protestante un verdadero mártir de la buena causa. Tenian por él la profunda admiración expresada por Dryden: « La gracia acompañaba todos sus movimientos y el Paraiso se revelaba en su cara. »

los hermanos y le dijo que tenía el mayor regocijo en que le sucediera. Le recomendó á la duquesa de Portsmouth, diciendo que siempre la había amado y que la amaba hasta el último suspiro, recomendandola á las bondades de su hermano así como á su hijo. Tambien le encargó que cuidase de sus demás hijos, absteniendose solamente de hablar del duque de Monmouth á quien había tenido que desterrar por haber conspirado contra él « ¡No dejéis morir de hambre á la pobre Nelly! » dijo aun.

Cuando las primeras luces del alba comenzaron á iluminar las ventanas de Whitehall, pidió el moribundo que las abrieran. « Quiero ver por última vez el sol » dijo. Pidió perdon á todos las circunstancias por las molestias que le había causado durante toda la noche, « empleando en morir demasiado tiempo, pero esperaba que sabrían excusarle aquella tardanza ». Así pues, murió gallardamente con aquella perfecta cortesía que hacía de él entre los ingleses, como de su modelo, Luis XIV, entre los franceses, el más cortés de los señores de su reino. Debilitábase rápidamente; á las ocho perdió el uso de la palabra; antes de las diez ya estaba sin sentido y hacia el mediodía, exhaló dulcemente el último suspiro, el 6 de Febrero de 1685, despues de un reinado de veinticinco años.

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

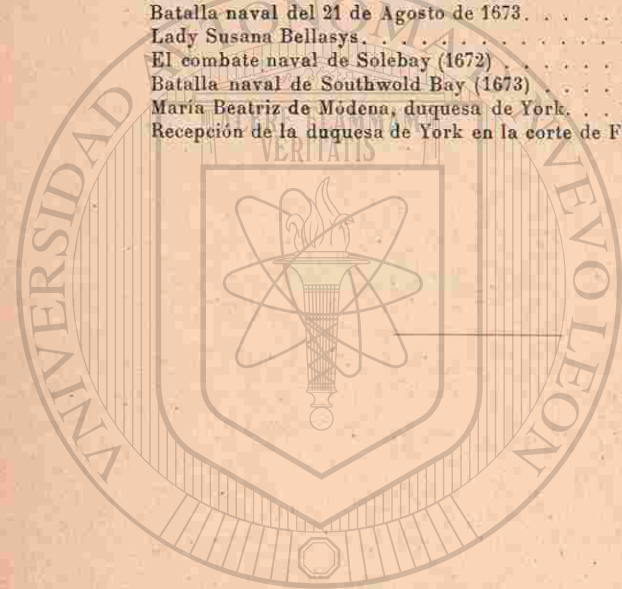
## ÍNDICE DE CAPÍTULOS

PRÓLOGO . . . . .	7
I. — Primeras armas, primeros amores . . . . .	9
II. — La Restauración . . . . .	33
III. — Justas nupcias . . . . .	57
IV. — El Reinado de Bárbara Palmer . . . . .	85
V. — La Guerra de las mancebas . . . . .	130
VI. — Fin del Reinado . . . . .	169

## ÍNDICE DE GRABADOS

Vista y perspectiva del palacio de Whitehall . . . . .	13
Retrato del príncipe Ruperto (Roberto de Baviera) . . . . .	17
Retrato de Carlos II (1657) . . . . .	21
Lucy Walters ó Barlow . . . . .	25
Jorge Monk, duque de Albemarle . . . . .	37
Ana Clarges, duquesa de Albemarle . . . . .	41
Carlos II se embarca para Inglaterra en Schevelingen . . . . .	45
Carlos II desembarca en Douvres . . . . .	49
El duque de York . . . . .	61
Bárbara Palmer, condesa de Castelmaine, duquesa de Cleveland . . . . .	65
El casamiento de Carlos II y de Catalina de Braganza . . . . .	73
Catalina de Braganza, reina de Inglaterra . . . . .	77
El palacio de Hampton Court . . . . .	81
La firma de la paz en Breda (24 de Agosto 1667) . . . . .	89
Francisca Stewart, duquesa de Richmond . . . . .	93
La condesa de Chesterfield . . . . .	97
Lady Denham . . . . .	101
La hermosa Hamilton, duquesa de Grammont . . . . .	105
Francisca Jennings, duquesa de Tyrconnel . . . . .	109
James Fitzroy ó Scott, duque de Montmouth . . . . .	113
La duquesa de Montmouth . . . . .	117
La condesa de Ossory, hija de lord Ormond . . . . .	120
Madama Middleton . . . . .	121
Mary Davis . . . . .	125
Madama Hughes . . . . .	129

Nell Gwynn . . . . .	133
Wycherley . . . . .	137
Luisa de Keroualle . . . . .	145
Luisa de Keroualle, duquesa de Portsmouth . . . . .	149
Hortensia de Mancini, duquesa de Mazarino . . . . .	153
Carlos II en 1680 . . . . .	157
Batalla naval del 21 de Agosto de 1673. . . . .	161
Lady Susana Bellasys . . . . .	173
El combate naval de Solebay (1672) . . . . .	177
Batalla naval de Southwold Bay (1673) . . . . .	181
María Beatriz de Módena, duquesa de York. . . . .	185
Recepción de la duquesa de York en la corte de Francia. . . . .	186



# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO  
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

